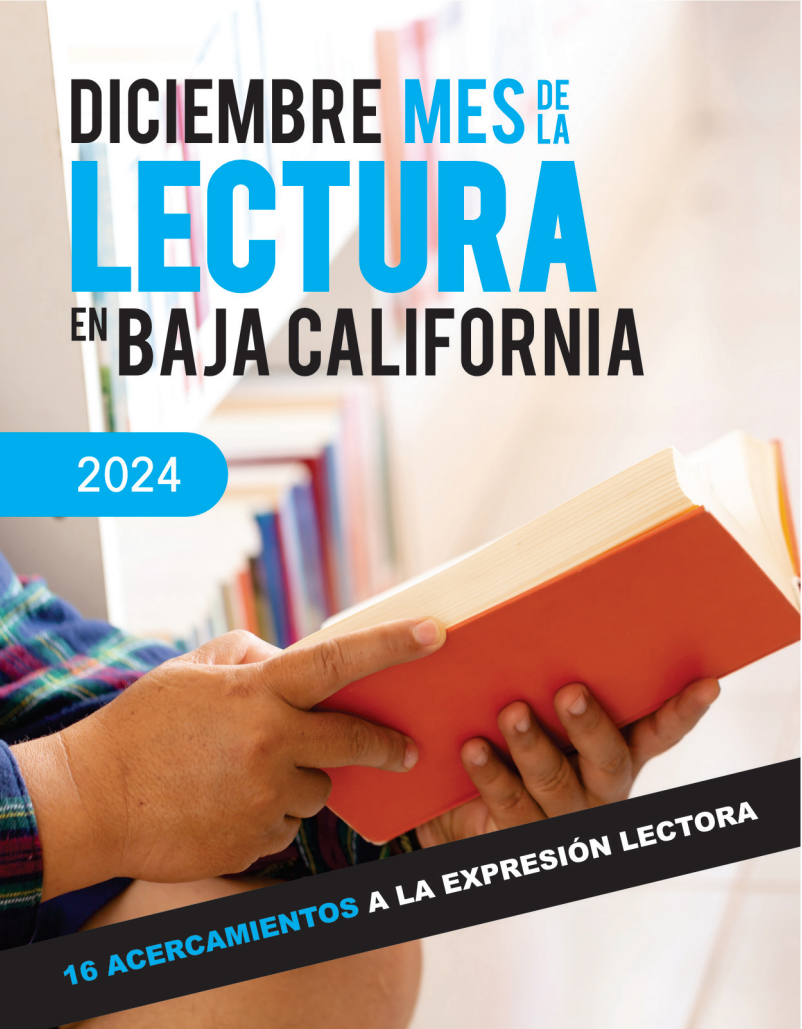


A person's hands are holding a thick red book, with the pages visible. The background is a blurred bookshelf filled with various books. The overall tone is warm and educational.

DICIEMBRE ^{MES DE LA} **LECTURA** EN BAJA CALIFORNIA

2024

16 ACERCAMIENTOS A LA EXPRESIÓN LECTORA

2 de diciembre de 2024

DICIEMBRE, MES DE LA LECTURA



FUNDACIÓN
ACEVEDO, A.C.



PREPARATORIA FEDERAL
"LÁZARO CÁRDENAS"





DICIEMBRE,
MES DE LA LECTURA

Derechos reservados
Copyright ©2024

Gabriel Trujillo Muñoz
Daniel Salinas Basave
Arturo Arrizón
Diego Moreno
Adolfo Morales Moncada
Elizabeth Cazessús
Madaí Bogarín
Gonzalo Nochebuena Guzmán
Raúl Páez Delgado
Alejandra Carrillo
Mario Ortiz Villacorta Lacave
Mario Herrera Zárate
Leobardo Sarabia
Josefina Ana María Ortiz Macías
Manuel del Postigo
Angelina Navarro B.

Coordinación editorial
Raúl Pérez Rojas

Primera edición:
Diciembre 2024

Ediciones ILCSA S.A. DE C.V.
Calzada Tecnológico #909, Otay Universidad,
Tijuana B.C. ,México.
edicionesilcsa77@gmail.com
Tel:607 19 92

ISBN: en trámite

Prohibida la reproducción, registro o transmisión, total o parcial, de esta publicación, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

Impreso en México / Printed in Mexico

2 de Diciembre
Día Estatal de la Lectura
en Baja California

Cada año, el 2 de diciembre celebramos el Día Estatal de la Lectura en Baja California. Este festejo se instituyó por un acuerdo de la Escuela Preparatoria Federal Lázaro Cárdenas de Tijuana, Grupo Libro Club y Ediciones ILCSA, cuyo objetivo es dar mayor difusión al libro a nivel estatal, promover el hábito de la buena lectura y mejorar el nivel educativo en nuestra entidad.

Este es el vigésimo primer año del Día Estatal de la Lectura en Baja California y lo celebramos con la edición “Diciembre, mes de la lectura”, como un obsequio de Grupo Libro Club de Tijuana, en gratitud a nuestros clientes y amigos.

Índice

Presentación	
<i>Mario Herrera</i>	8
Yo soy yo y mi lectura: lecciones esenciales	
<i>Gabriel Trujillo Muñoz</i>	15
Los secretos del lector omnívoro	
<i>Daniel Salinas Basave</i>	45
Lecturas	
<i>Arturo Arrizón</i>	68
Biblioteca de bolsillo	
<i>Diego Moreno</i>	75
Mensajes improbables (e imposibles)	
<i>Adolfo Morales Moncada</i>	80
Miscelánea de lectura	
<i>Elizabeth Cazessús</i>	98
El libro	
<i>Madaí Bogarín</i>	117
La lectura y sus beneficios	
<i>Gonzalo Nochebuena Guzmán</i>	120

Mi tránsito del cuento de hadas a la historieta y ésta a la novela y a la filosofía. De cómo me inicie en la lectura <i>Raúl Oscar Páez Delgado</i>	126
Como describir la experiencia de leer <i>Alejandra Carrillo</i>	173
Importancia y significado de la lectura <i>Mario Ortiz Villacorta Lacave</i>	182
La memoria y el espejo retrovisor <i>Mario Herrera Zárate</i>	192
Yo lector (Flashback a los 17) Cuatro estaciones y una posdata <i>Leobardo Sarabia</i>	221
¿Leer... aburrido? La lectura y los adolescentes. Una mirada desde el aula en la escuela pública <i>Josefina Ana María Ortiz Macías</i>	255
Acercamiento personal a la lectura o como sin ton ni son te vas haciendo lector <i>Manuel del Postigo</i>	264
Y ¿Por qué apatía hacia la lectura? <i>Angelina Navarro B.</i>	279

Presentación

mario herrera

Hace veinte años, surgió una iniciativa para reconocer un día dedicado a la celebración de la lectura en Baja California. Se eligió el 2 de diciembre, como parte de los festejos de aniversario de una de las instituciones educativas más importantes del país. La federalización de la Preparatoria Federal *Lázaro Cárdenas* fue el marco más apropiado para instituir el *Día Estatal de la Lectura*. Esta iniciativa, sembrada el 2 de diciembre de 2004, se ha consolidado después dos décadas, durante las cuales fueron publicados veinte libros conmemorativos y se realizaron dos decenas de eventos alusivos a la lectura. Dos décadas después, hay que subrayar tres características singulares de nuestro *Día de la Lectura*.

En primer término, fue una iniciativa que surgió en los intestinos de la sociedad civil. En México, ya sea por tradición o conveniencia, la inmensa mayoría de los proyectos educativos, culturales o artísticos son dictados e impuestos por las autoridades. El gobierno dispone de recursos, aunque no siempre tiene ganas, de impulsar o apoyar acciones educativas o culturales, fuera de aquellas que le impone la ley. A las organizaciones civiles, por su parte, les sobran ganas, pero les faltan recursos para iniciar y, sobre todo, para sostener, actividades que, por su propia naturaleza, no son rentables desde el punto de vista político ni financiero. El *Día Estatal de la Lectura* tiene doble mérito, porque promueve una actividad indispensable para la sociedad y porque fue promovida y ha sido sostenida por instituciones privadas y educativas, particularmente las empresas Libro Club y Ediciones ILCSA. En este sentido, han sido veinte años de picar piedra y subir roca en el fomento a la lectura.

En segundo término, el *Día de la Lectura* es un suceso que, por ser local o regional, se aparta de otra lamentable tradición histórica mexicana: el centralismo nacional y el imperialismo de la federación. A contrapelo de su amplitud territorial y diversidad regional, México ha sido prisionero de un pesado y rígido modelo centralista, el cual ha prevalecido desde la dominación española hasta nuestros días. La inmovible tradición centralista, ha desfigurado las particularidades que distinguen a cada región o poblado del país y desvirtuó cualquier aspiración de vivir bajo un sistema federal que fortaleciera la unidad nacional a partir de la diversidad local. El monótono y plomizo color centralista afeó la belleza multicolor de 32 entidades federativas, 2 mil 477 municipios y cientos de miles de minúsculos pueblos, centenas de fornidas ciudades y una decena de gigantes cas metrópolis. El *Día Estatal de la Lectura* es un evento de tradición regional e identidad local. Con ello, no riñe, sino enriquece el fo-

mento educativo y la promoción cultural que se realiza a nivel nacional.

En tercer término, el planteamiento de conmemorar la lectura un día de cada año, no está enfocado al libro, sino a la posibilidad de leer. Es decir: más que rendir pleitesía a un valioso instrumento civilizador, la celebración estatal se enfoca a subrayar el acto de lectura que realizamos los seres humanos, no por el deber de estudiar en las escuelas, sino por el placer de conocer obras escritas que amplían el conocimiento, fortalecen la inteligencia, elevan el espíritu y perfeccionan al ser humano. Un día de la lectura es, al mismo tiempo, un reconocimiento a los autores, a los libros y, sobre todo, a los lectores. En algún lugar, Carlos Marx escribió que, hasta ahora, no se había inventado el arte de pescar en sitios donde no había peces. Es evidente que, sin lectores, no podría darse la lectura y sin autores no podrían escribirse libros. Todos estos elementos forman parte de un círculo

virtuoso que ha hecho posible, el progreso material y el desarrollo intelectual de la humanidad. Esto es lo que, en su escala, representa la celebración anual del 2 de diciembre. Leer es civilizar y civilizarse.

No hay ni puede haber dudas de que la lectura es una actividad indispensable que eleva el bienestar de las personas y contribuye al progreso de la sociedad. Existe una relación directa y proporcional entre el nivel de lectura de los habitantes y el nivel de desarrollo de las naciones. A lo largo de la historia, las grandes civilizaciones y las naciones desarrolladas se caracterizan, entre otros méritos, por la calidad de su sistema educativo, la fortaleza de sus instituciones culturales y el aprecio de la lectura por parte de la sociedad —lo cual incluye el número de bibliotecas públicas, la calidad de los acervos bibliográficos, la diversidad de librerías y el número de libros leídos por habitante. Los libros pueden considerarse un termómetro de la cultura de una persona y del bienestar de una sociedad.

No es casual, entonces, que todos los programas educativos y las antiguas o modernas formas de medir la calidad de la enseñanza y el aprovechamiento en el aprendizaje, incluyan indicadores relacionados con cinco grandes cuestiones: la convivencia armónica en las comunidades escolares, la disponibilidad de las tecnologías de la información, el dominio de un idioma extranjero (particularmente el inglés) el desarrollo de las habilidades matemáticas y, sin duda, la comprensión lectora. El acceso a los libros y el hábito de leer deben ser acompañadas por la seguridad de que el lector entienda y pueda aprovechar lo que ha leído. Las familias y las escuelas deben promover, entonces, que los niños y jóvenes aprendan cómo se debe aprender, a efecto de que, con los conocimientos aprendidos, puedan ampliar por sí mismos su capacidad intelectual y estén en aptitud de elevar sus niveles de bienestar personal y familiar. La escuela del conocimiento debe ser la base para la escuela de la vida. Ese es, precisamen-

te, una de las posibilidades más importantes que ofrece la lectura.

Como en ediciones anteriores, este año, se ha preparado una publicación especial para conmemorar el vigésimo aniversario del *Día Estatal de la Lectura*. Es un libro que contiene remembranzas y experiencias de personas vinculadas al arte, a la cultura y a la educación. Los diversos ensayos confiesan la influencia que ha ejercido la lectura en varios escritores, quienes también han sido y son sólidos lectores. A pesar de los pesares, la experiencia muestra y demuestra que sólo puede ser buen escritor quien se caracteriza por ser un buen lector. En esto, no hay lugar para el dilema entre el huevo y la gallina. Antes de enseñar, hay que saber. Hace mucho tiempo, Aristóteles afirmaba que «no es posible saber lo que no existe». También es cierto que no se puede enseñar aquello que no se conoce. Después de todo, la fórmula es muy sencilla: para saber, hay que leer.

Yo soy yo y mi lectura: lecciones esenciales

Gabriel Trujillo Muñoz

Aprendí a leer y escribir antes de ir a la escuela, a los cuatro años de edad, en mi ciudad natal, Mexicali. Mi madre no quiso meterme a un kínder y viendo mi interés por las caricaturas y los libros, me enseñó a leer y escribir. Sólo eso necesitaba para ser feliz, para sentirme contento. Todo lo que caía en mis manos, fuera un anuncio o un folleto, lo leía y lo releía. La palabra, desde entonces, tuvo una gran importancia para mi salud, para mi ánimo. De todos los libros de mi infancia el que más me marcó fue *El libro de oro de los niños*, con sus fábulas y leyendas de diferentes partes del mundo. La que nunca se me olvida: la sopa de piedra y los dos pícaros que la preparan en una cazuela de agua hirviente, mientras convencen a un tendero de

que a las piedras de su sopa éste les agregue zanahorias, papas, tomates y longaniza. Al final la sopa sabe deliciosa y el tendero pregunta cuál era la función de las piedras. “Son las que le dan sazón al caldo”, le responden los dos pillos mientras engullen todo lo que el comerciante puso en su cazuela. Y por eso a mi madre le pedía que hiciera sopa de piedra. Y ella siempre me contestaba: “Confórmate con la de verduras”. Más tarde comprendí que eso era la literatura: una piedra que sirve de pretexto para mezclar todos los elementos del mundo, para unirlos en una realidad mejor, más compleja, más sabia, más divertida, que la propia realidad.

Desde niño, nunca vi los libros como algo sagrado sino como el mejor de todos mis juguetes. Una vez leí una memoria de un prisionero de guerra al que presionaban quitándole todos los libros, revistas o periódicos de su celda. Y como él era un lector compulsivo me sentí identificado con aquel soldado.

Luego, un día, un médico lo examinó y le recetó una medicina. Aquel frasco, con sus indicaciones y contraindicaciones, le ayudó más que las pastillas que contenía. Leer la fórmula de la medicina era todo un placer. Esa lección no la olvidé: todo texto es lectura. Otra más fue leer la historia de un joven que estudiaba en la universidad de París. El poco dinero que tenía para comer lo utilizaba en comprar libros de segunda y se alimentaba con pan y queso. Leer era una causa superior a comer. Y yo hacía lo mismo: con el dinero de mis domingos, en vez de atiborrarme de dulces, iba a comprar libros en Librolandia, la mayor librería de Mexicali.

Y luego di un paso más: quise contar mis propias historias, quise ser escritor. A los siete años puse en el papel mi primera novela: un relato de vikingos influenciado por las películas que veía. Ya desde esa edad quería contar cosas, crear mundos nacidos de mi imaginación. Le pedí a mi madre me busca-

ra un taller donde me enseñaran a escribir, pero en ese tiempo no había nada parecido en Mexicali. Mi madre, que tomaba clases de corte y confección en el Instituto Mexicano del Seguro Social, me llevó allí para ver si había un curso para escribir literatura. No lo había. Lo más cercano era el taller de arte dramático, donde ofrecían poesía coral. Allí me enseñaron la oratoria y la declamación, de las que hui en cuanto pude. Ya entonces yo intuía, aun siendo un niño de 10 años, que leer no era un rito vacío, una actuación. Que leer era guardar silencio, entrar a una ceremonia donde el universo cabe en las páginas de un libro. Porque leer y escribir son actos ceremoniales para conocerse a uno mismo y, a la vez, son diálogos con nuestros semejantes, charlas de sobremesa para entender nuestro lugar en el mundo.

¿Por qué leía? Para escapar de mi padecimiento, el asma, que me mantuvo sedentario toda mi infancia y buena parte de mi adoles-

cencia. La terrible sensación de que me faltaba oxígeno, la combatía con la lectura. Cada vez que se me cerraba el pecho, sacaba un libro y leía sobre los piratas de Malasia de la mano de Emilio Salgari, o hacía viajes alrededor del mundo según los relatara Julio Verne, o acompañaba al detective Sherlock Holmes por la campiña inglesa buscando pistas de algún misterio. No era una simple escapatoria sino un anhelo por descubrir cómo piensan y actúan los seres humanos, mis cómplices, mis semejantes. Leer es dar un paseo por nuestras propias afinidades y diferencias.

Leer me llevó a ser un asiduo visitante de las librerías de Mexicali, mi ciudad natal. Las librerías y puestos de revistas se convirtieron en mi juguetería favorita. En el Mexicali de los años sesenta del siglo XX, Librolandia vendía periódicos nacionales, revistas internacionales, cómics en español, tanto los libros más vendidos como las escasas publicaciones de autores locales aparecían en sus mesas

de exhibición. Tanta era mi pasión por los libros que en unas vacaciones de verano solicité trabajo en Librolandia. Me imaginaba que iba a leer los libros que allí se vendían. Pero pronto averigüé la verdadera naturaleza de aquel trabajo: necesitaban cargadores de libros para trasladar toneladas de historietas de los camiones de carga al almacén de librería. Por semanas me la pasé manejando una carretilla o un diablito. Me hice experto en oler tintas. Sin ver su contenido podía decir por el puro olor de la tinta, si el cargamento que llegaba era de la revista *Lágrimas y risas* o de *Archie y sus amigos*. Porque ese era el verdadero negocio: las revistas de caricaturas y los periódicos deportivos y de nota roja. Luego seguían las revistas de modas y de espectáculos. Los libros estaban como última prioridad, como la mercancía más difícil de vender. Allí supe que los libros no eran —ni son— un buen negocio.

De niño, tuve la suerte de que mi padre fuera radio-operador de la Compañía Mexicana de Aviación en Mexicali y que al regresar del trabajo, ya casi anocheciendo, me trajera un bonche de periódicos de los lugares donde el avión había estado. Así podía leer diarios como *Excélsior* y *El Universal* de la ciudad de México, *El Occidental* y *El Informador* de Guadalajara, o *El Imparcial* de Hermosillo, incluyendo revistas extranjeras como *Time*, *Life* o *Newsweek*. Gracias a que estuvieron a mi disposición desde temprana edad, pude leer el mundo, indagar en las verdades de mi tiempo y circunstancia. Como el niño curioso que fui y que sigo siendo, me fijaba tanto en lo que decían las publicaciones como en su diseño. Las ilustraciones y fotografías me atraían como imágenes caleidoscópicas de un juego entre la luz y sus sombras.

El siguiente paso se dio en mi adolescencia, en los años setenta del siglo pasado, cuando me dediqué a comprar, religiosa-

mente, semana tras semana, los cien tomos de la Biblioteca Salvat Grandes Temas. Hubo veces que tuve que peregrinar por todos los puestos de periódicos de Mexicali para conseguir el tomo de esa semana. Pero al final completé mi colección. Para entonces, los libros que compraba eran más obras de historia o temas contemporáneos. Me interesaban aquellos que me explicaban los cambios que se estaban dando, la cultura al filo de sus extremas novedades. Y aprendí, porque leer valía la pena, a ser disciplinado, a no darme por vencido bajo ninguna circunstancia.

Y de lector pasé a ser escritor privado, a imaginar historias, a pergeñar versos. En mi adolescencia, entré a un concurso de poesía en la preparatoria Salvatierra. Gané el primer lugar y, por vez primera, me convertí en un escritor público, a la vista de mis profesores y compañeros de estudios. Pero yo sabía que me faltaba mucho para ser un verdadero escritor. Que requería leer miles de

libros para entender los mecanismos internos de la creación literaria, para ser auténticamente un escritor ante los demás.

En 1975, me fui a estudiar medicina a Guadalajara, donde las librerías abundaban, así como los lectores. En comparación de mi ciudad natal, cada vez que entraba en esos establecimientos siempre había muchas personas revisando la mesa de novedades o hurgando en los estantes en busca de los libros de su interés. Dos áreas de la ciudad congregaban a la mayor parte de las librerías: el centro, por la avenida Vallarta y la avenida Chapultepec, una especie de zona rosa que conjuntaba galerías de arte, cafés cantantes, bares para todos los públicos, tiendas de música, oficinas privadas y librerías diseñadas para pasar horas en ellas: leyendo mucho y comprando lo esencial. Pero en poco tiempo revisé todas y cada una de las librerías de la capital de Jalisco.

Fue entonces que decidí ahorrar de lo que me mandaban de casa y cada semestre aprovechar un fin de semana para ir a la capital del país y visitar sus librerías. Como yo sabía que un autobús de segunda tardaba de 8 a 10 horas en llevarme hasta la ciudad de México, mi plan era simple: tomaba el camión a las 10 de la noche de un viernes y llegaba al Distrito Federal entre las 6 y 8 de la mañana del sábado. De la central camionera tomaba un taxi al centro histórico y visitaba la librería Madero, El Sótano y El Juglar, incluyendo la de Bellas Artes y otras localizadas en la zona rosa, para pasarme luego a las librerías del sur, en el área de Coyoacán: El Parnaso y Gandhi. A las 10 de la noche abordaba un camión de regreso a Guadalajara, que me dejaba en la perla tapatía a las 6 u 8 de la mañana del domingo. Llegaba a la casa de asistencia, devoraba lo que hubiera en el refrigerador y me iba a dormir, pues realmente llevaba más de 48 horas sin hacerlo. Esa era mi rutina y daba buenos frutos. El

problema, desde luego, era cargar los libros. Me llevaba una mochila vacía y la iba llevando durante todo el transcurso del sábado. Cuando llegaba a la estación camionera para volver a Guadalajara, cargaba a mis espaldas entre 20 y 30 kilos de libros. Pero era joven y estaba feliz por las compras hechas. Como sabía los libros que podía conseguir en Guadalajara, sólo compraba libros españoles o sudamericanos, ediciones que no iba a conseguir más que en la capital del país. Eran fines de semana de sacrificio y de cansancio. Pero vaya que valían la pena.

Después de saquear las librerías, los tesoros descubiertos me mantenían pegado a sus páginas, donde la literatura se volvía una apuesta de vida y la política, una reflexión ética. Los libros los consideraba amigos y maestros a un mismo tiempo, contrincantes ideológicos y compañeros leales. Ante mis ojos *El arco y la lira* de Octavio Paz, *la Crónica de la poesía mexicana* de Joaquín Blanco,

No me preguntes cómo pasa el tiempo de José Emilio Pacheco, las novelas de Ítalo Calvino, Ernest Jünger, Raymond Chandler y Juan Marsé, así como los poemarios de Giuseppe Ungarretti, Paul Celan, T.S. Elliot, André Breton y Nicanor Parra iban conformando el *humus* propicio para plantar los signos de la creación y verlos crecer. Así retorné a Mexicali en 1981 y entré de lleno en el mundo literario, editorial y académico de mi ciudad. Una de las principales novedades era una nueva librería que se instaló enfrente del campus principal de la UABC y que la dirigían, con buena mano, Antonio Castañeda y Norma Bustamante, su entonces esposa y hoy presidenta municipal de Mexicali. En esos primeros años de su librería, a mediados de la década de los años ochenta, ambos se tomaron unas vacaciones por Europa. “Si se te ofrece algún libro de por allá, nos avisas — me dijo Norma, con la mayor inocencia del mundo —. Vamos a pasar por España de ida y vuelta”. Al día siguiente le entregué

una lista de 20 libros, todos unos mamotre-
tos entre novelas, ensayos y antologías poé-
ticas. Su primer error, como le gusta contar a
Norma aún ahora, es cumplir su palabra. Su
segundo error, y el más terrible, fue haber
comprado los 20 libros en España, desde el
inicio de su viaje. Eran unos 15 kilos de peso
en su equipaje. “No sabes lo que sufrimos
con tus libros, porque andábamos de mochila-
lazo. Era una tortura cargarlos. Estuvimos a
punto de dejarlos en una estación de trenes
en París. Pero ya habíamos hecho el gasto”.
Desde entonces, Norma -Antonio lamenta-
blemente ya falleció- nunca me avisa si sale
de viaje. Hay que precisar que entonces no
existía internet, ni Amazon, y que los libros
se pedían por correo. Una vez me dijo Nor-
ma, cuando rememorábamos ese episodio:
“Pero, dime, Gabriel, ¿por qué lo hicimos?
¿Por qué aceptamos ese pedido tuyo?”. Y yo
le contesté que porque eran libreros a carta
cabal, que porque era su carga -¿o sería su
karma?- y su deber. Norma me miró con sus

grandes ojos y negó con la cabeza. “No lo creo” -sentenció, sin espacio para la duda: “Lo hicimos porque éramos jóvenes y aventados. ¿Y sabes qué fue lo peor? Que iba con tacones. ¿Te imaginas? ¿En Europa? ¿Con tus libros?” Terminé pagándolos en abonos, pero conseguí los libros españoles que ni siquiera en México circulaban. Y por eso tengo que agradecer a los tantos libreros que, aquí y allá, se comprometieron a conseguirme las lecturas que necesitaba.

Con cada nuevo libro que caía en mis manos, lo mismo que con cada disco que escuchaba, con cada película que veía, asumía una nueva perspectiva ante la vida. Los extremos de intolerancia y rebelión, de orden y anarquía, me manifestaban sus aristas punzantes, sus dilemas insolubles. Y ya entonces reconocí, gracias a la lectura de novelistas, filósofos, poetas y librepensadores que no había una respuesta única a las interrogantes del mundo, una verdad absolu-

ta que respondiera por todas ellas. Entendí que la literatura, como el arte en general, me enseñaba a caminar sobre la tierra baldía, en el oscuro corazón de las tinieblas. Y eso fue más que suficiente para abrirme paso por la vida y reconocer en sus procesos y transformaciones los signos de mi propia conciencia. Los libros me parecían no sólo puertas abiertas a otros mundos, sino espejos de mis propias dudas y certezas. Así llegué a la conclusión de que la literatura no es una explicación de la realidad en que vivimos: es un interrogatorio tenaz, una carta clínica para conocer el estado de salud de nuestra existencia individual, de nuestras vidas en común. Aprendí a leer en forma crítica con el propósito de leerme a mí mismo en los otros, para entender cuántas posibilidades de ser humano podía ser yo a través de la imaginación y el conocimiento. Por eso era lector. Por eso me hice escritor. Para descifrar a la naturaleza y a la cultura por igual. Para dar mi testimonio. Para compartir mis

experiencias. Para decirle a los demás: esto soy. En estas ideas creo. Este es el mapa con que me oriento por el mundo.

Ahora bien, es sabido que los libros sirven para muchas cosas: para equilibrar una mesa; para clavar clavos en paredes de madera (usando el lomo, por supuesto, con lo que evitas que tus dedos sufran como habría sido si utilizaras un martillo); para matar molestos mosquitos y zancudos (perdón, ecologistas, pero los mosquitos lamentablemente todavía no son especies en extinción); para hacer alteros tan altas como las torres gemelas, los que funcionan como sistemas no electrónicos de advertencia de terremotos; para curar el insomnio de manera total y definitiva (lo mejor es que los libros son una clase de medicamento que no se requiere de receta médica y puede encontrarse en cualquier puesto callejero); para mantener ocupado a los niños al menos por un minuto (los he visto destrozarlos con envidiable

concentración y entusiasmo); para usarlos como gafas contra el sol en vacaciones, como paraguas en días de lluvia y como protectores contra mal del ojo: si un misionero o seminarista te llega con su biblia en alto, uno sólo saca las obras completas del Marqués de Sade o de Charles Bukowski y asunto arreglado.

El libro es una manera de avisarle a los demás que, si lo estás leyendo, no te molesten, que prefieres compartir el tiempo con el capitán Nemo o con los hobbits de Tierra Media. Una pausa en medio del mundo contemporáneo, una mirada crítica de la realidad que te rodea con su estruendo. Una actitud silenciosa y alerta al mismo tiempo. Una manera de ser humano desde la experiencia en cabeza ajena, pero que termina siendo tu propia experiencia, tu propio mundo. Y es que leer ha sido para mí, desde que era niño, un acto de comunión con la riqueza cultural de la humanidad en todas sus formas y discurs-

sos. Por eso ahora doy cuenta de los diez libros que me han forjado como lector-escritor.

El primer libro que me impactó, si exceptuamos esa joya de la narrativa fantástica que es la biblia, lo leí a los nueve años, cuando descubrí que podía ser pirata y que rebelarse contra el imperio británico era un acto, más que de heroísmo, de amor. Hablo de las aventuras de Sandokan, *El tigre de Mompracem*, y de Mariana, la perla de Labuán en el ciclo de novelas (al menos tengo ocho de ellas) sobre los piratas malayos que escribiera Emilio Salgari y que me dejaron la pasión por lo exótico. Imagínense: yo vivía (en realidad sigo viviendo) en pleno desierto fronterizo y me encantaba sumergirme en esas selvas llenas de templos en ruinas, tigres, misterios y peligros. Con Salgari aprendí que las injusticias son, en general, fruto del dominio brutal, aunque se disfraze de civilización y progreso, de los intereses imperiales sobre el resto del mundo.

El segundo libro que me impactó fue de ciencia ficción: *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury. Lo leí a los 15 años y me hizo hacerme crítico de la realidad social y política de mi entorno. Por él sigo siendo un defensor del libro como receptáculo del conocimiento humano, y del ser humano como memoria de la especie. Cada vez que veo una censura o quema de libros (no importa quién la lleve a cabo), sé que estoy en el lado opuesto, defendiendo la libertad de decir lo que nos plazca, de resistir los embates de la represión de las ideas. Que leer y escribir son, por antonomasia, actos subversivos, libertarios.

Y el tercero lo compré en Guadalajara: *Poesía en movimiento*, la antología de poesía mexicana elaborada en 1966 por Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Ese tomo de bolsillo me dio las coordenadas precisas para saberme parte de una tradición poética de ruptura, con el vuelo de las imágenes y la libertad bajo pa-

labra como mi mejor compañía. La palabra como espejo del cosmos y como retrato vital de nuestras minucias cotidianas.

El cuarto fue, de nuevo, de ciencia ficción: *Duna* de Frank Herbert. Esta obra épica me ayudó a comprender que el desierto es tierra de ficciones y espejismos, que el desierto es un ecosistema que contiene muchas riquezas invisibles, que habitarlo es una ordalía y una oportunidad de poner a prueba tu voluntad de supervivencia. En definitiva, me dio las herramientas conceptuales para escribir desde el desierto, desde su luz implacable, desde su nada llena de todas nuestras ilusorias esperanzas y quimeras. Tengo una anécdota de *Duna*: lo descubrí en la sección de libros del Sanborns de Vallarta, en Guadalajara, y lo leía parado en los pasillos de la tienda, bajo la mirada suspicaz de los dependientes. Luego me marchaba, no sin antes esconderlo al fondo del estante más bajo para que no se vendiera, esperando que cuando regresara

aún no se hubiera vendido. Yo quería comprarlo, pero como estudiante foráneo de medicina, que dependía de lo que me enviaban mis padres cada quince días, no contaba con recursos para hacerlo. Tardé poco más de un mes para reunir el dinero, siempre temeroso de que otro lector lo comprara. pues era la edición española de *Acervo*, en pasta dura y de más de 600 páginas, por lo que su precio era exorbitante y estaba fuera de mi alcance. Pero al fin pude comprarlo. Todavía lo tengo y puedo asegurar que es uno de los libros que más he releído a lo largo de mi vida.

El quinto es *El mar de las Sirtes* de Julien Gracq, una alegoría del poder, del orden impuesto y la vitalidad juvenil; una novela que habla de las cosas en decadencia y de las fuerzas que rompen con la inercia del mundo. Sólo comparable al *Mundo de hielo y fuego* de George R. R. Martin, *El desierto de los Tártaros* de Dino Buzzati y *Países imaginarios* de Ursula K. Le Guin. Un relato depurado,

cruel y universal. Imperios otoñales que el animé japonés (Hayao Miyazaki) han vuelto a poner en el centro de nuestros sueños más profundos y actuales.

El sexto libro es *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino. Lo compré en Guadalajara. Estaba publicado por la mítica editorial Minotauro de España. En Calvino descubrí la mirada de asombro que sólo había descubierto en las literaturas grecolatina y oriental con idéntico vigor visionario. Como pocos, en este nuevo relato de las mil y una noches, ahora vuelto las mil y una posibles ciudades de la imaginación contemporánea, Calvino había tejido un tapiz de historias que sentía cercanas porque era, por entonces, hijo de dos ciudades, viajero entre opuestas realidades. Sólo comparable a las novelas anarcas de Ernest Junger y, del lado realista, a ese libro de cuentos maravillosos llamado *El mar color de vino* de Leonardo Sciascia. Vertiginoso.

El séptimo libro es *Contra la interpretación* de Susan Sontag, la primera colección de ensayos de esta autora estadounidense. A Sontag la veo como parte de una trinidad que abrió las puertas al mundo de lo bizarro, lo estrambótico, lo novedoso de la cultura de masas. El ensayista como un ser crítico, lúcido, iluminando los intersticios de nuestra realidad, de nuestro arte y nuestra cultura. Y al decir trinidad la equiparo con la fotógrafa Diane Arbus y con la poeta Sylvia Plath: voyeuristas consumadas de ese siglo XX que aún no hemos dejado atrás del todo. Testigos de cargo de nuestras más sublimes monstruosidades y contradicciones. Sontag me enseñó a que ser escritor es un acto comunitario, un lazo con las realidades políticas y sociales de mi tiempo.

El octavo libro es *Babel* de Patti Smith, un poemario que me llevó a comprender el mundo en que vivo como un orbe construido con mil voces distintas, con mil culturas

diferentes. Una realidad levantada como un proyecto comunitario de cara al porvenir. En la poesía punk de Patti hay no sólo el grito de protesta sino la lectura meditada de la tradición rebelde de occidente: Villón, Rimbaud, los beats, los surrealistas. Una poesía sin medias tintas. Smith es una poeta tan libre como un niño jugando con todas las posibilidades de la libertad (sí, esa que sus muchos enemigos llaman libertinaje). Poesía visionaria en un mundo feo, hostil y despiadado. Poesía de turbulencias eróticas y barcos ebrios. Poesía que no se recita: se escupe, se grita, se vocifera, se canta con guitarras eléctricas de fondo.

El penúltimo libro es *No me preguntes cómo pasa el tiempo* de José Emilio Pacheco, otro poemario que me hizo ver a la poesía como un ejercicio de lucidez, de sencillez, de apropiación juguetona de la cultura nacional. Pacheco, lo mismo que el Octavio Paz de *Salamandra* y *Ladera este*, me pusieron en

ruta hacia una poesía que no le saca la vuelta a hablar de su tiempo y circunstancia, un verso que ahonda en lo cotidiano sin perder de vista las transfiguraciones de nuestro entorno, ya sea en una pareja de enamorados que entra a un café (en Paz) como en la valentía de aceptar que a nuestra patria no la amamos en su patriotismo oficialista sino en sus defectos, en sus fallas, en la amistad que nos cohesiona desde las pequeñas cosas que llamamos nuestras (en Pacheco). México no como algo sagrado sino como un ser vivo, en claroscuro permanente; una presencia que destella en el corazón de cada uno de nosotros, que nos conforta y desafía.

El décimo libro es *Sueños de frontera* de Paco Ignacio Taibo II, cuya trama está ubicada en Mexicali. Como literatura policiaca, la lección de PIT II fue fundamental para mi literatura: me mostró que no hay mundos pequeños sino imaginación de corto alcance; que una aldea es igual de merecedora de

una novela que una metrópoli. Y me puso en movimiento para hacer de mi ciudad fronteriza, de Mexicali como desierto y frontera, el escenario idóneo de mis poemas, cuentos y novelas. Que tu casa, tu calle, tu barrio y tu pueblo son el fermento creativo de todo escritor, de todo narrador, de todo poeta. Que aquí, en tu propia comunidad, apenas comienza a contarse el mundo entero, ese mundo que es tan tuyo como de los otros. Ese orbe, vivido e imaginado, que compartimos entre todos, que entre todos disfrutamos. Leer es cruzar fronteras. Escribir es contar semejante experiencia.

Ahora bien, cuando me preguntan cuál es mi escritor favorito, respondo que el que estoy leyendo ahora mismo. Y es que soy un lector persistente, tenaz, que desde los cuatro años colecciono libros, que desde niño los consideraré mis mejores amigos y a mis 66 años lo siguen siendo. Si visitaran mi casa verían que más que un hogar es una biblio-

teca en desorden, una urbe hecha con alteros de libros. Son estos -junto con las películas, discos y series de televisión que he acumulado a lo largo de mi vida- los que definen quién soy, los que retratan mejor a la persona en que me he convertido a lo largo de los años: un lector omnívoro, imparable, siempre en busca de la siguiente novela, tratado académico, antología, poemario o ensayo literario.

Leer me abrió los ojos al mundo, me ayudó a respirar mejor en mis días de asmático.

Leer me hizo admirar el entorno en que vivo, a cuestionar las ideas prevalecientes, los pensamientos establecidos. Me confirmó el anhelo de investigar lo que me rodeaba, de comprenderlo a cabalidad, de indagar en sus mitos y leyendas.

Leer me llevó de viaje por el tiempo y el espacio, me dio oportunidad de probar mis convicciones, de transformarme a mí mismo.

Leer me puso a reflexionar en mis orígenes, en mi estirpe familiar, en el país al que pertenezco con todas sus luces y sombras. Hacer memoria para que el pasado no desaparezca, no se esfume.

Leer me dio una plataforma para interrogar al presente, para atisbar los futuros por alcanzar, para crear otras vidas, para inventar relatos, para hacer memoria del porvenir.

Leer me hizo más lúcido, más escéptico, más creativo. Me impulsó a ser lo que realmente quería ser: un escritor de tiempo completo.

Leer me llevó a no quedarme quieto, a decir las cosas por su nombre. Me dio ánimo, esperanza, sentido de la justicia. Me dio las herramientas para descifrar lo misterioso, lo inmensurable, lo terrible, lo cotidiano. Nudo de pistas por seguir, de rastros por aclarar.

Leer me hizo orgulloso de ser norteno, de habitar el desierto, de residir en la frontera.

Pero igualmente me convirtió en ciudadano del mundo, en explorador del cosmos. Por la lectura supe que lo propio y lo ajeno me pertenecen, son míos por derecho de palabra.

Leer me otorgó el mayor honor que pudiera creer: formar parte de la comunidad de las letras, esa cofradía de idealistas pendencieros, de optimistas irredentos, de trabajadores sin sosiego. Solitarios que viven a pan y queso para comprar libros, pero también para escribir con toda libertad sus pensamientos, sus emociones, sus puntos de vista. Lo que nos acucia. Lo que nos estremece.

Leer me fortaleció para los malos tiempos, compartió conmigo el gozo de la fiesta, el laberinto del amor, la historia como rompecabezas. Todos los altibajos de la condición humana, todas sus sorpresas y extravíos, me los obsequió a manos llenas. Como enigmas por resolver. Como signos de interrogación en la página en blanco.

¿Para qué pedir más? Porque leer exige que no te duermas en tus laureles, que no aceptes lo que sabes como la última frontera, que estés dispuesto a contar nuevas historias, a urdir nuevas investigaciones, a seguir adelante: página tras página, renglón por renglón.

Que leer no tiene final. O que su final es ponerte a escribir tus propios relatos para que otros te lean, recorran los caminos que tú hiciste posibles, conozcan los personajes a los que tú diste identidad, existencia y destino. Que te conviertas en lenguaje en movimiento.

Leer es una magia que brota, impertinente y audaz, fiera y consoladora, en el mismo corazón humano. Una luz que, ya encendida, nadie puede apagarla.

Por eso hay que cuidarla, hay que hacerla vivir entre nosotros. Como un gesto de generosidad. Como un acto de benevolencia.

Los secretos del lector omnívoro

Daniel Salinas Basave

Hola colega

Te doy la bienvenida a este viaje que vamos a emprender tú y yo a través de estas páginas. Es un viaje, mágico, misterioso y muy emocionante.

Tú apenas acabas de abrir este libro, pero... ¿sabes que por el solo hecho de hacer esto ya estás consumando un acto de magia?

Bueno, en realidad ese truco mágico lo realizas todos los días de tu vida.

Para ti, para mí y para millones de seres humanos es lo más natural del mundo y como lo hacemos todo el tiempo y a cada instante, nos hemos olvidado de que es magia pura.

¿Sabes cuál es ese acto de magia?

LEER.

¿Leer es mágico?

Por supuesto. La magia se trata de transformar, de convertir y eso es justamente lo que hacemos al leer. De repente, como si moviéramos la varita del hada, nuestro cerebro logra que un símbolo gráfico, un simple dibujo, se transforme en un sonido. La conversión neuronal la ejecutamos en picosegundos pero no por ello deja de ser magia.

Vamos a explicarlo de la manera más simple posible.

A ver... ¿qué es esto?

A

Pero vaya pregunta más tonta: es una **A**. Bueno, lo es porque nuestras neuronas han aprendido que ese trazo tan facilito conformado solamente por dos rayas inclinadas y una horizontal representa un sonido o más exactamente un fonema. Vamos, pronúncialo:

AAAA

Claro, parece lo más simple del mundo. Sabes cómo se representa y sabes cómo se pronuncia. Lo aprendiste desde que eras muy chiquito.

Pues bien, lo emocionante es que si ese dibujo (al que un lingüista llamaría grafema) lo juntas con otros similares, lograrás una combinación de fonemas que forman una palabra.

Si a la **A** le sumas una **M**, una **O** y una **R**, habrás formado la palabra **AMOR** y resulta que esas cuatro letritas tan simples, juntas y en ese orden específico, encierran un significado de lo más profundo. Piénsalo detenidamente: son solo cuatro fonemas que tienen una representación gráfica. Las pronuncias con tu boca, las dibujas con tus manos y para ti, para mí y para cientos de millones de personas en el mundo significan lo mismo.

Bueno, te puse como ejemplo la palabra *amor* por lo corta, simple y profunda que resulta, pero cada una de las más de 88 mil palabras que tiene el idioma español son composiciones que pronunciamos y representamos gráficamente. Yo en este momento no estoy frente a ti ni te estoy leyendo en voz alta y sin embargo, al momento en que tus ojos captan estas letras y estas palabras, es como si te estuviera hablando.

Claro, todo esto que te digo parece demasiado obvio, pero si te detienes a pensarlo te darás cuenta que no lo es tanto y que ese acto tan simple desarrollado en automático es en realidad es una operación cerebral muy compleja.

Hoy a ti y a mí nos resulta muy fácil, pero el detalle es que no siempre fue así. Cuando naciste y hasta tus cuatro o cinco años de edad no sabías cómo hacerlo y alguien – tu mamá, tu papá o alguna maestra- se dio a la tarea de enseñarte.

Hace algún tiempo tú no eras capaz de convertir esos fonemas en grafemas y formar palabras. Ni tú ni yo ni nadie sabíamos cómo hacerlo. Por más evolucionados que estemos como seres humanos, los bebés que hoy o mañana lleguen al mundo no nacerán sabiendo leer. Hasta ahora todavía no hemos tenido noticia de ninguna persona que al momento de salir del vientre de su mamá lo haya hecho dominado la lectura. ¿Tú conoces alguna? Yo todavía no. Tal vez en el futuro nos implantarán chips con inteligencia artificial y los cerebros de los bebés nacerán debidamente programados, pero al menos hasta este día todavía no conozco al primer lector de nacimiento.

Lo más interesante, es que durante decenas de miles de años la humanidad entera no tenía idea de cómo llevar a cabo ese acto de magia que tú y yo realizamos cada día de nuestras vidas.

Si le hacemos caso a expertos arqueólogos e historiadores (y más adelante vamos a hablar mucho más profundamente de ello) se calcula que fue hace unos 5 mil o 6 mil años cuando surgieron los primeros sistemas de escritura. Claro, 6 mil años puede parecer-nos muchísimo tiempo, pero el pequeño detalle es que los restos más antiguos que se han encontrado de *homo sapiens* tienen unos 165 mil años. Si hacemos caso a esos cálculos, significa que durante 160 mil años nuestros antepasados no supieron hacer esto que tú estás haciendo ahora en este preciso momento. Por este mundo pasaron miles de generaciones de *sapiens* cuyo cerebro aún no procesaba aquello que tú y yo hacemos en automático.

Sin embargo, cuando nuestros antepasados descubrieron que un sonido o fonema podía tener una representación gráfica cambió para siempre la historia de la humanidad. Cruzamos un umbral, una frontera y

nada volvió a ser igual. El nacimiento de la escritura fue una auténtica revolución para nosotros cuyos efectos siguen marcando cada día de nuestras vidas.

Vaya, con decirte que a todo lo que ocurrió antes de esa revolución le llamamos prehistoria o historia ágrafa, es decir, historia sin escritura.

En el instante en que alguien trazó una letra en una tablilla de barro empezó la historia de la cultura. A partir de ese momento los seres humanos empezamos a heredarnos los conocimientos, relatos, mitos y consejos que antes solo podíamos transmitirnos a través de la palabra hablada o las pinturas rupestres.

Los milenios han pasado, la humanidad ha hecho importantísimos descubrimientos y gracias a la ciencia y la tecnología, hoy nuestra existencia es mucho más cómoda y dinámica que antes. Sin embargo, la palabra escrita sigue siendo tan importante en

nuestras vidas como lo fue hace cinco mil años. Aún en plena era digital, cuando todo un universo audiovisual rodea nuestra vida cotidiana, la lectura y la escritura están con nosotros en todo momento. Si no me crees, mira a tu alrededor. Puede no haber libros, pero en todo momento hay lenguaje escrito. En tu teléfono inteligente, en la caja del cereal, en el litro de leche que estás bebiendo y en la nomenclatura de tu calle hay palabras escritas. Podemos estar rodeados de imágenes y sonidos, pero a la hora de darle validez a un documento, ya sea una ley o un contrato, el asunto tiene que constar por escrito.

Paradojas de la vida: justo en la semana en que estoy comenzando a escribir este libro, Mark Zuckerberg, fundador de Facebook, anuncia el nacimiento de *Meta*, un auténtico “*metaverso*” que amplía sus posibilidades de comunicación e interacción, una suerte de realidad virtual alterna. Ciertamente, nuestra vida

transcurre en un universo digital donde los sentidos de la vista, el oído y aún el tacto potencializan la experiencia, pero incluso en el mundo digital seguimos apostando por la escritura.

El complejo ejercicio neuronal que tú y yo ejecutamos al reconvertir grafemas en fonemas sigue siendo insuperable. Hasta los algoritmos y las inteligencias artificiales siguen funcionando con palabras clave.

Cuando tú lees, tus neuronas ejecutan una serie de complejas conexiones mediante las cuales estás reinventando y reconvirtiendo una representación gráfica en un sonido y un concepto. Puedes tener todos los adelantos tecnológicos que quieras a tu disposición, pero al momento en que estás leyendo este libro, ya sea en un papel o en una pantalla, tu engranaje neuronal se ha puesto a funcionar y a realizar la misma operación de conversión que realizaba un sumerio, un fenicio o un griego hace varios miles de años.

Al parecer este acto de magia no tiene fecha de caducidad. ¿No te parece fascinante?

Estás leyendo y déjame decirte que eres muy afortunado al poder hacerlo. Ya comentamos que durante decenas de milenios los seres humanos no conocieron el lenguaje escrito, pero no hace falta remontarnos a un pasado tan remoto. Aún hoy, en pleno Siglo XXI, hay muchísimas personas que no pueden llevar a cabo esta actividad que tú desarrollas en este momento. Según la Organización de las Naciones Unidas, en el mundo hay 670 millones de personas que no saben leer ni escribir. Eso es muchísima gente, casi el 10% de la población mundial. Según el INEGI, en México hay casi 4 millones y medio de personas analfabetas, pero lo verdaderamente increíble, es que hace apenas cien años, en tiempos de la Revolución Mexicana, el analfabetismo en este país rondaba el 80%. ¿Te imaginas? Ocho de cada

diez mexicanos no sabían leer en tiempos de nuestros bisabuelos.

Tú y yo somos privilegiados y afortunados, porque podemos realizar cotidianamente algo que durante siglos fue algo inalcanzable o prohibido para millones de personas.

Esto que te puede parecer tan fácil en realidad no lo ha sido tanto. Hasta hace no mucho tiempo eran poquísimas las personas que tenían acceso a la lectura

¿A qué quiero llegar con todo esto? A ponerte en antecedentes sobre el viaje que estamos a punto de emprender.

Primero nos subiremos a la máquina del tiempo y viajaremos cinco milenios atrás hasta Sumeria, Fenicia, Egipto y Grecia donde surgieron los primeros sistemas escritos. El misterio que vamos a resolver, es descubrir cómo fue que pasamos de cazar mamuts y vivir en cavernas a componer

poemas como el *Gilgamesh* y *La Ilíada*.

Después nos iremos a ver cómo es que este acto de magia fue modificando sus formas y de qué manera pasamos de la tablilla de barro de Sumeria al papiro egipcio fabricado con los juncos del Nilo para después dar paso a los pergaminos de cuero antes del surgimiento del papel. Acompañaremos a un señor llamado Juan Gutenberg que convirtió una plancha para prensar uvas en la primera imprenta de la historia y viajaremos con Juan Pablos a la Casa de las Campanas, donde surgieron los primeros libros impresos de América. Y claro, la máquina del tiempo nos traerá hasta nuestros días, en donde pasaremos a visitar a personajes como Steve Jobs, Bill Gates o Mark Zuckerberg y a lo mejor después viajamos al futuro para ver si podemos hacernos una idea de cómo leerán nuestros bisnietos y tataranietos.

Haremos este viaje a través del tiempo y del mundo, pero también te iré platicando

en corto y en confianza cómo fue que me convertí en lector y de qué manera la lectura se ha encargado y se encarga de darle sentido y rumbo a mi existencia.

La vida vale la pena ser vivida cuando algo nos apasiona. En este mundo nuestro hay infinitas pasiones posibles: el deporte, la música, la tecnología, el cine, los viajes, la gastronomía. Pues bien, mi gran pasión es la lectura y la única constante de mi vida, es que a cualquier edad y en cualquier momento me la he pasado con libro en la mano.

Leer para mí ha sido un fin en sí mismo pero también ha sido un medio. Leer ha sido un viaje que nunca termina pero también un destino. Aunque leer no sirviera absolutamente de nada yo igual leería con la misma emoción, pero quiero decirte que leer me ha servido de mucho y también le ha dado rumbo profesional a mi camino de vida.

Ser lector es lo más fascinante y a la vez misterioso. Pronto cumpliré medio siglo en este mundo y te juro que la lectura me sigue resultando tan emocionante como cuando era niño. Ciertamente, la gimnasia neuronal básica que consiste en reconvertir un fonema en grafema la ejecutamos todos los días, pero lo que yo vengo a proponerte es que experimentes lo que se siente convertirte en un lector de largo aliento, algo así como un corredor de fondo, un buceador de profundidades o un escalador del Everest.

La lectura en su faceta más básica es indispensable para nuestra vida práctica y cotidiana, pero cuando te conviertes en lector de largo aliento, descubres que con las palabras puedes formar mundos, personajes, universos enteros. Para mí es como estar siempre de viaje y yo en este libro te quiero invitar a que me acompañes, pero eso sí, debes tener en cuenta que una vez que te has convertido en lector ya no hay vuelta

atrás y no podrás dejarlo. En este mundo no hay ex lectores.

Los lectores somos muy tercos y aferrados y en muchas épocas y lugares hemos ido siempre a contracorriente como los salmones. El mundo cambia todos los días, pero nosotros seguimos enamorados de este insuperable acto de magia que transformó para siempre a la humanidad.

¿Aceptas el desafío? ¿Te atreves a emprender este viaje?

Muy bien: ¡a volar se ha dicho!

Nuestras alas son la imaginación y las palabras.

Darle el golpe al libro

En su ensayo *Los demasiados libros*, mi paisano Gabriel Zaid construye una interesante analogía para referirse a quienes pese a saber leer, no han adquirido el hábito de la lectura. En México hay millones de personas con títulos universitarios que nunca, ni por casualidad, leen un libro. Conocen las letras, saben distinguir las palabras, pueden escribir una frase y sin embargo sufren demasiado cuando se enfrentan a un libro, pues se sienten inmersos en un territorio hostil. No pueden concentrarse y a menudo acaban interrumpiendo la lectura por considerarla aburrida o tediosa. Lo que sucede con esas personas, dice Zaid, es que “no le han dado el golpe al libro”, de la misma forma que un no fumador que intenta fumar, se coloca el cigarro entre los labios sin jalar el humo y dar el golpe. Las personas ajenas al cigarro, no pueden entender el placer que experimenta un fumador

con el humo en sus pulmones y las ansias que lo invaden cuando no tiene un cigarro. Los libros, a diferencia del tabaco, no dañan los pulmones ni contaminan el entorno, pero adquirir el gusto por la lectura se parece mucho al proceso de una adicción. Quien ha encontrado ya el placer de la lectura, difícilmente podrá dejarlo. En contraparte, quien nunca se ha sumergido en ese hedonismo incomparable, difícilmente podrá de buenas a primeras concentrarse en un libro y disfrutarlo. Siguiendo por la línea de Zaid, a mí se me ocurren comparaciones gastronómicas. Por ejemplo, para alguien que ha pasado su vida comiendo comida chatarra y cuya dieta se basa en sabores simples, es muy posible que el sabor del queso azul, de un pulpo al ajillo o de unos caracoles escargot le resulte de entrada repugnante y no pueda encontrar placer alguno en comerlos, mientras que para alguien cuyo paladar se haya educado en diversos sabores, la experiencia resultará una delicia. El mejor vino del mundo puede no

saber nada o incluso resultar repulsivo para quien nunca se ha sumergido en los placeres del producto de la vid. En cambio, el paladar de un aficionado al vino de inmediato reaccionará positivamente ante el sabor, mientras que el paladar de un catador experto o un enólogo, logrará distinguir la composición y su varietal con solo probarlo. Cuando la gente me pregunta qué haría para promover la lectura, me limito a decir que deben encontrar la fuente de goce oculta en un libro. Leer no es un medio, sino un fin en sí mismo, como todos aquellos actos que se realizan por puro y simple principio del placer. Hacerlo por tarea u obligación no tiene sentido alguno. El placer está ahí y creo que cualquiera puede encontrarlo, pero si no se tiene el hábito y la formación, es posible que no se encuentre a la primera y por ello hay que darse la oportunidad y darse un poco de tiempo. En mi caso es ya un vicio irrenunciable; la mayor y más poderosa adicción que he conocido en la vida. La lectura puede ser un vicio más fuerte que

la más adictiva de las drogas. Por ejemplo, he encontrado placer en la bebida y sin embargo he pasado meses sin probar una gota y no siento incomodidad alguna. En cambio, no podría pasar un solo día de mi vida sin leer.

El bendito embrujo de ser lector

Lee. Sé un lector omnívoro y hedonista. Lee de todo y hazlo por puro y vil principio del placer. No olvides nunca que el lector es el personaje más fascinante y enigmático del universo literario. Siéntete orgulloso de ser lector. La escritura llega solita, casi como consecuencia inevitable.

Cuando a mí me preguntan cuál es mi profesión, les digo que soy un lector que me he ganado la vida como reportero y todo lo demás, cualquier otra cosa, llegó como consecuencia inevitable. De verdad colegas, cuando el gran Jorge Luis Borges nos dice que él se jacta de los libros que ha leído y no de los que ha escrito hay que tomarlo muy en cuen-

ta y no echar sus palabras a saco roto. Se los juro: ser lector es lo más emocionante de esta aventura. La lectura es el verdadero acto de embrujo, el viaje que nunca termina. Escritor soy a veces, pero lector soy siempre y creo que lo seré hasta el último día de mi vida. Puedo pasar varios días sin escribir pero nunca paso un solo día sin leer. Ahora bien, hay que ser un lector omnívoro. La clave es ser un lector hedonista, leer por puro principio del placer. Leer es un fin en sí mismo, aunque es también un medio. Es el viaje, pero es también el destino.

Así las cosas, lo verdaderamente trascendente es entender por qué uno se convierte en lector. Lo de la escritura no tiene tanta importancia. Es una consecuencia lógica e inevitable. Ya no estaba en mis manos torcer el camino.

Ser lector en México ha implicado siempre un desafío, un navegar a contracorrien-

te enfrentando la censura o el espíritu de la época. Ser lector en México era un acto subversivo; ahora es una extravagancia. Durante los tres siglos del virreinato la posibilidad de encontrar un lector era una verdadera rareza. Quien leía se arriesgaba pues la lectura estaba sometida a un férreo control por parte de la iglesia. Los libros que valían la pena ser leídos estaban prohibidos.

Hace poco más de cien años el analfabetismo en México aún superaba el 80% y los lectores representaban una identificable y pequeña cofradía. Hoy el analfabetismo ha sido (en teoría) casi superado, pero los lectores seguimos siendo una minoría apenas significativa, una estirpe de excéntricos. Antes los lectores desafiaban a la Inquisición. Hoy desafiamos al espíritu de la época. En cualquier caso siempre vamos a contracorriente.

En cualquier caso, los lectores somos una estirpe de tercos y aferrados. ¿Qué puede ser

tan fuerte para llevar a un hombre a arriesgar su libertad o incluso su vida al leer un libro prohibido por la Inquisición? ¿Por qué en 2017 una persona opta por leer un libro cuando a su alcance hay mil y un alternativas de entretenimiento y evasión? ¿Por qué un bibliófilo sigue comprando libros cuando su biblioteca está sobresaturada y sabe que no le alcanzarán dos vidas para leer todo su acervo y que además podría guardar su tesoro en un iPad? Porque la pasión por la lectura derrumba cualquier barrera.

¿Cómo leeremos dentro de medio siglo? ¿Tendrán nuestros nietos o bisnietos la capacidad de reconstruir el mundo en una arquitectura prosística o nuestra red neuronal irá perdiendo la capacidad de traducir el mundo en palabras?

Acaso leer libros en la era de las redes sociales y Netflix pueda ser interpretado un acto de heroísmo o aferrada resistencia, pero la experiencia me dice que cada lector es un

enigma y que este aferre por tomar las verdades de furtivas palabras renace en los entornos y en las formas más adversas e improbables, como esas matitas verdes que de la nada y contra todo, surgen de pronto en medio del cemento.

El fenómeno de la lectura y sobre todo la figura del lector es algo que me apasiona y es tema de un ensayo que escribí llamado *Bajo la luz de una estrella muerta* y que se puede leer completo en línea y totalmente gratis en este enlace que aquí les comparto.

<https://ceape.edomex.gob.mx/sites/ceape.edomex.gob.mx/files/BLEM.pdf>

Lecturas

Arturo Arrizón

Comencé a leer desde niño. En mi primera escuela (católica) aprendí a leer entre kínder y párvulos, o entre mis cinco y seis años de edad. En mi siguiente escuela primaria, (también católica) ubicada en Magdalena, Sonora, en el segundo grado, me dejaban de tarea el fin de semana leer y memorizar una poesía, para declamarla en la asamblea del lunes siguiente. En ocasiones, los maestros nos hacían memorizar tres o cuatro páginas -letra por letra, palabra por palabra- como tarea del fin de semana.

En Tijuana durante la secundaria, mi maestro de literatura nos hizo leer a Miguel de Cervantes Saavedra, a Francisco de Quevedo, a Juan Rulfo, a Carlos Fuentes y a otros.

Mis padres habían comprado una colección de las grandes obras de la literatura universal -creo que eran veinticuatro tomos- y durante los tres años de secundaria leí varias obras de Goethe, de Shakespeare, de Víctor Hugo, una de León Tolstoi (*“La Guerra y La Paz”*), de García Lorca, de Julio Verne y de Gustavo Adolfo Bécquer. Siempre que tenía algo de tiempo,abría alguno de los tomos y disfrutaba cada momento de la lectura de los grandes de la pluma.

En 1969 me fui a estudiar a la capital de México -a la edad de 15 años-, ayudado por mi hermano mayor Félix Q.E.P.D. Con el dinero que él me enviaba, pagaba mi pensión que incluía alimentos y lavado de ropa. Me sobraban 250 pesos mensuales para transporte y otras cosas. Conocí a un ex sacerdote jesuita quien era dueño de la librería **Yan**, allá por Insurgentes Sur. Además de jugar ajedrez con él, siempre me daba los libros a un precio especial, pues él conocía mi presupuesto.

Trataba yo de leer al menos tres libros por mes. Esos libros me costaban entre diez y veinte pesos. Los más caros llegaban a treinta pesos. Pensé en aquel entonces que, leyendo un poco de los escritores de cada país, mi ignorancia iría disminuyendo. Me sentía muy mal al pensar que al entablar una plática con alguien no sabría de lo que me estaría hablando. Decidí comenzar con Rusia y luego seguiría con otros países de Europa. No sabía que se me abriría un mundo nuevo...

Comencé por leer a los escritores rusos León Tolstoi (*Anna Karenina*), Fyodor Dostoyevsky, ("*Crimen y Castigo*", "*Los Hermanos Karamazov*"), Anton Chejov ("*Las obras de Anton Chejov*" y algunas novelas) y Máximo Gorki (de él, "*Cuentos Escogidos*" fueron mis favoritos).

Me di cuenta entonces que podía viajar sin salir de casa.

Seguí con escritores alemanes como Herman Hess ("*Demián*", "*El Lobo Estepario*"); y Federico Nietzsche ("*Así Hablaba Zaratustra*").

Continué con los escritores franceses como Gustave Flaubert (*Madame Bovary*), Alejandro Dumas, Antoine de Saint-Exupéry, Henri Charrière (*Papillon*) y Charles Perrault.

Seguí con escritores españoles, García Lorca, Miguel de Unamuno -quien fue escritor y filósofo-, Los ensayos que leí estaban un poco adelantados para mí; no lo entendí al cien por ciento y también leí algo de Camilo José Cela, aunque ahora a mis 71 años se me escapan los nombres de los libros.

Me pasé a Inglaterra con Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Charles Dickens, Aldous Huxley, Arthur Conan Doyle y Agatha Christie.

Mientras tanto, Leí también a Vargas Llosa, a Jorge Luis Borges y a Gabriel García Márquez de sudamérica.

Cuando comencé con los escritores de Italia, tuve un verdadero choque al leer a Giovanni Papini, pues siento que sus libros *Gog*, *El Libro Negro*, *El Diablo*, *La vida de San Agustín* y *La historia de Cristo* me abrieron los ojos a muchos aspectos de la vida que yo aparentemente había ignorado.

Me fui de la capital de México a Estados Unidos en el verano de 1974. En Modesto, California, había y aún existe una biblioteca enorme -una manzana completa-, en la cual yo pude tomar prestados muchísimos libros y discos de larga duración para acompañar mi lectura. Todo esto de manera gratuita. Entonces pude leer a Ernest Hemingway, a Jack London, a Stephen King y a otros escritores.

Desde entonces, he leído muchos libros, desde Octavio Paz y Franz Kafka hasta Pablo Coelho. Hay un par de compendios hechos sobre el “*Negrito Poeta Mexicano*” y el “*Negrito Poeta Veracruzano*” quien es la misma perso-

na. Si quieren reír a carcajadas les recomiendo dicha lectura.

En una ocasión mi primo Cesar Villegas me preguntó sobre el contenido de algunos libros los cuales tenía en alteros en un cuarto. Le dije que no los había leído, que conforme tuviera tiempo, los iría leyendo. Me dijo: Entonces tu no eres bibliófilo, eres bibliómano. Me hizo reír mucho...

Una de mis debilidades ha sido leer poesías, y, de hecho, desde joven memoricé varias de ellas. Mucha gente no está familiarizada con los poemas; en ocasiones comienzo a declamar y no faltan personas las cuales, al no entender ese arte, comienzan a reír. Desafortunadamente la poesía se ha ido perdiendo, y yo siento que es tan válida o más, que algunos géneros de la literatura.

Hoy en día mi adicción en literatura es con libros de historia, sobre todo la historia de Tijuana, la de Baja California y la de los dos

países vecinos México y los Estados Unidos. He escrito algunos libros relacionados con esta materia.

Estoy comprando y releendo algunos de esos libros que disfruté cuando era joven, pues después de cincuenta años, muchos detalles se pierden y los quiero gozar nuevamente. Quiero iniciar nuevamente esa travesía por el maravilloso mundo de los libros.

Hoy no puedo pensar en una vida sin lectura.

Biblioteca de bolsillo

Diego Moreno

La preocupación primordial de todos los individuos creadores es comprender el problema congénito del hombre. Admítalo o no, el artista se siente obsesionado por reconquistar la libertad. Recorrer el camino de los libros es una jornada sin agenda ni boleto. Un viaje a la libertad.

Los libros son territorios abiertos a ser cruzados en todas direcciones. Son gargantas de las que brotan mundos. Golpear la puerta de un autor es siempre una solicitud, una petición y una respuesta aún en las más lejanas y apartadas soledades: es una danza de desconocido a desconocido.

Sucede lo mismo si se tratase de un conocido: volvemos a mirar si todavía está ahí donde me dijo esto y lo otro, algo así como una

vuelta para cotejar sus dichos. Lo tomo o no lo tomo. Si lo tomo sé que se quedará conmigo para siempre.

Nadie enseña nada a nadie, uno aprende. Y de los libros se aprende a formar el lenguaje con el que se comunican las personas, a hablar con corrección, con profundidad, rigor y sutileza, gracias a la buena literatura y solo a ella. Se aprende a pescar sin red y sin caña. Una persona que no lee, o lee poco, o lee solo basura, puede hablar mucho pero dirá siempre pocas cosas, porque dispone de un repertorio mínimo y deficiente. Leer es abrir ventanas y oxigenarse. Significa estar mejor preparado para pensar, comunicar, entender, dialogar, fantasear, soñar, sentir y emocionarse. La literatura no dice nada a los seres humanos satisfechos con su suerte, a quien colma la vida tal como la viven. Ella es alimento de espíritus indóciles y propagadores de inconformidad; una sociedad democrática y libre necesita ciudadanos responsables

y críticos, conscientes de la necesidad de someter continuamente a examen el mundo en que vivimos para tratar de acercarlo a aquel en que quisiéramos vivir...y no existe mejor fermento de insatisfacción frente a lo existente que los buenos libros. Para formar ciudadanos críticos e independientes, difíciles de manipular, en permanente manipulación espiritual con una imaginación siempre en ascuas, nada como las buenas novelas. La literatura es su combustible.

Un libro es un venero con el que el lector hace arcilla para encender la llama de la que se cuece un ladrillo de atmosferas donde participan un sinnúmero de desconocidos: tipos y tipas que se dedican a cambiarte el curso del relato, el estilo, la geografía. Los libros dejan huella, enriquecen la vida. Es un amigo, el mejor amigo con el que caminamos, construimos muros y aunque el muro esté seco, ahí adentro está lo que aprendimos leyendo,

ahí adentro está esa agua que hizo posible su construcción.

Una biblioteca es una cantera labrada por dos: el que escribe y el que lee. Un arroyo de aguas claras donde hundimos la batea y que en lo lavado, encontramos pepitas ricas y duraderas, unas que ponen acento, rigor, profundidad y crítica a nuestro entorno, al trato con el otro, al auxilio de ese otro, acudiendo por ejemplo a una palabra, una que pese y puede abrir una puerta a una oportunidad de relacionarnos con gente de otras culturas, otras costumbres, otra forma de trabajar.

Un libro es un amigo que puede introducirnos a otro amigo, quien a su vez nos acerca a libros para ver la igualdad de hombres y mujeres de todas las geografías y la injusticia que es establecer entre ellos formas de discriminación, sujeción o explotación. Nada enseña mejor que los buenos libros en las diferencias étnicas y culturales la riqueza del patrimonio humano y a valorarlas como una

manifestación de su múltiple creatividad. Leer buenos libros es divertirse, si, pero también aprender historias, cuentos, aventuras, viajes, cocinas y biografías de gente que ha sido importante para otras gentes.

Con el hábito de la lectura nunca nos sentiremos solos. Nos encontraremos con todo tipo de experiencias de las que extraeremos cosas para dar: es la llave que abre todas las puertas.

Una biblioteca puede ser un libro; puede caber en la bolsa del pantalón.

Una jornada de mil pasos comienza debajo de los pies.

Mensajes improbables (e imposibles)

Adolfo Morales Moncada

Estos son mensajes, quizá una forma de conversaciones que seguramente no tendré, pero que en cierta medida tuve y tengo (que para eso, entre otras cosas, está la literatura) con algunos autores y autoras cuyas obras han pasado, en muchas ocasiones más de una vez, por mis ojos (por mi cuerpo entero para ser más exacto). El eco de sus palabras, a veces unas cuantas, frases, párrafos, capítulos enteros me acompañan desde la primera vez que las leí, algunas hace años (muchos, pero muchos), otras hace unos pocos meses, resuena entre mis dedos, bajo mi almohada, en los círculos concéntricos cuando muevo el café, en el extraño sonido de mis pasos cuando deambulo por el centro de la ciudad. Sus palabras, como si me las hubieran dicho frente a frente son parte de mí. Los

escritores y los lectores (y los que no leen y los que no escriben) estamos hechos de historias y las historias se cuentan en palabras. Estamos hechos de las historias que nos han contado, de las que hemos vivido (hay un apartado para las historias que indudablemente nos gustaría vivir).

En fin estas son mis conversaciones improbables (e imposibles) con Mircea Cártarescu, Ilya Eheremburg, Ana Ajmatova, Chantall Maillard, Mario Benedetti, Carlos Fuentes, J.R.R. Tolkien, Roberto Bolaño, Cristina Rivera Garza, Julio Cortázar.

Mircea, recuerdas el texto: “No entres dócil en esa buena noche. Enfurécete, enfurécete contra la muerte de la luz.” Las líneas son de Dylan Thomas. Son parte de un poema que indudablemente te gusta, te sacudió. Lo citas en dos ocasiones, la primera en el capítulo 26, la segunda cerca del final de Solenoide, en el capítulo 51. Esta obra monumental, llena de vida a la que -después de leerla como obse-

so- he regresado para repasar capítulos, párrafos, líneas. El poema. El poema de Dylan Thomas. Enfurecernos contra la muerte de la luz. Eso. De pronto pareciera que nos habituamos a la penumbra. Es triste. Muy triste. La luz se va desvaneciendo, se la llevan de poco a poco, miramos cómo se la llevan, sabemos quién se la lleva, escuchamos los pasos de quien después, de tomarla, se va. Impunemente, se va. Nos van robando unas libertades aquí, algunas justicias allá, opacan pacientemente la luz de la historia, de la memoria, de la verdad. El caso es, Mircea (por supuesto que lo sabes, por ello tu doble cita de Dylan) que la muerte de la luz, aún de las pequeñas lucecitas, como luciérnagas, debiera enfurecernos. Lo sabes porque se robaron la luz de Rumania, de Bucarest. Cada intento de ensombrecernos debiera enfurecernos. Tu personaje en “**Solenoide**”, maestro de escuela, poeta frustrado, no deja que su luz se consuma, mientras mira con rabia y nostalgia

como una neblina deja en penumbras su Bucarest, “La ciudad más triste del mundo”.

No puedo hablar de la segunda guerra mundial, de la guerra fría, sin recordar las páginas de **“El libro Negro”**. Un libro abismo, un libro insondable, un libro pozo en el que hay que sumergirse hasta tocar el frío, el miedo, el horror ilimitado y perverso. *Ilya*, tú y tu amigo, Vasili Grossman, encabezaron un equipo reunió documentos y testimonios de las masacres cometidas por los nazis en territorio Ruso. Cuando el ejército alemán invade la URSS, persigue y masacra a la población rusa (por supuesto se enfoca y se ensaña en la exterminación de la población Judía). El caso es que Stalin, básicamente voltea para otro lado. Para el dictador soviético, el pueblo judío, no es parte del pueblo ruso. Si bien, *Ilya* terminas una versión preliminar del libro hacia 1947, la edición que integra que conocemos saldrá a la luz (no hay mejor manera de decirlo, verá

la luz) hacia 1993. “**El libro negro**” solo será publicado en la Rusia que hoy conocemos hasta el 2010. Sé pocas lecturas me han sacudido tanto. Sé bien, que tanto a ti, como a tu amigo Vasili, les enfurecía la muerte de la luz.

Hablar de Stalin y de los libros que me han sacudido me llevo a recordarte *Ana*. Uno de esos libros es una selección de poemas tuyos y de Marina Tsvetaieva, incluye tu poema “**Requiem**”. A Stalin no le gustaba tu poesía (ni la de Marina), ni tu primer marido, que fue acusado de conspiración y fusilado, ni tu hijo que fue deportado a Siberia. En ese libro te leí:

“Diecisiete meses pasé haciendo cola a las puertas de las cárcel, en Leningrado, en los terribles años de del terror de Yezhov. Un día una mujer me reconoció – los labios morados de frío- que nunca había oído mi nombre, salió del cordón en que todos estábamos y me preguntó al oído (ahí se hablaba solo en susurros):

-¿Usted puede dar cuenta de esto?

Yo le dije:

-Puedo.

Y entonces algo como una sonrisa asomó a lo que había sido su rostro”.

Ese es el texto “En vez de prologo” del **“Requiem”** que leí. Indudablemente.

Te enfurecía la muerte de la luz. Te enfurecía cada una de las incontables luces que Stalin asesinó.

Chantall, eres un ejemplo de cómo alguien se enfurece ante la muerte de la luz. Toda tu obra relata tu coraje ante el avance de la oscuridad. Fue de manera fortuita que llegó a mis manos, el primero de tus libros, tu poesía reunida: **“Lo que el pájaro bebe en la fuente y no es el agua”**. Solo el título es un poema abrazador y abrasador. Me sacudió tu honda convicción de escritora, mientras reitera la mía como lector. Escribes:

“escribir, para decir el grito/ para arrancarlo/ para convertirlo/ para transformarlo, para desmenuzarlo/para eliminarlo/escribir el dolor/para proyectarlo/para actuar sobre él con la palabra/ escribir para descansar (escribir que el sol, en invierno, es hermoso)”. En tu libro *“La herida en la lengua”*, en el capítulo *“Balbuceo”* nos recuerdas de esa oscuridad que nos habita y que se convierte en maldad pura, cuando decretamos el exterminio humano. Citas las masacres en los campos de Kobe, de Saklepecha, de Bahai, Ereba, Kibati, Bulenbgo, Ifo, Dagahale, Azraq y Gaza. Mientras leo recuerdo los campos de Auschwitz, Brlzec, Chelmo; también la ESMA, el *“Plan Cóndor”* con sus incontables centros centro de detención, tortura y desaparición en Argentina, Uruguay, Bolivia, Paraguay, Brasil y Chile. Hay incontables asesinos seriales que militan en el poder.

Es hacia el final de tu libro, en el apartado *“El pájaro”* es donde abres la metáfora para

hacerte (y contestar) la pregunta que nos hacemos los poetas cada hora:

“¿Dónde se sitúa el poema? Donde el pájaro, por supuesto. Busquemos al pájaro. Ahí está, en la copa de un árbol, o entre las hojas asomando..... bebe el agua que se ha depositado en un pequeño hueco de la corteza. Tiene la cabeza levantada, el pico ligeramente abierto. El poema es lo que bebe el pájaro”.

Mario, militante de nacimiento, enfurecido desde siempre contra la desaparición de la luz. No solo leí, Mario, tu poesía (leo y releo ese dialogo poético entre Martín Santomé y Laura Avellaneda, “Mucho más grave” y “Última noción de Laura” que casi lo sé de memoria); también me sumergí en la historia de este par de amantes con mala fortuna, cuya historia malograda de amor cuentas en “La tregua”, esa novela triste y amorosa. Pero nada como tu “Pedro y el Capitán”. Esa dramaturgia en donde te sumerges en el corazón de la oscuridad, en el abismo que habita y co-

rroe en quienes se roban la luz del mundo. Ni el encierro, ni la tortura, ni la amenaza minan el corazón iluminado, el pabilo encendido en el alma del Pedro, que en cada conversación con el capitán, defiende su libertad, la dignidad humana, el amor (su amor, su luz) comprometido entre los hombres.

Carlos, esta combinación de narrador e historiador, en un país como el nuestro, era (es, será) una necesidad urgente. Pronto lo supiste. En américa latina, como bien sabes, tenemos gobiernos a los que la verdad (esa forma de luz) les provoca gastritis, dermatitis e insomnio. Inventan entonces una luz artificial (una luz de mentiritas), a la que llaman su verdad, es “La verdad histórica”. La “verdad oficial”, la verdad de los libros de texto en nuestro país, es una ficción. (Ya Eduardo Galeano, había escrito en un dialogo entre Mariano y Clara en su novela “La canción de nosotros”, que todas historias oficiales son falsas). Para saber historia (por supuesto,

no la oficial) hay que leer a los novelistas, a los cronistas. Por ejemplo, de lo acontecido la noche del 2 de octubre de 1968, lo más cercano a la luz (es decir, a la verdad), lo escribió Elena Poniatowska en su crónica “La noche de Tlatelolco”. La mejor crónica del golpe del estado mexicano, proveniente de Luis Echeverría al periódico Excélsior (el Excélsior de Julio Scherer; el que tenía como suplemento cultural la revista “Plural”, que dirigía Octavio Paz), la hace Héctor Aguilar Camín, en su novela “La Guerra de Galio”, y lo que sabemos del asesinato a Rubén Jaramillo y a su familia el 23 de mayo de 1962, de la “Operación Xochicalco” lo escribiste tú. Al saber de la muerte de Rubén, decidiste ir a Xochicalco a investigar. En **“Tiempo Mexicano”** escribiste:

“Lo bajan a empujones. Jaramillo no se contiene, era un león de campo este hombre de rostro surcado, bigote gris, ojos brillantes y maliciosos, boca firme, sombrero de petate, chamarra de mezclilla;

se arroja contra la partida de asesinos; defiende a su mujer y a sus hijos, sobre todo al hijo por nacer; a culatazos lo derrumban, se saltan un ojos. Disparan las subametralladoras Thompson. Epifanía se arroja sobre los asesinos; le desgarran el reboso, el vestido; la tiran sobre las piedras. Filemón los injuria; vuelven a disparar y Filemón se dobla, cae junto a su madre encienta, sobre las piedras aún vivo, le abren la boca, toman puños, le separan los dientes, y entre carcajadas le llenan la boca de tierra. Ahora todo es rápido; caen Ricardo y Enrique acribillados; las subametralladoras escupen sobre los cinco cuerpos caídos. La partida espera el fin de los estertores. Se prolongan. Se acercan con las pistolas en las manos a las frentes de la mujer y de los cuatro hombres. Dispararon el tiro de gracia. Otra vez el silencio en Xochicalco. El auto arranca. Los buitres aletean, las cabras corren". Esto escribiste Carlos. Te enfurecía la muerte (el asesinato) de la luz. Necesitamos escribir y leer sobre la ausencia de la luz.

Sobre el oscurecimiento de la luz, ya habías escrito mi querido *Tolkien*. Quiero decirte que te he leído desde hace décadas. Mis libros (tus libros) de la trilogía de “El Señor de los anillos”, de la vieja Editorial Minotau-ro (en realidad la tetralogía, porque incluye a “El Silmarilion”) han estado en todos mis librerías. La sombra de Melkor (*El que se alza en poder*), al que también llaman Morgoth, es el primer señor oscuro. Es la primera edad. Un espíritu nacido de la mente de Iluvatar. Rebelde, su ambición le oscurece el corazón. Ante la muerte de Melkor, será Sauron, su aprendiz quien asumirá, en la tercera edad, la condición del señor de la oscuridad. Los anillos creados a instancias del propio Sauron le otorgan poder casi ilimitados a quienes lo usan, igual Elfos, Enanos, Hombres. El poder, lo sabemos, oscurece el corazón. Tolkien, bien sabes que los seres humanos somos los más débiles ante el poder y nuestro corazón oscurece hasta apagar la mínima luz.

Pero nos diste esperanza Tolkien. Porque en la historia que nos cuentas, la amistad, el amor, la dignidad, la voluntad pueden luchar con el poder y encender nuevamente el pabito que ilumina el corazón humano.

Roberto, ya te había leído mucho. Inicié quizá por donde no debía. ¿Pero a quién se le ocurre que 2666 sea el primer libro para leer a Bolaño? Te confieso que la portada (la edición de Anagrama) me sobrecogió, luego de leer la reseña, tenía que leerlo. Un universo asombroso, inagotable, un torbellino que tenía como centro de gravitación las muertas de Juárez. Incontables almas insepultas de mujeres (muchas, casi niñas) cuyos cuerpos aparecían (pero aún, pero aún) en el desierto, en callejones malolientes, tiradas en las carreteras, en basureros (pero están las que simplemente se perdieron tras una bruma silencio tortuoso. La novela que tú querías que se publicara en partes, se publicó en un solo tomo. Ese fue el leímos todos. Ahí em-

pecé la cacería de tus libros, seguí con “*Los detectives salvajes*”, y de ahí uno por uno, la novelas, los cuentos reunidos, tu poesía (¡ah!, porque tu poesía...). Hasta que llegue a “*A la intemperie*”, y ahí encontré tu *Discurso de Caracas*. Casi al final del texto dijiste que en buena medida tu obra “*todo lo que he escrito*” era una carta de amor a tu propia generación, la de los años 50’s. La cita, por supuesto me sacudió. Yo nací en 1955, tú en el 53. Dices (y dices bien) que esa generación ejerció una suerte de militancia y entregó su juventud (y seguramente, mucho más) a una causa que creía la más generosa del mundo. Luego sueltas verdades: “*tuvimos jefes corruptos, líderes cobardes, un aparato de propaganda que era peor que una leprosería... luchamos por un ideal que hacía más de 50 años estaba muerto*”. Más adelante dices “*de esos jóvenes ya no queda nada, los que no murieron en Bolivia murieron Argentina o en Perú y los que sobrevivieron se fueron a morir a Chile o a México, y a los que no mataron allí, los mataron después en Nicaragua,*

en Colombia, en El Salvador. Toda Latinoamérica está sembrada con los huesos de esos jóvenes olvidados". Fuimos jóvenes, idealistas, ingenuos. A mí se acabó primero la juventud, me queda algo de lo idealista, lo ingenuo sigue y sigue, qué quieres. A ti, se te acabo la juventud, ¿lo idealista siguió?, pero creo que lo ingenuo no. Sabemos algo o mucho se jodió. Mario Vargas Llosa, en su novela "Conversación en la Catedral" diseña a su protagonista *Zavalita*, periodista que trabaja escribiendo editoriales en el diario "La crónica". Una tarde mientras caminaba por la avenida Tacna, en una tarde nublada se pregunta "*¿En qué momento se había jodido el Perú?*". No queda sino contestar, esto lo sabes mucho mejor que yo, Roberto (eres un par de años más grande) que Perú se jodió al mismo tiempo que toda nuestra América latina, cuando el poder decidió enterrar a los jóvenes que se enfurecían por la muerte de la luz. Estamos gobernados por sepultureros. No nos queda sino hacer el triste, pero urgente trabajo de desenterradores de ideas,

de amor, de voluntades, de causas que quizá (pero, qué quieres, así somos), siguen siendo perdidas.

Cristina, “Estamos bajo un árbol lleno de pájaros invisibles”. Esa es la primera línea de la crónica que escribes sobre la vida (y la muerte) de tu hermana Liliana. Es el primer libro tuyo que leo. No será el último. No puedo si quiera imaginar el valor, el coraje necesario para sumergirte en el la historia del asesinato impune de tu hermana. Pero lo tuviste. Y ahí vamos, cada lector, junto a ti, acompañándote en las visitas a las procuradurías, a las fiscalías, en las lecturas de los cuadernos de tu hermana Liliana, en tus recuerdos de ella, en las conversaciones de quienes la conocieron, de quienes la quisieron, de quienes la amaron. Supe que tu hermana estudiaba arquitectura, que escribía. Un 26 de mayo escribió: *“Ayer sucedió. Y hoy parece haber desaparecido. La euforia pasó. No hay desencanto, todavía soy feliz. Todavía. Ahí estás, a pesar de todo...te en-*

contré. Tú eres el conocimiento, tú eres ¿eres? , el amor y la pasión y el deseo al conocimiento. Tú eres. Tú. Liliana”.

Te sumerges Cristina, en esa extraña red que fue la relación de tu hermana con el hombre que la asesino. Tratas de entender. Tratas. Entender. ¿Entender? ¿Para qué? Quizá al final de libro lo descubras. No es fácil aceptar (siempre enfurece) la muerte de la luz. Al principio de libro citas a Camus: *“En lo más profundo de invierno aprendí al fin, que había en mí un invencible verano”.*

“Pero el amor, esa palabra...” Así comienzas, **Julio** el capítulo 93 de tu “Rayuela”. El párrafo sigue: “Moralista Horacio, temeroso de pasiones sin razón de aguas hondas, desconcertado y arisco en la ciudad donde el amor se llama con todos los nombres de todas las calles, de todas las casas, de todos los pisos, de todas las hitaciones, de todas las camas, de todos los sueños , de todos los olvidos o los recuerdos”. Qué ganas de tomar-

nos un café, en París, en Buenos Aires, o aquí en Tijuana. Hay un café pequeño cercano al Parque Teniente Guerrero, donde preparan chilaquiles y pan francés. Un café donde escuchar a Miles Davis, a Coltrane, a Billie Holiday, a Charlie Parker. Un café donde hablar de la luz en la poesía, en la música, en las miradas, en los abrazos, en las pinturas en exhibición, en los poemarios que aún no se ha impreso pero que están listos en las manos de sus poetas. Porque el amor Julio, el amor. La única luz que sobrevive al abismo, la única música que sobrevive al silencio, la única caricia que sobrevive a la ausencia.

El amor, sí, Julio, sí Horacio, esa palabra.

Miscelánea de lectura

Elizabeth Cazessús

*Gracias a la vida que me ha dado tanto,
me ha dado el sonido y el abecedario*

Violeta Parra.

Los lectores, nos enamoramos del mundo que nos rodea desde niños, queremos devorarlo, beberlo, las palabras flotan desde sus fuentes. El deseo de integración con la lectura de nuestro alrededor, es una actitud biológica. Aunque cada quien se integre con diferentes deseos, talentos y vocaciones a la sociedad. Es un hecho que todos traemos un lector dentro de nosotros. La pasión que nos impulsa va sumando experiencias de lo vivido. En este sentido, al tiempo los libros pasan a ser el detonante del proceso de una vida lectora. Pero eso lo entendí hasta después. Cuando fui madre y maestra. Desde

niña observé la naturaleza de las cosas como fenómenos, no como cosas. Y esto para mí era un enigma, ¿por qué pensaba las cosas de esta manera? Esto me llevaría a René Descartes: “Pienso y luego existo”. Pero Descartes vino después, así como Roland Barthes con su Lección inaugural, “todos los significantes están ahí, pero ninguna alcanza su finalidad, el autor, (el lector) parece decirles *os amo a todos* (palabras, giros frases, adjetivos, rupturas, todos mezclados: los signos y los espejismos de los objetos que ellos representan) ...”

Los primeros libros que tuve en mis manos fueron los libros de texto gratuitos que cada año escolar nos entregaba la SEP, a través de la Comisión Nacional de los libros de texto gratuitos, que tenían una portada bellísima. Era una mujer indígena con larga cabellera, sosteniendo la asta de la bandera mexicana ondeando sobre ella. Lo que más admiré de esa fotografía fueron sus ojos felinos, de mirada intensa hacia un horizonte que no alcan-

zaba yo a ver. ¿Cómo es que yo me reflejaba en esa mirada? Durante la escuela primaria leí poesía de Amado Nervo, Juan de Dios Peza, Rubén Darío, Ramón López Velarde, Manuel Acuña, Miguel N. Lira, Manuel Bernal. Desde entonces fui lectora y yo no lo sabía.

Esas lecturas las recibí desde la noble tarea que hacen los buenos maestros de la escuela primaria a favor de nuestra vida. El fenómeno de la lectura se gestó en mí a partir de que hubo un interés, un entusiasmo, la conciencia de querer saber, entender. Hay una impronta que te lleva a escudriñar libros. Desde entonces subrayo o marco fragmentos de texto o páginas en libros.

Las influencias

¿Porque subrayo textos? Una vez encontré en un libro de Octavio Paz, que decía algo así: lo que te conmueve el espíritu mientras lees un libro, es tuyo. *La fe en el poder de las palabras es una reminiscencia de nuestras creencias más*

antiguas: la naturaleza esta animada, cada objeto posee una vida propia; las palabras, que son los dobles del mundo objetivo, también están animadas. El arco y la lira de O.P. Entonces empecé a marcar mi territorio de lecturas. Cada línea subrayada en mis libros es un deslinde de la anatomía de la lectura, lo que me llama, lo que me hace enarbolar ideas, desatar tormentas del pensamiento, dilucidar, discernir las palabras y volverlas a cernir en la página en blanco. Esto es lo que llamo influencias y son bienvenidas. Pero entonces *Eran los secretos del cielo y la tierra los que deseaba aprender*, decía Mary Shelley. Es la juventud que nos impulsa a querer saber. En un futuro inmediato tenía una revoltura de libros tumbados alrededor de mi departamento con diferentes autores.

En la secundaria, (1972-1975) mi más grande influencia fue mi cuñado Ignacio Montes Cárdenas, un hombre que me alentó a nuevas lecturas y horizontes, como militante del

Partido Comunista, (en ese tiempo aún era un partido clandestino, sin registro). Montes era un lector famélico, todos los días compraba el periódico; tenía en su casa montañas de periódicos y revistas, una biblioteca muy amplia, no solo con libros de temas políticos, sino de economía, sindicalismo, historia, poesía, literatura y arte. El mejor ejemplo de gran lector que pude tener en mi vida. Entonces mi hermana Irma, esposa de Montes, tenía su sección propia de libros de literatura, entonces ella pasó a ser mi segunda madre vocacional de la lectura. Ver su biblioteca era parte de mis intereses creados por la lectura. En este tiempo conocí a personajes del partido comunista que eran una influencia silenciosa. A mi corta edad yo no entendía de política, pero “ahí andaba con la bola” en los mítines, repartiendo el periódico del partido: la Revista Oposición y “boteando”. Pero además las tertulias en casa de mi hermana eran verdaderos encuentros literarios. Aparecía el imprescindible Pablo Neruda y había voces

extraordinarias que salían de los acetatos, poetas latinoamericanos y trova cubana. Así aprendí canciones de Víctor Jara, cantautor (a quien le cortaron las manos los esbirros de la dictadura). Por las ventanas de la casa de mi hermana salía su voz entrañable... *Te recuerdo Amanda, la calle mojada volviendo a la fábrica donde trabajaba Manuel...* Poetas españoles con poemas cantados por Juan Manuel Serrat, (en ese tiempo desconocido) Miguel Hernández, “*Las nanas de la Cebolla*”, “*El niño yuntero*”; de Antonio Machado; Tenía un cassette de Soledad Bravo cantando poemas de Rafael Alberti; las voces de Violeta Parra, Mercedes Sosa, en Sudamérica, Oscar Chávez en México; Joan Báez en Norteamérica. Eran voces que pertenecían a las tertulias de la izquierda, y a esa sensibilidad del imaginario social y político. Estas canciones también fueron lecturas significativas para mi sed de lectora en la adolescencia. Las canciones como poemas, se convirtieron en una necesidad para mi ser, ante la crueldad e injusticia de las dictaduras

latinoamericanas. Entonces leí a poetas españoles de la generación del 27, Pedro Salinas, "*¿Acompañan las ansias/ Y los más, los más, los más, no te acompañan?*" Federico García Lorca, *La luna vino a la fragua con su polisón de nardos/ el niño la mira mira/ el niño la está mirando*; Vicente Aleixandre, *calla, calla, no soy el mar no soy el cielo ni tampoco el mundo en que tú vives...* Luis Cernuda: *No es nada, es un suspiro, /pero nunca sació nadie esa nada/ ni nunca nadie supo de qué alta roca nace*. Todos son subrayados y recuerdos.

En la normal mis clases preferidas fueron historia de filosofía, pedagogía, psicología infantil y artísticas. De manera muy general en filosofía leímos los aspectos bibliográficos de los presocráticos, en el libro *Historia de las Doctrinas Filosóficas* de Raúl Gutiérrez Sáenz. El rezago en que vivimos de la historia es impresionante, solo los especialistas y obsesivos llegan a ciertas metas. Entendí que el pensamiento crítico lo era todo. Que una lectura

sin criterios, ni conocimiento e historia de los orígenes, nos sumía en la ignorancia. Que la ignorancia era nuestro peor enemigo. Que los maestros teníamos un reto mayor. Acercar a los niños y jóvenes a la comprensión de las palabras desde su origen. La frase “yo solo sé que no sé nada”, era el yo lirico de Sócrates, con buen ritmo. La mayéutica de Sócrates era un método de enseñanza, en verdadero dialogo. Platón me cayó mal, desde que echó fuera de la república a los poetas. Los platónicos describían la erótica entre bueno y malo, bello y feo. En Diálogos de Platón reconocí a Diotima de Mantinea, quien les dio una cate-dra acerca del amor erótico. La excepción entre los extremos del blanco y negro. Una referencia que hacen los filósofos del “Banquete de la Erótica”, Agatón y Sócrates. Entonces supe que yo no era platónica. A distancia del Banquete de Platón me reconocí romántica. Pero Diotima, me dio la clave, mi sustancia como mujer lectora. Ella consideraba a Eros como un demonio, “el término medio” entre

la ciencia y la ignorancia, la “tierra medial” que existe entre los dos hemisferios cerebrales; la tierra de la intuición, de genios, científicos, artistas, magos, curanderos y buscadores de tesoros que conectaban con los misterios del conocimiento y la sabiduría. Diotima fue mi respuesta desde Grecia, mi filosofa del amor. Este tipo de lectura, fue un hallazgo. Eran las pepitas de oro que me daban placer y ánimo para seguir leyendo. Ninguna cate-dra las superaba.

La pedagogía y la psicología me trajeron otras lecturas, (Piaget, Sujomlinsky, Makarenko, O Neil, Freire etc.), pero la psicología moderna se deriva de los dos grandes: primero Segismundo Freud y luego Carl Jung. Y los otros que derivaron de Jung. El nuevo paradigma de la educación partía de dejar de considerar a niños y niñas como un “vaso vacío”, (como se acostumbraba antes de la independencia de México); a quienes había que llenar de conocimiento, información y reli-

gión. Niños y niñas traían su propio contenido. Había que comunicarnos con ellos como entes integrales, individuos, ciudadanos con la tarea de reconocer sus propias palabras. Despertarlos de su opresión, hacerlos contar su historia, sin los tabúes familiares de una cultura impuesta y autoritaria, hacerlos críticos ante la doble moral. Tenemos desde la revolución mexicana tratando de lograr esta encomienda. Los filósofos modernos que leí después abonaron para entender las circunstancias de la modernidad. *“El romanticismo fue el gran cambio no solo en el dominio de las letras y las artes sino en el de la imaginación, la sensibilidad, el gusto, las ideas. Fue una moral, una erótica, una política, una manera de vestirse, una manera de amar, una manera de vivir y morir. Hijo rebelde, el romanticismo hace la crítica de la razón crítica, y opone al tiempo de la historia sucesiva el tiempo del origen antes de la historia, al tiempo futuro de las utopías del tiempo, instantáneo de las pasiones, el amor y la sangre. (La otra voz. O.Paz)*

La lectura y las artes

Como promotora de arte experimenté el contacto con diversos géneros artísticos. El arte de lo intangible se guarda en el silencio. La poesía se revela con todas sus formas. Reconozco el estremecimiento que me crea una soprano en la ópera. Como sube y baja la emoción frente a una diva como Tania Libertad con una palabra, el estiramiento de sus cuerdas con una sola vocal. La figura de la matrona, Ofelia Guilmain en “La Celestina” de Fernando de Rojas. La imagen del mar representado por la danza del Ballet Bielorruso en el auditorio nacional. La fuerza expresiva de una danza ritual afroantillana. Los murales de Orozco en el Hospicio Cabañas. Un concierto de Milton Nascimento en San Diego Ca. Estas y otras lecturas quedaron encriptadas en el asombro. Otras en el periodismo que realicé por décadas.

Círculo de mujeres

En los ochentas en Tijuana, participé en COLECTIVO DE MUJERES XOCHIQUETZAL, donde hicimos un círculo de lectura de mujeres escritoras, autoras latinoamericanas, europeas, norteamericanas y a mí me impactó German Greer con “El eunuco femenino”. German Greer me hizo volver al cuerpo, en capítulos genéricos: Cuerpo, Huesos, Alma, Sexo, Pelos, Matriz; reconocer el cuerpo como territorio propio, la tierra única que somos y hemos sido sobre el metro cuadrado de nuestra existencia. *La libertad es frágil y tiene que ser protegida. Sacrificarla siquiera como medio temporal, es traicionarla*, nos retaba el eunuco femenino. Muchas mujeres estábamos perdidas, sin reconocernos como mujeres pensadoras, como reproductoras del capital social de este sistema patriarcal, aun no conocíamos nuestros cuerpos, como el laboratorio perfecto para procrear a la humanidad. Yo no tenía las palabras precisas de nuestra condición de

oprimidas, explotadas y degradadas. Apenas veía la semilla con su primer brote. Volver a reconocer nuestro cuerpo era hacer otra lectura de nuestra condición a partir de nuestro ser interno, integral. Simone de Beauvoir nos dejó claro que ser “El Segundo Sexo” consistía en que los pensamientos, emociones y sentimientos de las mujeres quedaban en segundo término, tanto en la familia y la pareja, como en la escuela, en el sistema laboral, frente al patriarcado. “La mujer como el hombre es su cuerpo, pero su cuerpo es distinto de ella.” (Simone de Beauvoir). La estética feminista, nos dictaba una deconstrucción de los patrones y hábitos aprendidos.

Lectura de la deconstrucción

Salí del cascarón de la ignorancia como lectora de autoras mujeres y activistas, al rescate de artistas y escritoras que se habían disfrazado de hombre para poder desarrollar su vocación, rescatar del CAUTIVERIO DE LAS MUJERES, (Marcela Lagarde) a madres-

posas, monjas, putas, presas y locas; y a las abuelas bondadosas y desalmadas, viudas asesinas y viudas románticas, “poquianchis” misóginas, desaparecidas, suicidas, perseguidas, solteronas, muertas en la guerra y por feminicidio, etc. ¿Realmente había otro modo de ser humana y libre, Rosario? Yo no tenía respuesta. Era un horizonte inexplorado. Pero Francesca Gargallo nos respondía desde la catedra con su investigación feminista incluyendo voces masculinas, acerca del cuerpo, a través del filósofo Merleau Ponty: *Tomar conciencia del mundo no es un acto de conocimiento donde la conciencia aparece como autómatas y separada de lo que conoce, sino que es una experiencia que requiere un cuerpo viviente en relación no solo con el mundo, sino también con otros cuerpos, con otros seres. Nuestro cuerpo no es sólo lo que describen las ciencias un cuerpo inerte, sino un cuerpo vivido, la carne, el cuerpo viviente que reelabora los significados individuales y culturales.*

Lectura de dos imprescindibles escritoras mexicanas

Después de la lírica de Sor Juana Inés de la Cruz; Rosario Castellanos. El *Verde embeleso* donde Juana Inés, ejerce la crítica a la esperanza; los últimos versos refrescan una vivencia al contacto con lo real, el punto crítico de una lectura vivencial, al contacto con las cosas y los cuerpos, obviamente, más rebelde, que mística "... *que yo más cuerda en la fortuna mía/ tengo entre ambas manos ambos ojos/ y solamente lo que toco veo.* (1) Su imprescindible sapiencia para confrontarse con el mundo: *¿En perseguirme mundo que interesas? / ¿En qué te ofendo cuando solo intento/ poner bellezas en mi entendimiento/ y no mi entendimiento a las bellezas?* Insuperable.

Pasaron algunos siglos para que surgiera la voz de Rosario Castellanos con esa fuerza de raciocinio y sabiduría. Rosario Castellanos asumió el romanticismo de una manera visionaria, la lectura de la poesía como el na-

cimiento de una vocación crítica de los cánones de la tradición mexicana. *La lectura de la poesía no debe ser un esfuerzo del entendimiento sino un abandono de la voluntad. Hay que cesar de resistir soltar las amarras y dejar que el poeta nos arrastre en la corriente lírica. Yo me engañé por algún tiempo creyendo que la poesía operaba como una especie de contagio. Ahora sé que es un acto de avasallamiento. Es preciso vaciarnos de nosotros mismos para que el otro que nos habitara un instante, halle una atmósfera limpia, un espacio disponible. Su estancia ha de ser grata ya que siempre será demasiado breve. (Rito de iniciación).*

Lo que transformé en performance

Porque había entendido que había que volver al cuerpo, las palabras circulaban por mis venas y cada vocal era un grito al espacio. Mi cuerpo era una memoria hecha de retazos. Tenía miedo a publicar, a hacer el ridículo, a equivocarme. Nada de lo que había leído me pertenecía, excepto mis subrayados, mis ha-

llazgos, pero de manera tan íntima que empecé por escribir un diario. Entré a clases de danza, para explorar el espacio con mi cuerpo, a desentenderme de las palabras, a generar un vacío hacia adentro de mí, a liberarme en un acto de avasallamiento con el silencio y el pulso de mi corazón. Una va dejando las cosas atrás. Desdoblándose. *“La vida es sentimiento”*, dijo Anaïs Nin. *Es bueno que una viva, antes de escribir*, dijo Mercedes Rodereda. Y abandoné mi ciudad para encontrarme con el ritual sagrado, y danzar arriba de una montaña. Al encontrarme con la Diosa y la Sal, *“sudé lo mismo que las nubes”*, al escribirle un largo poema inspirada en la salina de Guerrero Negro. Después aprendí los ritos de las danzas afroantillanas, con las heridas del oficio; me lastimé los dedos y me rasgué las rodillas, me caí de unos zancos, y rodé por el suelo y la montaña. Eso era otra lectura. Un desdibujarme de mi misma para crear la propia poesía. Para nacer hube que subir a la montaña, escuchar la voz de la tierra con

su idioma de pájaros, el árbol que encontré a *"imagen y semejanza"* era una corteza de cobre oscuro, entonces recordé a Thomas Mann: *Estoy enamorado de un árbol, ya no estoy solo*. A lo lejos llanuras vírgenes eran el fundamento que corría por mis venas como el viento de la tarde a una altura de más de 3000 metros de altura en la Sierra Madre Occidental; la sangre de los atardeceres, como la del desierto de Vizcaíno, eran una cierta sinfonía del silencio, fortaleza de la tierra. Mi sueño de agua se transformó en amaneceres, en el pueblo Santa Lucía, una noche dormí sobre un nido de alacranes y no me picaron. Dormía y soñaba en un lugar de la memoria que tenía perdido. Nació la magia con sus aromáticas hierbas y bosque de ocotes. Piedras y lajas se vestían de luz. Entendí lo que Novalis interpretaba como *"una tormenta detenida"*, en el cuerpo desquebrajado de las placas tectónicas de la montaña. Pasaje inscrito en Los indios de México de Fernando Benítez. Resignifiqué la esencia de los elementos y la materia que dio

origen a la humanidad. Escribí ente danzas y rituales a la tierra, al fuego al sol, al mar y al aire. La entrega voluptuosa es renacimiento. Me di el permiso de buscar otro tinte a la pena universal.

La imaginación de la materia

Soy materia que imagina, y no lo digo yo, sino Gastón Bachelard: en su libro *“El agua y los sueños”*. *Es necesario perseguir esas imágenes que nacen de nosotros mismos, que viven en nuestros sueños, estas imágenes cargadas de esa materia onírica, rica y densa que es alimento inagotable para la imaginación material. El soñador ya no sueña imágenes sueña materia.*

Agradezco al editor y librero, por el placer de placeres, a quien cree en la fortaleza imaginaria del libro. El libro nos hace ver el mapa, pero hay que andar el territorio, comprobar la experiencia y llevarlo al rincón de la lectura en casa. La lectura nos da esa confirmación y afirmación de identidad en el fragor de la batalla con uno mismo.

El libro

Madaí Bogarín

Leo todas las mañanas un libro,
Tiene muchas historias
Algunas trágicas, otras consoladoras
A veces me siento culpable cuando lo tomo
Me identifico mucho con los personajes
Sí,
Porque intentan controlarlo todo
Sienten envidia
Se adelantan por las ansias
Tienen que esperar años
para ver sus sueños hechos realidad
A traviesan momentos difíciles
Enfrentan miedos y ansiedades
Y se equivocan
Se equivocan mucho

Leo todas las mañanas un libro
Porque dejo de sentirme sola cuando lo veo
Me siento menos perdida
Menos pequeña en este mundo inmenso
Donde todos están desesperados por tener
éxito

Lo leo y lo devoro.

Lo amo.

Hay personas rotas entre sus páginas
Personas como yo
Con dolores y esperanzas

Leo todas las mañanas un libro
Con un héroe
Que atraviesa sufrimientos
Con tal de salvar a sus amigos
Aunque nadie lo entiende
Lo tachan como un bicho raro
Lo abandonan a su suerte

Leo todas las mañanas ese libro
Porque me abraza el alma
Y me consuela cuando lloro

Lo leo

Y pienso en la belleza de la vida

¡En las estrellas!

En los niños

En los que son débiles

Y en los que los defienden

Leo todas las mañanas un libro

Que me enamora del héroe

Y me hace soñar

Cuando leo ese libro

Estoy segura de que soy parte de la historia

Y que al final

Junto a todos los personajes

Tendré ese final feliz

Que mi corazón tanto anhela

La lectura y sus beneficios

Mi nombre:

Gonzalo Nochebuena Guzmán.

Nuestra actividad profesional:

Consejero en dirección de negocios.

Nuestra historia en la lectura:

Desde 1982 a la fecha.

Como inicia esta historia con la lectura:

Durante nuestra época de estudiantes la lectura que consumíamos era la que se requería estudiar para presentar los exámenes y listo.

Se entendía tal vez no, solo se memorizaba con el objetivo de obtener la nota que era necesario para aprobar los exámenes.

Cuando fue en 1982 cuando iniciamos la lectura como un habito, ¿porque se inició la lectura ... porque se tenía tiempo para hacerlo y resulto muy tonificante esta práctica.

Iniciamos con una lectura recreativa, si nuestra lectura estaba enfocada a las novelas, ciencia ficción y otros temas relacionados con este tipo de lectura. Una lectura fascinante que nos transportaba y nos envolvía el relato de cada una de ellas. Como las obras de J.J. Benítez que al parecer de la ficción están pasando a la realidad.

Esta lectura recreativa todavía a la fecha la practicamos y hay ocasiones que volvemos a leer las obras, como la canasta de cuentos mexicanos, una obra sencilla tan llena de significado para entender y comprender nuestra cultura mestiza.

Esta lectura a pesar de ser recreativa deja una buena enseñanza.

En 1984 nos contratan como catedráticos e iniciamos en la lectura del aprendizaje de la catedra que impartiríamos, fue algo asombroso que al adéntranos en esta lectura descubrimos nuestra ignorancia en el tema, en

este caso la Administración (Lo interesante que ya la habíamos estudiado, pero no la habíamos comprendido) y tuvimos que recurrir a la ayuda de un experto que nos pudiera explicar lo que estábamos leyendo. Si, se tuvo que pedir ayuda para entenderla, ya que hay mucha lectura que se hace y no se entiende. Ahí nos dimos cuenta que la lectura primero tiene que entenderse y después comprenderse para encontrarle el sabor, disfrutarla y aprovecharla. Esta lectura nos trajo la enseñanza que al no saber leer y comprender no se puede enseñar. Y el solo leer sin saber solo nos volvería catedráticos de lectura y dictado sin darle al alumno una enseñanza real, que pudiera ser útil en su vida profesional.

Tal vez te parezca extraño al decir hay que saber leer, por extraño que parezca actualmente muchos profesionales no saben leer, ya que para saber hay que practicarlo.

En 1985 vino una nueva necesidad existencial y nos adentramos a la lectura del

Desarrollo personal lectura que nos fascino. Nos iniciamos con la lectura de la Metafísica, que es una lectura que estudia todo aquello que esta más allá de lo visible, es una lectura personal que te lleva al descubrimiento de ti mismo, sobre este tema hay infinidad de temas, cada uno de ellos fascinantes. Aquí leímos infinidad de libros, que fueron de gran ayuda para llevar una mejor calidad de vida.

Fundamos nuestra firma en 1992 y la nueva lectura va encaminada al desarrollo profesional y principalmente en los que nos habíamos especializado, conociendo otro mundo fascinante, para nuestra sorpresa el mundo de los negocios se desarrolla en el mundo invisible. Preguntaras cual es este mundo: El de la creatividad una vez creado pasa a la ejecución y ahí se hace visible. Esta lectura de práctica continua ya sea para mejorar lo que ya sabes o para integrar a tu conocimiento lo nuevo que vendrá a beneficiar a tus clientes.

Mas adelante nace la necesidad de abordar otra lectura la empresarial con la finalidad de descubrir las herramientas que te llevaran a ser de tu negocio común a un negocios rentable y productivo, además de otras enseñanzas interesantes para que hacer de tu negocio un negocio modelo que traiga paz y prosperidad en tu vida.

Actualmente mi lectura esta más enfocada a la filosofía una lectura reflexiva en donde se descubre que para estar con cierta tranquilidad hay que vivir la revés como este sistema lo exige. Dirás al revés comoj!!!! Si este sistema se exige de manera subliminal tener más y en el mundo de la tranquilidad es querer cada vez menos. Una de las frases de la filosofía que se usa hora mucho es: Menos, es más. Tal vez hace 20 años o mas no hubiese tenido la mas remota idea que significaba esta frase tan profunda.

En conclusión, diremos que la lectura no trae conocimientos, pero si te da la informa-

ción para que lo adquieras. La lectura tiene algo mágico al practicarla activas la sabiduría que llevas dentro de ti, y te hace sentir pleno y satisfecho con lo que tú eres.

Toda la lectura que hemos tenido ha sido beneficiosa en nuestra vida y es curioso las lecturas se cruzan entre sí, a pesar de que las vemos por separado.

Como podrás observar la lectura las hemos clasificado: En recreativas, de aprendizaje, Desarrollo personal, desarrollo profesional y empresarial, filosóficas. Tosa son muy utiles y tonificantes.

Con la lectura nutres tu mente, es por ello hay que ser cuidadoso al elegir la lectura o libro, si es lectura toxica enfermas a tu menta. Es mejor nutrirla que enfermarla.

Te agradezco nos haya leído y que nuestra experiencia puede serte de utilidad.

“El Consejo más valioso es el que llega a tiempo”.

**Mi tránsito del cuento de hadas a la
historieta y ésta a la novela y a
la filosofía
De cómo me inicie en la lectura**

Raúl Oscar Páez Delgado.

En su obra, “El nombre de la rosa”, Umberto Eco dice que “*Los libros no están hechos para que uno crea en ellos, sino para ser sometidos a investigación*”. Para él, la pregunta importante acerca de un libro no es qué dice, “sino qué significa”. En ese sentido, me he preguntado qué ha significado para mi vida convertirme en lector, vislumbrando cómo ha sido el proceso cursado en el tránsito del niño apasionado de los cuentos de hadas a través de la radio, a las historietas animadas (comic) y de éstas a la novela y la filosofía, como libros impresos en papel. Otear ese tránsito, implica toda una cadena de evocaciones e

invocaciones durante aquella infancia feliz y temeraria: disfrutábamos *todo y a nada* temíamos. No desconozco que la evocación, como retorno a los orígenes siempre es incompleta. Es solo una hipótesis -expos- acerca de nuestros orígenes.

Para Monsiváis, entender el tránsito “del cuento de hadas al comic o historieta o revista de muñequitos” es, en más de un modo, *entender algunos de los procesos más significativos de nuestro tiempo; representa atisbar, desde un punto de vista menospreciado, parte de la formación del espíritu moderno. En última instancia, todo se refiere a la literatura infantil, a lo que pueden leer y admirar los niños.*

De ese tránsito hablamos en este trabajo, desde nuestra vivencia y perspectiva personal. Se pregunta Monsiváis: ¿Por qué éstos (los niños) abandonaron el cuento de hadas y prefirieron agresivamente el *comic*? ¿En qué momento se efectuó la mutación de lecturas y, por ende, el traslado de mitologías? En mi

caso, este tránsito fue un asunto de la edad y disponibilidad de recursos. Disfruté los cuentos de hadas hasta los dos primeros años de la escuela primaria (6-7 años de edad). Fueron nuestros padres quienes a través de la radio nos proveyeron de ellos. Eran programas mañaneros, que escuchábamos antes de ir a la escuela primaria. Entre segundo y tercero comenzó la transición hacia las historietas ilustradas. Ahora ya sabía leer y la inquietud de narrativas épicas me llevó a su búsqueda a través de estas historietas, los “cuentos”, como les llamábamos.

En un buen trecho, esta historia transcurre en el contexto del llamado periodo del desarrollo estabilizador en México (1954 a 1970), al cual se le conoce, también, como “milagro mexicano”. Durante ese lapso se sucedieron cuatro presidentes: Miguel Alemán Valdez, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz. Algunos han descrito esta época como tradicional, optimista y de

gran progreso. Durante ella, la industrialización y la economía nacionales crecieron, fomentando la emigración del campo a las ciudades. Todo ello en el contexto mundial de la guerra fría entre el bloque capitalista encabezado por los E.U. y el socialista, por la URSS,

Se fomentó el consumismo, incluidos más productos de los E.U. Creció la población adolescente, que se configuró como uno de sus segmentos importantes. La música, la televisión, las revistas, el cine y los libros empezaron a tener más influencia en la sociedad. El rock and roll entró en apogeo en los E.U. (con su rockabilly, Elvis Presley, Chuck Berry y otros) e Inglaterra (The British Invasion, desde principios de los sesenta) con la influencia de The Beatles, Rolling Stones y otros grupos de orientaciones musicales muy diversas. En México, los grupos de rock (Teen Tops, Hooligans, Rebeldes del Rock, Hooligans, Rocking Devils, Los Apson, Los Yaki, Moonlight, Dugs, Dugs, etc.) hicieron

lo suyo, principalmente tocando “covers” de canciones originales.

Y, si bien ya había concluido la “Época de oro del cine mexicano”, se mantenía viva una fuerte influencia de las películas de entonces, con identificados personajes populares como Pedro Infante (fallecido en 1957), María Félix, Dolores del Río, Pedro Armendáriz, El Indio Fernández, Luis Aguilar, Antonio Aguilar, Flor Silvestre y cómicos como Cantinflas, Tin Tan y Marcelo, Resortes, Mantequilla, Chicote, Clavillazo, y otros más recientes como Ignacio López Tarso y Julio Alemán.

Fueron también el tiempo de películas con narrativas épicas: “Los 10 Mandamientos” (1956), “Ben Hur” (1959), “Espartaco” (1960), dirigida por Stanley Kubrick y “Cleopatra” (1963), apropiadas para nuestra condición de menores de edad. Por supuesto, estuvieron a nuestro alcance películas mexicanas de “El Médico Asesino” (proveniente de principios de los cincuenta) y de nuestros “Superhé-

roes” como “Santo, El enmascarado de plata” (con su primera película a fines los cincuenta), para seguirle las filmadas por Blue Demon y por otros luchadores.

Expuesto el preámbulo anterior, en la primera parte de este material, narraré las distintas maneras en que me relacioné con la lectura. En la segunda parte, me centraré en mi encuentro feliz con obras que fueron emblemáticas en mi desarrollo intelectual y mostraré su significado en mi desarrollo intelectual y en mi vida. Me refiero a mis *tempranas* lecturas de “El seductor” de Eduardo Zamacois y “El corazón del hombre, de Eric Fromm”, ambos abordados por mi entre los 14 y 15 años de edad, cuando cursaba el segundo y tercer año de la escuela secundaria y a cierta obra de yoga. Paso a describir la primera parte conforme a lo definido en párrafos anteriores.

Cuentos de Ada a través de la radio

En su ensayo “De los cuentos de Hada a los comic”, Monsiváis revisó el proceso de cambio de la literatura popular de los llamados cuentos de hada al comic como expresiones literarias. En ese ensayo nos dice que “Junto con el cancionero popular los cuentos de hada se convierten en el más eficaz documento y tesoro de las culturas nacionales.” De ese tesoro abrevé y disfruté en mi pequeña infancia. De manera similar al común de las personas, mi historia como lector, se remonta a mi niñez. En parte se originó en la escuela primaria y en parte en casa. Como millones de niños de la época, fui producto del primer intento por planificar la educación a largo plazo (once años) mediante el Plan Nacional para el Desarrollo y el Mejoramiento de la Enseñanza Primaria. Fue implantado el 12 de febrero de 1959 por Jaime Torres Bodet, titular de la Secretaría de Educación Pública, durante el gobierno del presidente Adolfo López Mateos.

Simultáneamente a tales medidas, fue creada la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. Estos libros fueron los primeros que tuve en mis manos. Es decir, mi formación escolar en la Escuela Agustina Ramírez, ubicada en la avenida Obregón (entre calle 4ta y 5ta) en la Colonia Tierra Blanca, en Culiacán, donde cursé los seis años de primaria, estuvo marcada por esa importante innovación del sistema educativo mexicano, la cual impactó de manera académica y cultural a millones de niños.

Con esa medida, el gobierno de Adolfo López Mateos buscó dar cumplimiento al artículo Tercero de la Constitución Política del país, que dispone el derecho a la gratuidad de la educación. Con ese acto, su gobierno se propuso que tal gratuidad pasara de una norma jurídica a una política pública práctica, acercando la cultura a la niñez mexicana y contribuir de esta manera en la formación de un nuevo mexicano, como lo entendían

entonces los hacedores y practicantes de las políticas públicas y según lo habían definido previamente filósofos y estudiosos del ser social mexicano. A tales medidas se añadió la entrega de desayunos escolares, con antecedentes embrionarios en el porfiriato. En efecto, en 1887 la “Casa Amiga de la Obrera”, creada por Carmen Romero Rubio, esposa de Porfirio Díaz, asistía a madres obreras, jefas de familia que no podían garantizar alimentos y educación a sus hijos. Estas medidas se remontan al siglo antepasado en Francia con ciertos dispensarios, conocidos como las «Gotas de leche». Pero fue José Vasconcelos, quien dio impulsó importante a la alimentación en las escuelas. Lo hizo siendo rector de la UNAM, y después, como titular de la SEP.

En la escuela primaria tuve excelentes profesoras y profesores. Los recuerdo a todas y todos por sus nombres así como el legado de cada uno de ellos en mi formación. Como es natural, sus influencias e impactos en mí fue-

ron diferentes. Los primeros seis meses en el primer año, no fueron una buena experiencia para mí. Pero siguió el resplandor maternal de la profesora de segundo, quien me acercó a la poesía al seleccionarme y prepararme para recitar el poema “Ves esa vieja, del colombiano Julio Florez, en el festejo de la escuela el día de las madres. Mi autoestima mejoró mucho. Mi vida de niño cambió a partir de ese día. Asistir a la escuela, estudiar, aprender y participar en las actividades extraescolares de diversa índole, siempre fue de un enorme gozo.

Fueron diversas vertientes las que condujeron a convertirme en lector. Desde los libros de texto gratuitos, la afición por los cuentos de hadas a través de la radio (La Bella y la bestia, Caperucita Roja, La cenicienta, Peter Pan, etcétera), que escuchábamos antes de ir a la escuela del turno matutino y también-, las novelas de clásicos como “Los hermanos Karamazov y “Bandidos del río frío”, entre otras que nuestros padres sintonizaban.

La televisión llegó después. Eran pocos los hogares que disponían de un aparato. “La Joaquina”, dueña de la tienda de abarrotes, “Las 3 erres” (esquina de la calle 5 y Matías Lazcano de la Colonia Tierra Blanca), convirtió la sala de su casa en un salón de “TV comunitaria”. En ese lugar, por módica suma veíamos las caricaturas (como “Popeye El Marino”, que me encantaba) y otros programas para niños. “Las aventuras de Rin Tin Tin” ocupaban un lugar destacado.

Fue durante el segundo y tercer año de la escuela primaria, con 7-8 años de edad, cuando me aficioné a las revistas de historietas ilustradas (comic). Para entonces ya había aprendido a leer. Devoraba esas revistas. ¿Qué leía? Una amplísima variedad. Poco a poco me aparté del comic cuando comencé a leer revistas sobre política y libros proveídos en casa por Benjamín, mi hermano mayor. Fue a partir del segundo año de secundaria, en la Escuela Prevocacional (La Prevo), en

Culiacán, Sinaloa que se convirtió entonces en la Escuela Técnica Industrial y Comercial, número 23. Aparecieron en mi vida las revistas “Sucesos para todos”, ¿Por qué?, “Los agachados” y “Los supermachos”. Estas dos últimas eran historietas políticas ilustradas, producidas por Eduardo del Río García, conocido en el ambiente editorial e intelectual como “Rius”. Siendo un aficionado y practicante de box a temprana edad, también, leía la revista deportiva “Box y lucha. El mundo del ring”, lo que empecé a hacer bajo la influencia de mi padre quien estaba muy atento a los campeonatos de los mejores púgiles de esa rama del deporte, cuyas peleas escuchábamos por la radio. (Como un eco de la influencia de “Superman”, un tiempo me aficioné a la revista “Duda”, a principios de los setenta).

Mis padres no fueron personas instruidas académicamente. Fueron sabias y amorosas conforme a las enseñanzas de sus padres y

madres y lo que aprendieron en sus propias vidas. Mi padre Raúl -aunque reservado-, era el más orientado a una formación amplia y abierto a diversas manifestaciones de la vida, incluidas las deportivas, artísticas y literarias, con el antecedente que de muy joven intentó formarse como técnico en radio comunicación y músico. No fructificó ese esfuerzo. Pero mantuvo su interés en muy diversos programas de radio para escuchar música, enlazándose durante algún tiempo a radio difusoras de la ciudad de México por onda corta, como la XEW.

Con él, estábamos atentos a los deportes, que eran parte común del diálogo diario con sus compañeros de trabajo: el box con figuras como Muhamed Alí (Cassius Clay), Toluco López, Raúl "Ratón" Macías, José Becerra, Mantequilla Nápoles, Ultiminio "Sugar" Ramos, Vicente Saldívar "El zurdo de oro", José Medel, entre otros) y el beisbol de las grandes ligas y de Los Tomateros de Culiacán, que se

daban cita en el estadio Ángel Flores, ubicado frente al edificio del IMSS. También, por su iniciativa e inclinación escuchábamos en la radio las actuaciones de obras como Los hermanos Karamasov de Fiodor Dostoievski, Bandidos del Río frío de Manuel Payno y las historietas para niños como La bella y la bestia, Blanca Nieves, El gato con botas, así como las instructivas letras para de las canciones interpretadas por Gabilondo Soler, Cri-Cri, El Grillito Cantor, extraordinario cantautor mexicano de música infantil, que merece una mención especial.

De esta manera, en mi formación e interés por la lectura, convergieron las historietas de los cuentos de hada y los cuentos ilustrados del comic con las historietas para ser cantadas con las letras de las canciones entonadas por Cri-Cri. También las letras de las canciones había que leerlas y rescatar sus significados, todo un reto para nuestras frescas mentes de niño. Cri-Cri nos condujo a un mundo

mágico que dio vuelo a nuestra imaginación. Sus canciones fueron una novedad ya que la música había estado orientada a un público adulto, logrando fama y aceptación tanto en México como Latinoamérica.

Algunas de sus canciones preferidas por mi, eran: “Caminito de la escuela”, “La marcha de las letras” “El negrito bailarín”, “El negrito sandía”, “El ratón vaquero”, “Los cochinitos”, “El Chorrito” y “El ropero”. Esta última, -como la mayoría de sus canciones-, de una cadencia musical extraordinaria. Sin duda, que mi gusto por cantar fue influido por las canciones de Cri-Cri. Fui seleccionado para formar parte del coro de mi escuela primaria.

En su origen, la letra para ser cantada y la letra para ser leída (el poema), fueron una misma cosa. No olvidemos qué Bob Dylan fue galardonado con el premio Nobel de literatura en 2016 y que llegó a considerarse al también cantautor y escritor Leonard Cohen

para obtener ese galardón. En la historia de ese niño, que ahora en edad avanzada escribe esto, se fundieron las historias de los cuentos de hada, las del comic y las historietas en las letras de las canciones y la poesía, como en “Esa vieja” de Jaime Florez que aquel niño de siete años recitó un 10 de mayo en el improvisado estrado de la Escuela Agustina Ramírez en Culiacán, Sinaloa. Y ¿qué son “La Ilíada” y “La Odisea” si no extensos poemas épicos – cantadas de pueblo en pueblo por los rapsodas- mediante las cuales Homero narra la lucha de Aquiles en la guerra de Troya y el regreso del héroe griego Odiseo (Ulises) a su reino de Ítaca, donde le esperan su esposa Penélope y su hijo Telémaco.

Mi aprendizaje autodidactica de la guitarra se inició entre los 11 y los 13 años de edad. Justamente aconteció durante los dos años que no fui a estudiar a la escuela secundaria, sino a trabajar de obrero en la fábrica de dulces de “Don Ángel”. Por supuesto, en-

tonaba las canciones que iba aprendiendo, especialmente corridos, rancheras y boleros. Sin embargo, en mi repertorio pequeñito de entonces, siempre estaba presente la canción de Cri-Cri, “Los cochinitos”.

Ya armado con el aprendizaje de la lectura, a partir del segundo año de primaria me apasioné del comic, abordando una amplia gama de historietas y personajes. Era lo que tenía a mi alcance por unos cuantos centavos: Superman, Batman, Flash, Los 4 Fantásticos, Tawa, Tarzán, Alma grande, Chanoc, Carta Brava, Fantomas, Mandrake El Mago. De este último, se dice que fue el primer superhéroe de los cómics, iniciado en 1934.

Por supuesto, no faltó “Lágrimas y risas”, revista de historietas románticas iniciada en 1962 y cuyos argumentos – en su mayoría-, fueron escritos por Yolanda Vargas Dulché (“María Isabel y Yesenia, entre otras”). Y, por supuesto el “Memín Pinguín”, personaje creado por la misma autora, a partir de

su esposo, Guillermo de la Parra Loya y sus amigos de la escuela primaria en la colonia Guerrero del D.F.

Me encantaron las historietas biográficas, como la de Agustín Lara producida por José G. Cruz. La leí muy emocionado. Sigo admirando y escuchando sus canciones. Sin duda, fue influencia de mi padre Raúl. Y no se diga de la historieta del admirado “Santo El Enmascarado de Plata”, también editado por José G. Cruz. Siendo niño conocí a “El Santo” en persona en la Arena Internacional o Coliseo de Culiacán, ubicada en la esquina de la calle Rodolfo G. Robles y Mariano Escobedo.

¿Quién nos proveía de estas historietas? En la avenida Obregón, casi esquina con la Calle sexta, en el corazón de la colonia Tierra Blanca, en Culiacán, había una miscelánea pequeñita propiedad del papá de una compañera de clases de nombre Berenice. Allí, por módica suma, nos rentaban la mayoría de los “cuentos” de ese tiempo. Eran exhibi-

dos en hilos de ixtle sujetos por broches de manera similar a los tendedores de ropa.

Igualmente, como lo referí arriba, fue durante el segundo año de la escuela primaria cuando tuve contacto con la poesía y el canto. Recité un día de las madres “Esa Vieja” del poeta colombiano Jaime Florez. Recientemente la compuse como canción que consideré un sencillo tributo a mi profesora de segundo año, Donaciana Fernández viuda de Lerma. También formé parte del coro de la escuela bajo la conducción del profesor Rafael Valdez, quien siempre lo hacía con un acordeón piano. Lo que interpretaba ese coro escolar -a todo pulmón- era básicamente el himno nacional en las ceremonias escolares. ¡Fervor patrio puro!

Después de la escuela primaria...

Soy el tercero de 14 hermanos. Como mis hermanos mayores, a diferencia de la mayoría de mis compañeros de clase, al terminar

la primaria no ingresé en la secundaria. Tampoco mi hermano Benjamín, quien emigro a Mexicali a entrenarse como radiotécnico. Al terminar la escuela primaria, fui a trabajar. Lo hice en una fábrica de dulces ubicada en la calle General José Ángel Flores, entre Jesús Andrade y Juan B. Sepúlveda. Su propietario era don “Don Ángel”, dulcero de Guadalajara. Entraba a las 6 de la mañana y salía a las 4 de la tarde. Había dos dulceros, Lorenzo y “El Piri”, este último también de Guadalajara, quien era el dulcero principal: fui su ayudante. Además de los dos dulceros y sus ayudantes, había alrededor de 15 jovencitas, la mayoría menores de edad. Ellas embolsaban y etiquetaban en una sala contigua a el área de producción de los dulces; al fondo, estaba la casa habitación de “Don Ángel”. Una de las “embolsadoras”, Angelina Hernández, era ahijada de mi mamá. Ella me llevó el primer día a ese centro de trabajo. Hijo de una familia obrera me inicié en la vida laboral como obrero. Todas las chicas embolsadoras eran

mayores que yo. Recuerdo especialmente a Tomasa la cual, conforme a mi apreciación de la belleza femenina de entonces, me parecía la más hermosa y agradable. No le gustaba que la llamaran Tomasa: lo cambió por “Tommy”.

Dos años más tarde, tuve el incentivo de que mi hermana Martha Alejandra (menor que yo), había sido elegida como “La Mejor estudiante de la Zona Escolar”. Por ese motivo, como muchas otras niñas y niños, fue invitada a la ciudad de México a entrevistarse con el presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz. A su regreso, recibió una beca e ingresó a la Escuela Normal. Aprovechando su impulso, hice un examen de admisión para ingresar a escuela secundaria llamada “Prevocacional”, entonces, la mejor de Culiacán. Pude ingresar a la escuela secundaria, lo que me llenó de gozo. Conocía el edificio por dentro ya que, en algunas ocasiones, acompañé a Marcos Sánchez Tolosa, mi amigo de

la colonia Tierra Blanca (hermano del Oscar y el “Che”), quien cursaba el primer año de la Vocacional.

La “Prevocacional”, ocupaba un antiguo edificio donde antes había un internado. Estaba ubicada en la avenida rosales, frente al edificio de la entonces preparatoria de la UAS, a una cuadra de la Avenida Nicolas Bravo y a dos cuerdas del Río Tamazula, casi entroncado con mi querido Río Humaya, donde aprendí a nadar bajo la enseñanza de mi hermano Benjamín. Al reunirse ambos ríos al cruce con la carretera internacional, forman el Río Culiacán, entonces muy caudaloso, en cuyas márgenes está su famoso “Puente Negro”. Por él, surcaba el ferrocarril. Tuve la alegría de caminar en varias ocasiones por los durmientes de ese puente y sentir la adrenalina cuando de pronto aparecía silbaba su locomotora, alertándonos. Había que correr y guarecerse a su paso en espacio para ese fin. La otra opción era saltar al río

Culiacán. Nunca lo hicimos, pero si estaba en nuestra mente, como último recurso. Y lo hubiéramos hecho porque en los paredones de La Lima, en la rivera del Río Tamazula, solíamos hacerlo. Había arrojo y experiencia que nos hacían sentir “poderosos”.

La “Prevo” se ubicaba entre la esquina de calle Rafael Buelna Tenorio y Rodolfo G. Robles, donde concluye esta calle. A unos pasos, por la Av. Antonio Rosales donde se ubicaba el pentatlón militar universitario y a una cuadra -en dirección al pentatlón-, está la “romántica Plaza Rosales”, llamada así por Enrique Sánchez Alonso “El Negrumo” en su espléndido bolero, “Culiacán”, la bella perla del Humaya. (A “El Negrumo” lo conocí siendo yo un niño en una velada musical en mi colonia Tierra Blanca. De ello doy cuenta en mi libro “Poesía de la canción. Utopías íntimas”, donde le dedico el poema “Primera noche bohemia”). A una cuadra más de “La Prevo”, frente a la plazuela Antonio Rosales,

se ubica el antiguo edificio Rosalino, conocido como el edificio central de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS). También, a una cuadra, pero por la calle Rafael Buelna Tenorio (a un costado del Estadio Universitario), estaba la Escuela primaria Álvaro Obregón la cual durante por cierto tiempo albergó la escuela anexa a La Normal, en la que estudiaba mi hermana Martha Alejandra. Yendo por la G. Robles, esquina con Mariano Escobedo, se encontraba la Arena de lucha libre, donde conocí a “El Santo, el enmascarado de plata”.

Para entonces, Benjamín, mi hermano mayor, regresó de Mexicali, adonde había viajado con familiares para aprender el oficio de “Radio técnico”, aunque también arreglaba televisiones y otros artefactos. Con 16 años – sin haber cursado la secundaria, él ya era un lector empedernido. Me ha contado para este documento que ese hábito lo adquirió desde la escuela primaria. Él se convirtió en mi proveedor de literatura y de música. Por Benja-

mín, conocí las revistas, “Siempre”, “Sucesos para todos” en 1967 y “Por qué” en 1968, estas últimas dos dirigidas con Mario Renato Menéndez Rodríguez, quien falleció el 15 de abril de este año, a la edad de 87 años.

¡El presidente de México, Andrés Manuel López Obrador lo encomiaría y diría de “Por Esto!”: *“Fue de los poquísimos periódicos que nunca dejó de darnos espacios durante el tiempo que fuimos opositores al régimen de corrupción y privilegios”*. ¡Colaboré con algún artículo para la revista Por Esto! Durante los años ochenta, poco después de iniciarme como columnista del Semanario Zeta, dirigido por Jesús Blancornelas y Héctor “El Gato” Félix en Tijuana. A Mario Menéndez lo conocí personalmente en los talleres gráficos donde editaba su revista, en el Distrito Federal.

No solo eso. Mi hermano compró un viejo y descompuesto radio de onda corta el cual arregló inmediatamente. Así que era común que por las noches sintonizara “Radio Neder-

land” en español y Radio Habana Cuba, entre otras. Radio Nederland emitía por onda corta y producía programas que transcribía desde su sede principal en Hilversum, a estaciones de radio locales de diferentes países del mundo. Muchos de sus temas eran culturales.

También en ese tiempo, compró una vieja consola de enormes bulbos que reparó e hizo funcionar. Mediante ella escuchábamos una amplia variedad de música: Los Panchos, Los Tres Ases, Los Jaibos, Los Hermanos Martínez Gil, Los Dandys, Los Bribones, entre otros. Además, corridos y rancheras interpretadas por Las Hermanitas Núñez, Las Hermanas Huerta, Los dos reales, Los Lobos del Norte, entre otros. También, algo del electrizante ¡mambo!! de Pérez Prado y su orquesta. El Rock llegaría a nosotros después por la vía comunitaria en una vieja pila sin agua que servía de punto de reunión de nuestra “palomilla” y donde por las noches entonábamos piezas de rock de covers (Gloria, Satisfacción,

Twist and Show, etc.) y hablábamos de música, hasta altas horas de la noche.

Mi padre Raúl era aficionado a la lectura de la Revista Vaquera. Aunque me gustaban las películas de ese género, solo leí ocasionalmente algunas de ellas, sin aficionarme a su lectura. Eran los tiempos de “El bueno, el malo y el feo”, película estelarizada por Clint Eastwood, quien interpreta al “hombre sin nombre” en búsqueda de una recompensa. (Fue considerada una de las más influyentes en la historia del cine y e incluida en el Salón de la Fama de los Grammy en 2009). Así que la revista vaquera tenía un gran soporte en la pantalla grande del cine, pero no me aficioné a ella.

Fue la literatura que trajo mi hermano lo que más me atrajo, incluidas obras de Moliere como “El Enfermo Imaginario. El Médico a palos”, considerada su obra más representada en el mundo. Fue publicada entonces por la enciclopedia Salvat de bolsillo que se es-

trenaba con muy diversos temas, que mi hermano adquiría y llevaba a casa. Tres obras, proveídas por él, fueron emblemáticas en mi desarrollo como lector y por sus significativos impactos en mi vida: a) Un libro de Yoga, ilustrado con fotografías de su autor en diversas posturas y una amplia explicación sobre el Pranayama y ejercicios al respecto, b) “El Seductor” de Eduardo Zamacois y c) “El Corazón del hombre”, de Eric Fromm.

Paso a ilustrar esas tres experiencias lectoras, su influencia en mis lecturas posteriores, en mi desarrollo intelectual y en mi manera de vivir.

La influencia del libro de yoga

El libro de Yoga (cuyo nombre y autor quedaron perdidos en mi memoria de niño), fue un puente que me condujo a acercarme a la Gran Fraternidad Universal (GFU) de Serge Raynaud de La Ferriere (SRLF) cuando cursaba la escuela secundaria. Interesado en el tema

y habiendo iniciado algunas de sus lecciones, un día encontré en un comercio cercano a mi domicilio en la Col. Tierra Blanca de Culiacán, una cartulina invitando a una conferencia de Yoga. Después supe que el conferencista era el Getul Domingo Ledezma. Asistí siendo el único jovencito presente. Me fui hasta que concluyó todo, incluida la tertulia final. Uno de los asistentes, extrañado de mi presencia, pues nadie me conocía, exclamó: “Y este chamaco, ¿qué hace aquí?”, porque ya eran como las 10 de la noche. El maestro solo respondió: “Déjelo, por algo está aquí el hermanito”. Así que, a partir de entonces -de facto-, me inicié como miembro de la GFU.

En la Fraternidad practiqué yoga, fui vegetariano y participé de su filosofía. En las postrimerías de mi adherencia a esa organización, estuve capacitándome espiritualmente en una de sus casas sedes en la Colonia Campestre Aragón, del entonces Distrito Federal, ahora Ciudad de México. En mi paso

por la GFU devoré los voluminosos libros “Yug Yoga Yoguismo. Una matesis de psicología”, “Los Grandes Mensajes”, “Propósitos psicológicos”, “El Libro Blanco de la Francmasonería” y las circulares del maestro SRLF. Además, toda vez que la GFU propugnaba una suerte de “síntesis del conocimiento” (una matesis), también leí varias de las conocidas como “escrituras sagradas” de diversos orígenes, entre ellas La Biblia, considerada por el Maestro como “un monumento esotérico”. Esta temprana influencia y el concepto de totalidad que aprendería después en la dialéctica, dejó una impronta en mi formación como “generalista”, la que he seguido a lo largo de mi vida en mis distintos ámbitos de actuación.

También en la GFU tuve un contacto breve pero significativo con la poesía: El libro “Yug Yoga Yoguismo” (cuyo subtítulo es “Una matesis de psicología”), precisamente, inicia con el poema “Si” que, al parecer su autor, Rud-

yard Kipling, lo hizo para su hijo, en 1895. Por su mensaje y la prominencia que ocupa ese poema en el libro “Yug Yoga Yoguismo”, lo adopté como paradigma de hombre. Aún conservo mucho de las perspectivas epicúrea y estoica que impregnan ese texto de Kipling. Para algunos analistas desde la perspectiva del liderazgo, dicen que es un portento de “inteligencia emocional”. Un “Si” condicional que – cual hilo de Ariadna-, le da estructura al poema desde que inicia hasta el final. Un “Si”, que de cumplirse cada una de sus partes -según su autor-, tiene como premio que la Tierra sea tuya “y todo lo que hay en ella. y – lo que es más – : ¡serás un Hombre! Como tributo a Kipling, recientemente, hice canción la letra de este hermoso e ilustrativo poema.

Es algo contradictorio, pero así sucedió. Fue en la GFU donde conocí por primera vez la literatura marxista. A petición de mi parte, uno de los hermanos fundadores me prestó el libro del francés George Politzer, “Cursos

de Filosofía". De las notas de pie de página de esa obra jalé el hilo para abordar tres huesos literarios muy duros de leer y comprender: "La Sagrada familia" de Carlos Marx, "Antidiüring" de Federico Engels y "Materialismo y empiriocriticismo" de Vladimir Ilich Lenin. Esta es otra vertiente de mi historia de lector no abordada en este trabajo, en la que la Editorial Grijalbo fue una de mis proveedoras más importante. La serie de bolsillo, conocida como colección 70, editó más de 100 títulos. Su número 1 fue, "Revolución y contrarevolución" de Carlos Marx. En los setenta pude hacer acopio de la mayoría de sus títulos. Varios de ellos todavía los conservo; algunos subrayados y/o con notas.

El seductor de Zamacois

Eduardo Zamacois nació en Pinar del Río, Cuba, 1873 y murió en Buenos Aires, Argentina, en 1971. Es autor de 120 obras entre novelas (largas y cortas), cuentos, obras tea-

trales y autobiográficas, libros de viajes y de crónicas, junto con más de mil artículos. Fueron escritos entre 1893 y 1938.

Zamacois, puede ser considerado, a día de hoy, un escritor poco o mal conocido, cuando no olvidado del todo. “El Seductor” fue publicada en 1902, en su primer momento. En “Historia de mis libros” Zamacois cuenta que su novela se inspiró en la historia de un joven estudiante cautivado por la belleza Isabel Bru, actriz que a principios del siglo XX estaba en plenitud. Recurrió a un escritor, Joaquín Segura, para que le redactara cartas de amor dirigidas a Bru, las que ella nunca respondió. Ante esto, el enamorado joven desistió de su intento de conquista. Sin embargo, su audacia tuvo un impacto colateral inesperado: el autor de las cartas quedó prendado de “La valenciana gallarda”, como la definían algunas crónicas de la época. Contó la historia a Zamacois, quien la tomó como punto de partida para “El seductor”.

El personaje principal de “El seductor” es Don Plácido Bilbao, un escribano de un barrio pobre español. Los otros dos protagonistas son la joven Julia Cardenal y el Vizconde de Bartolomé, Lorenzo Alba, prendado de Julia, pero rechazado por ella. Enterado de la buena pluma de Don Plácido, recurrió a él para reconquistarla. Empieza la batalla del escribano seductor, logrando con sus cartas que Julia accediera a ver de nuevo a Lorenzo, para decepcionarse al instante y exigirle que le dijera quién era el verdadero autor de las cartas que recibió y que ella contestó. Lorenzo se ve obligado a contarle la verdad y a decirle a Julia de quien se trata. Y la reta a que se enamore de aquel hombre, mayor que ella y sin dinero.

El mismo Zamacois, en “Historia de mis libros”, ha definido su obra de la siguiente manera: *Por eso nada más, y no es poco, porque “es humano” –ya que no por literarios medios-, El seductor ha suscitado entusiasmos vehementes.*

Es «una de mis novelas más leídas», reconocería su autor.

“El Seductor”, es uno de los ecos del Cyrano de Bergerac en la obra literaria de Zamacois, «novela de romántico apasionamiento y muy psicológica». Por sus dos capítulos ocupando la correspondencia, se asemeja al estilo epistolar de Werther de Goethe. En la producción literaria de Alfredo Zamacois durante 1897-1935, se pueden identificar tres momentos fueron: Primero (1897- 1905), Pasional, galante o erótica, con siete novelas; segundo (1910-1923), Indecisión o transición, (Misterio e ironía). 6 novelas y un tercero (1927-1935), Pasional, galante o erótica, 7 novelas.

A mis trece años, la lectura de “El seductor” tuvo diversos impactos en mi mente, todavía tierna y abierta:

1. Pude entender y apreciar la importancia de *las palabras*.

2. Entender que la palabra, *bien dicha*, (en el *momento* justo y ante la persona adecuada), puede influir en el comportamiento humano.
3. Despertó mi interés por el estudio de la psicología, que me condujo a leer a Fromm y a tomar más aprecio por la materia “Orientación vocacionales” en tercero de secundaria.
4. Tomé una determinación que orientó mi vida. Me dije entonces: *“voy a aprender a escribir y a hablar haciendo un uso correcto de las palabras.”* Esta decisión me llevó a más lecturas, a aficionarme al estudio de la etimología greco-latina, a partir de mis clases de español con mi profesor en la “Prevo”, Sergio Obeso Camargo, profesor de la materia en primero y segundo año. Me dije en aquel momento: *“para hablar como hablamos entre de amigos del barrio, basta con veinte palabras. Yo quiero más”*.

Como ha dicho Pablo Neruda en “Confieso que he vivido”, su magnífica obra autobiográfica, *Todo está en la palabra*:

Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan. (...). Son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció(...).

Fue Zamacois con “El seductor” el que me abrió esa puerta de entendimiento. Mi hermano Benjamín - mi surtidor-, fue el que puso en mis manos ese libro inspirador que me marcó para toda la vida como lector empedernido y me brindó nuevos mundos, más allá del cuento de hadas y las historietas ilustradas con monitos. “El seductor” fue el puente para acercarme a “El corazón del hombre”. Y de éste a la filosofía y el interés por los problemas sociales y políticos, en ge-

neral, acercándome al humanismo, cuya base con pátina mística ya se había asentado en mi mente y en mi corazón en la GFU.

Paso a narrar mi encuentro con “El corazón del hombre” y los impactos que tuvo en mi posterior desarrollo como lector, como persona de valores y en mi crecimiento intelectual.

El corazón del hombre de Fromm

Erich S. Fromm, nació en Fráncfort del Meno, Alemania el 23 de marzo de 1900 y murió en Muralto Suiza, el 18 de marzo de 1980. Fue un destacado psicoanalista, psicólogo social y filósofo humanista de origen judío alemán. Fromm desarrollo una psicología social que intentó integrar el pensamiento marxista con la teoría psicoanalítica. Durante una parte de su trayectoria se posicionó políticamente defendiendo la variante marxista del socialismo democrático.

Ha dicho Eric Fromm en *“El corazón del hombre”*, que *“No hay distinción más fundamental entre los hombres, psicológica y moralmente, que la que existe entre los que aman la muerte y los que aman la vida, entre los necrófilos y los biófilos”*. Lo leí como un año después de haber leído *“El Seductor”*. Coursaba entonces el tercer año en la escuela secundaria: tenía 15 años de edad.

Su lectura me resultó tan espesa que mi mente de niño no pudo digerirla. Me dije: *“No entendí nada. Pero, ¡qué libro tan interesante e importante! Lo volveré a leer”*. Lo hice en varias ocasiones. Lo regalé en físico a varias de mis amistades y lo he recomendarlo a muchas personas. Ya en los años setenta conocería los antecedentes de *“El corazón del hombre”* y otras obras de Fromm, la mayoría de las cuales he leído: *El dogma de Cristo* (1930), *El miedo a la libertad* (1941), *Ética y Psicoanálisis* (1947), *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (1955), *El arte de amar* (1956), *La*

revolución de la esperanza (1976), ¿Tener o ser? (1968). Por supuesto, la grandiosa obra de Fromm no está exenta de crítica, pero -como seguramente a muchas personas- me ayudó a ver y comprender cosas fundamentales. No existe autor ni obra sin crítica.

En “El corazón del hombre”, Fromm planteó un problema ético fundamental en torno al cual gira esa obra: *¿Es el hombre fundamentalmente malo y corrompido, o es fundamentalmente bueno y perfectible ?*

En él, su objeto de estudio fue *la naturaleza del mal y de la elección entre el bien y el mal*. Mientras en “El arte de amar” el tema principal fue la capacidad de amar del hombre, “El corazón del hombre”, el tema principal es su capacidad de destruir, su narcisismo y su fijación incestuosa.

Mientras “El seductor” de Zamacois fue el puente que me llevó a abandonar el comic y abrazar los libros, “El corazón del hombre”,

influyó enormemente en mí para interesarme en problemas de orden general: Biofilia vs. Necrofilia; Paz vs, guerra y destrucción. Me definí desde entonces como biófilo y pacifista. Comencé a recelar de todo aquello que se asemejara a destrucción y barbarie, como el nazismo, porque Fromm tomó a Hitler como modelo para explicar su teoría sobre el “síndrome de destrucción”. En Hitler vio la conjunción de la necrofilia (amor por lo muerto e inanimado), narcisismo (el mundo girando a su alrededor) y la relación incestuosa (no lograr su independencia ante su madre). A eso llamó síndrome de decadencia o destrucción.

En “El corazón del hombre”, Fromm buscó demostrar que el amor a la vida, a la independencia, y la superación del narcisismo, forman un “síndrome de crecimiento”, opuesto al “síndrome de decadencia” formado por el amor a la muerte, la simbiosis incestuosa y el narcisismo maligno, el cual representa la quintaesencia del mal, *“el estado patológico más grave*

y raíz de la destructividad e inhumanidad más depravadas." Para Fromm, un ejemplo claro del tipo necrófilo puro es Hitler. La máxima frommiana al respecto, sería: *"El necrófilo puro es un loco. El biófilo puro es un santo."* El común de la gente - dice Fromm-, *"es una mezcla particular de orientaciones necrófilas y biófilas, y lo importante es cuál de ellas predomina."*

"El corazón del hombre" me preparó para acceder a otras lecturas, entre ellas las marxistas, muy en boga en ese tiempo. Poco antes de acceder a la escuela preparatoria en el Instituto Tecnológico de Culiacán, (donde después sería presidente de la Sociedad de Alumnos), de manera fortuita apareció en mi vida George Politzer con su "Cursos de filosofía". Las relecturas de "El corazón del hombre" ya me habían dotado de cierto bagaje. Esa rama de mi vocación como lector me llevó a devorar libros en los setentas y ochentas.

Politzer (con sus referencias en las notas de pie de página), me condujo a "La Sagrada

familia” de Carlos Marx, “Antidiüring” de Federico Engels y “Materialismo e empirio-criticismo” de Lenin, tres obras filosóficas con distintos grados de dificultad para comprender sus significados. Lo hice solo. Nadie me adoctrinó, como solía ocurrir en esos tiempos por militantes de partidos y organizaciones de izquierda, que pululaban en los claustros universitarios de Culiacán en busca de prosélitos. También en esto, como tocar la guitarra, fui autodidacta. Otra vertiente de mis lecturas que no toca abordar en este trabajo.

“El corazón del hombre” me dejó varias enseñanzas:

1. Me identifiqué del lado del bien y los ideales. (Después descubriría “El hombre mediocre” de José Ingenieros, que reforzó esta idea. Pude entender la diferencia entre una persona *idealista moral* (basado en valores) y un *ambicioso vulgar*, que solo busca objetivos materiales

y que, en su intento por para alcanzarlos, simula, miente y engaña cotidianamente.

2. Me proporcionó una guía ética en favor de la biofilia y los factores del síndrome de crecimiento complementó mi formación iniciada en la GFU y me acercó a la participación política.
3. Identifiqué ciertas prácticas de brujería, el satanismo, el consumo de drogas y la pornografía como prácticas necrófilas y alejadas de la biofilia: fortaleció mi rechazo a esas influencias. (Claro, hay de brujos a brujos -diría Castaneda en "Las enseñanzas de Don Juan", al que también he leído en otra etapa de mi vida).
4. Junto con mi aprendizaje en la GFU, me ayudó sortear los sinuosos caminos de la vida en mi adolescencia para eludir el contacto con personajes dañinos, los vicios y la corrupción.

Epítome

De manera resumida puedo constatar que “El Seductor” me colmó de amor por la palabra. Abrió una inmensa puerta hacia mundos por conocer por tratarse de una obra de fuerte pátina psicológica. Hizo que me interesara en el género epistolar, al ser una obra en la cual dos de sus cuatro capítulos los ocupa la correspondencia entre Julia Cardenal y Don Plácido Bilbao, protagonistas principales de la novela.

“El Corazón del hombre”, me abrió el camino que me orientó hacia la biofilia (amor por la vida) y a un compromiso con la participación social. Me dotó de una armadura *moral* para protegerme contra manifestaciones necrófilas, o afines a ellas. Reforzó mi compromiso ético en favor de la vida y la fraternidad. Me ayudó a identificar la corrupción y alejarme de quienes la practican.

Le debo mucho a la lectura. Y a todas las personas que escribieron libros que me permi-

tieron abreviar y aprender de ellos; descubrir nuevas e insospechadas cosas, gozando cada párrafo y página y poder trasladarme a través de ellos en el espacio y el tiempo; para fugarme de la Tierra (como dice la poeta Dickinson), montado en un rayo de luz (Einstein). Y heme aquí que continúa conmigo el “vendito gozo de leer”, semejante al “maldito” gozo de cantar que refiere Juan Gelman en “Oficio”, cuando no imaginaba el dolor por la pérdida de su hijo Marcelo-de 20 años de edad-, asesinado con un balazo en la nuca por la dictadura argentina, materia de su poema “Ignorancias”.

Cierro aquí estas pinceladas que muestra a trazos muy gruesos como fue el tránsito de aquel niño que se preguntó tantas cosas y hurgó entre el cuento de hadas y los libros de historieta (comic) hasta llegar a la espesa selva de la novela escrita, la filosofía y la ciencia. Como lo ha dicho Picasso: ahora que he alcanzado una edad avanzada, bien podría tener 15 o 20 años y volver -sin rubor- por los viejos cami-

nos del aprendizaje que me brindaron los libros de Zamacois y Fromm y los de muchas otras personas escritoras.

Y si con razón se afirma que los viajes ilustran, escuchemos a Emily Dickinson, quien nos dice que *“Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro”*. Con igual de razón, podemos decir que la lectura ilustra nuestras ignorancias supinas. Por eso, hay que enaltecer los libros y fomentar su lectura. No se lee para alcanzar el éxito sino para vivir más (Eco) y ser más buenos y mejores. Y si alguien se acercara hoy a mi para preguntarme cuando es el mejor momento para iniciarse en la lectura, le diría que es hoy, mañana y siempre. La moraleja es: ningún momento es tarde para leer y nunca debemos dejar de hacerlo.

Como describir la experiencia de leer

Alejandra Carrillo

Un libro está lleno de estigmas. De primera mano lo vemos y decimos, “¿para qué tantas letras?, no puede ser que gaste tantas horas de mi vida en lo que alguien tiene para decir”, es más, a veces pensamos que ni siquiera tenemos la capacidad de atención para leer algo de más de 3 páginas. Después viene el gran prejuicio, de que los libros son para los que se creen inteligentes, mejores que los demás, que prefieren ensimismarse leyendo a tener una conversación con otra persona.

¿Alguna vez hemos reparado en pensar que, un libro es una conversación? No sé ustedes, pero a mí me parece de las conversaciones más placenteras que puede haber.

Cuando era niña, he de confesar que no me gustaba leer. Me parecía de las activida-

des más aburridas que alguien puede tener. Se preguntarán, ¿qué leía?, pues lo que me mandaban en la escuela. La lectura representaba para mí una tiránica imposición, para mí y para el resto de mis compañeros también. Cada mes debíamos leer un libro y realizar un producto sobre ello, llámese marioneta, dibujo, o alguna manualidad. Le parecía la idea del siglo a la pobre profesora a cargo del grupo, que calificaba ansiosa lo que la creatividad de sus “alumnos” los había llevado a crear. En realidad, estaba calificando el esfuerzo de las madres de los niños, que habían recordado la tarea una noche antes, y tuvieron que leer alguna reseña corta del libro en internet para poder cumplir, y que sus hijos no llegaran a la escuela con las manos vacías.

Se preguntarán, ¿en qué momento sucedió el cambio? ¿Cuándo dejé de leer por compromiso y empecé a disfrutarlo? Es curioso cómo me convertí en aquellas personas que nos parecen sobradas, e incluso pedantes, cuando

hacen el comentario “prefiero leer un libro físico que en digital”, no mentiré, esas personas siempre me parecieron poco simpáticas, y ahora soy una de ellas.

Estaba en tercero de secundaria, de las edades más controversiales en la vida de una persona: los 15 años. Eres bastante joven, no eres un niño ni un adulto, te sientes como algo sin terminar: pequeño, te hacen falta partes aún, y te ves chistoso. Hay que decirlo, como has dejado de ser un niño, piensas que lo sabes todo, siendo tus padres las personas de más poca ciencia que conoces. Para ese entonces, gracias a un cuento que escribí en clase de literatura, ya había ganado un premio en la ciudad. Al jurado le había parecido merecedora de reconocimiento la obra de alguien que se negaba a levantar un libro por gusto.

En clase de literatura estábamos viendo la era medieval y el recentismo. Lo sé, suena enteramente aburrido el nombre del tema, en

fin, es lo que es. Nos asignaron una obra a cada quien, y para mi mala suerte, me tocó el más largo de todos: Don Quijote. Obra del Siglo de Oro Español, la más traducida después de La Biblia, más de 500 páginas, cabe recalcar. Mi pensamiento fue “ni modo, a alguien le tenía que tocar”. Busqué en internet un resumen, y aún el resumen era larguísimo. Entonces decidí, lo tendría que leer.

El Quijote de la Mancha, *Don Quixote*, o Alonso Quijano para quienes le conocemos de cerca, es el primer personaje con quien verdaderamente conversé. Una persona que no podría tener los pies más alejados de la tierra; con la cabeza en las nubes, Alonso Quijano recorrió España, viendo gigantes donde hay molinos, con la esperanza de un amor que parece que fue concebido bajo la influencia de una pesada fiebre. No podía creer que me parecía tan cercano un personaje como un amigo, o alguien a quien conozco de cerca. Leía párrafo tras párrafo y me pa-

recía entretenido adentrarme en la mente de alguien más.

Verán, leer te da el poder de leer la mente, saber exactamente qué piensa un personaje. Eso no lo puedes lograr en otro lado. Poder conocer qué está pensando alguien más, que no eres tú, es toda una experiencia. Te da un punto de vista alterno a la vida que llevas hasta el momento. Aunque eres tú mismo quien está leyendo, y juzgando al mismo tiempo mientras lee, a final de cuentas, es el tren de pensamiento de alguien más.

Se dice a diestra y siniestra, más en la época donde vivimos, que la pluralidad es importante. Parece una competencia constante en ver quién es más original. Cientos de publicaciones en redes sociales, que tratan de mostrar la “identidad” de quienes la publican. Aunque sea un creador de contenido de algo en específico, como quien sube videos de recetas en internet, nos está mostrando

que tiene gusto por la cocina, y que es algo que le identifica como persona.

Luego viene la gran paradoja de la lectura en internet. Tantas publicaciones que leemos a diario. Nuestro teléfono lleva el conteo de lo que nos atrevemos a llamar como una distracción. Hay que aceptarlo, nuestro teléfono inteligente se lleva en algunas personas hasta 10 horas de su día. No hacemos más que consumir contenido, muchas veces no elegido por nosotros, si no por algún algoritmo que va alimentándose con lo que piensa te interesaría. Y así, es como terminamos con una serie de conocimientos e intereses que nosotros no escogimos.

Les diré la verdad, leer te ayuda a encontrarte. Aunque pienses no estar perdido, entrar en un mundo creado por alguien más, te ayudará a enfrentarte con tu pensamiento, creando un juicio sobre cosas que pensabas ya saber. Es ese encuentro con mi pensamiento que me enganchó. El tener la posibilidad

de escapar por un momento de cualquiera que sea tu realidad, hace única la experiencia de la lectura. No sirve solamente para entretener, leer es consumir arte. Personalmente, consideraría al lector un artista también, pues tienen la capacidad de imaginar lo que el creador de la obra quiso expresar. Es algo impresionante de la lectura, aunque algo esté escrito, la interpretación siempre será tuya, de nadie más. Son tus vivencias lo que hacen que conectes con un libro más que con otro, o que lo entiendas de cierta manera.

Se dice que es alimentar la mente. En realidad, para mí se siente como descargarla, como un alivio después de saturarla con tanta información recibo todos los días.

Nuestros cerebros reciben una sobreestimulación por todos los medios posibles: la escuela, el trabajo, nuestros padres, hermano o pareja sentimental, (sin mencionar el internet). 101 cosas pasando en todo momento, que si ya estalló una guerra en tu patio, o en

la otra esquina del mundo, es algo que tiene nuestra mente presa. El día a día exige de mí muchas cosas, el leer se lleva todas y cada una de ellas. Necesitas todas las esquinas de tu mente, tus sentidos están en sintonía con lo que lees.

Es triste que el ritmo de vida apurado de la ciudad se lleve todo tu tiempo, dejado a tu mente llena de telarañas, pues no han pasado nuevas ideas a darle una manita de gato.

Me parece que está demás señalar que la lectura te beneficia para extender tu vocabulario, comprensión lectora, entre otras cosas que se han vuelto métricas para evaluar el conocimiento de una persona. Me parece más valioso señalar la experiencia personal que algunos libros te dejan. Debo decir que no recuerdo cuántas veces he leído *Aura*, de Carlos Fuentes, o *Demian*, de Hermas Hesse. Sin mencionar que no pude despegarme de *Otra Vuelta de Tuerca* de Henry James, o de *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen.

Leer es un arte que lleva siendo practicado a través de las eras. Hay que poner en perspectiva por un momento, que durante siglos estuvo prohibido, por miedo a lo que las letras pueden provocar en la mente de una persona. Explorar en los rincones de tu mente te enseña tu potencial, de lo profunda que puede ser. No es necesario leer los tratados más complejos de economía o cientos de libros de historia. Deja que los autores te cautiven con sus historias, y los frutos vendrán solos.

Importancia y significado de la lectura

Mario Ortiz Villacorta Lacave

*La lectura como la llave que abre
las puertas de la mente y el corazón.*

Mark Twain

La lectura, como el leer tiene definiciones tan simples como “el interpretar un texto escrito en un código conocido por el lector. La lectura es un proceso en el que un individuo conoce cierta información mediante el lenguaje visual o escrito. El lector se enfrenta a ciertas palabras, números o símbolos, los traduce en información dentro de su mente, los decodifica y aprende. Además, “leer implica pronunciar las palabras escritas, identificarlas y comprenderlas. A nivel textual, leer es comprender un texto y extraer su significado” (1). Pero el leer en un sentido más profundo, tiene otros significados y trascen-

dencias. Es verdad que, en el mundo contemporáneo, aprendemos a leer en una edad más temprana que, en épocas anteriores, cuando la educación no se daba en escuelas y a veces ni siquiera en casa, pues los propios padres no sabían leer ni escribir. Más aun, no se editaban libros o los que se llegaban a producir eran muy escasos o simplemente para un reducido grupo de privilegiados que poseían el “arte” de leer.

En realidad, la lectura es tan antigua como las primeras letras o símbolos (jeroglíficos) creados por los primeros “escribas” que plasmaron en piedra, madera o telas, cifras e informes o poemas hace más de 5 mil años en la Mesopotamia. Luego, otros pueblos crearon su propia escritura, pero en todos los casos ésta era patrimonio de unos cuantos, que guardaban celosamente la lectura y escritura de los mismos. En la Propia Grecia, cuna de nuestra civilización occidental, había que leer en voz alta al pueblo, los textos es-

critos de filósofos, poetas o historiadores. No olvidemos a los monjes copistas que preservaron para la posteridad los antiguos textos de Grecia y Roma y otros, provenientes del medio y lejano oriente, con beatífica paciencia, escribiendo a mano los solitarios textos, sobrevivientes de otras épocas. Sin ellos hoy no conoceríamos libros importantes que forjaron la cultura de la humanidad.

No fue sino hasta la invención de la imprenta, por Gutenberg, en el siglo XV, que la impresión de obras diversas fue posible y que centenares y luego miles y hoy, millones de libros impresos, llegaron a las manos de otros tantos millones de lectores en todo el mundo. Maravillosa oportunidad para las recientes generaciones a partir del siglo XIX que pudimos gozar de este privilegio de la creatividad humana.

Pero no se crea que la vida del libro y la lectura, han gozado de la libertad que hoy se tiene para hacerlo en estos siglos y en todo el

mundo. En los primeros años, por ejemplo, las mujeres no tenían derecho de hacerlo. Libros tan inocentes como *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, fueron prohibidos por la iglesia para que las mujeres no los leyeran. El mismo Erasmo dijo algo así como: "...tener cuidado de no dejar que las mujeres lo lean, pues sin hacerlo nos dan problemas, imaginen si lo leen". La Biblia incluso, estuvo prohibida para los seglares, "...quienes podrían malinterpretar algunos de sus libros..." No se diga la quema de códices indígenas por algunos frailes durante la conquista militar y religiosa de los pueblos indoamericanos y la quema de libros "impropios" por los nazis y los libros prohibidos por el gobierno comunista de Stalin o de los fascistas como Franco y Pinochet. Dictadores de regímenes en los que poseer ciertos libros, podría constituir delitos graves, merecedores de la cárcel y la muerte.

Afortunadamente hoy existen amplias posibilidades de leer y obtener los libros que

queramos. Sin embargo, hay otros impedimentos y contrasentidos en medio de la libertad. Por un lado, la ignorancia y por el otro, la pobreza cultural y económica. Y como si eso fuera poco, la parte negativa de la cibernética que tiene ya esclavizada y enajenada, con formatos novedosos y accesibles a todos, con el sólo hecho de poseer una computadora o un teléfono celular. Para sustituir no sólo la lectura de las buenas obras, sino de dar otras opciones con seductoras formas para alienar a los “clientes” y subyugarlos a su uso hasta para comunicarse, sustituyendo las palabras y los conceptos por imágenes luces y sonidos.

Aunque los libros se siguen editando en gran número; incluso, superior en el presente siglo XXI a todos libros producidos, escritos y publicados, en los siglos anteriores al nuestro, el número de analfabetos potenciales que aprendieron a leer y escribir, y hoy no practican la lectura cotidianamente y que consecuentemente, sufren de atrofia men-

tal. Su vocabulario se reduce a unos cuantos términos y expresiones preconcebidas para comunicarse con el mundo. De éstos, miles sucumben al “enclaustramiento de un celular”. Y el celular se convierte virtualmente en la ventana por donde ellos se asoman a, y conocen el mundo.

¿Cuántos millones de personas en el planeta, están presos de esta tendencia? No lo sabemos ni de cuántos caerán ella en los próximos años. Pero de lo que sí estamos seguros es que, de poder enseñar a LEER CON SENTIDO Y SIGNIFICACIÓN, podemos salvar a parte de la humanidad. Sabemos que será difícil. Los periódicos y revistas en el mundo van desapareciendo poco a poco. **Pero lo libros no.** Los libros también pueden sobrevivir como los noticieros en el Internet.

Pero su producción, el escribirlos necesitan de quienes sí saben escribir y para saber escribir es necesario SABER LEER. Y LEER

MUCHO Y A LOS BUENOS ESCRITORES DE TODOS LOS TIEMPOS.

La lectura tiene una gran importancia, pues es la generadora de infinidad de conocimientos útiles e importantes. Ha sido una a través de los tiempos, herramienta extraordinaria para la educación, el aprendizaje, la comunicación entre pueblos y generaciones, la recreación del pensamiento humano, el arte, la cultura y la ciencia.

El leer nos da conocimientos, información, ideas, recrea nuestro espíritu, desarrolla nuestro pensamiento crítico, desarrolla todas nuestras habilidades cognitivas como la memoria, la concentración, la imaginación creadora, pues al darnos nuevas ideas y conceptos nos proporciona la posibilidad de recrearlas, produciendo en nosotros ideas nuevas y procesos innovadores del pensamiento.

El conocer nuevas culturas, pueblos ancestrales, figuras epónimas, leyendas, mitos

y las historias de los pueblos antiguos. Conocer nuestra propia historia patria y regional, para saber quiénes somos y de dónde venimos. Comparar nuestro modo de vida con el de otros pueblos ver en qué nos parecemos y en qué nos diferenciamos. Ver cómo hace mil años, los jóvenes de entonces pensaban igual que los jóvenes de hoy.

Ver cómo resolvieron otras culturas los problemas que nos siguen aquejando hoy. Cómo la violencia, las guerras, la discriminación, el racismo, la intolerancia y otros absurdos de la sinrazón humana, dañaron esos pueblos y sobre todo, cómo pudieron superar esas terribles aberraciones y cuánto e innecesario daño le hicieron a la humanidad de esos tiempos. Saber hoy, cómo lo resolvieron para poder vivir en paz y convivencia, puede sernos de gran utilidad.

Gracias a la lectura podemos también resolver nuestros problemas existenciales. Saber que lo que sucede en nuestro tiempo

para el individuo, aquejó también a otros como nosotros hace cien, mil o dos mil años. El amor, los celos, la inseguridad personal, el odio, la envidia, la traición, el temor a la naturaleza, el cariño hacia los animales y las plantas, el amor a la tierra, han sido elementos de todas las edades de la humanidad y siempre han estado presentes en la ciencia en el arte en la cultura y en la vida cotidiana. El saber enfrentar esto nos fortalece y nos vuelve más humanos, sobre todo porque la lectura nos ayuda a comprender los valores y los antivalores.

Las letras, la lectura, la escritura nos hacen más humanos, no es un accidente que en la novela fundamental de la literatura ESPAÑOLA, EL Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Cervantes a través del ilustre caballero, en su famoso “discurso de las armas y las letras” donde se compara a ambas frente a su escudero Sancho, dedicara una extensa oratoria para justificar el buen uso de

las armas y con breves, muy breves palabras, pero con gran intensidad, justificara el de las letras: *"...dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados"*.

Las letras hacen la literatura y la literatura a través de su lectura nos abre un anchuroso camino hacia la vida de los otros, la lectura nos proyecta y nos envuelve. Nos posee y nos llena de otras vidas. Nos enriquece en el cuerpo, en la mente y el espíritu. Nos engrandece y nos proyecta hacia la otredad. Nos encontramos como seres humanos y seres espirituales. Y nos proporciona la multiplicidad del ser y el existir. Cuando leemos, ya no somos los mismos pero somos mejores. ¿Leer solo para ser mejores? Sí, desde luego; pero leer para ser auténticos, creativos, creadores, para vivir intensamente y trascender a través de nosotros mismos.

La memoria y el espejo retrovisor

Mario Herrera Zárate

En 1964, cuando ingresé a la escuela primaria, ya sabía leer y escribir. Desde los 5 años de edad, mi padre me había enseñado las operaciones básicas de las matemáticas, los sucesos más importantes de la historia de México, los ejercicios de escritura y la lectura de libros, revistas y periódicos. Por las tardes, llegaba de la fábrica, en donde trabajaba como soldador. Después de bañarse, sacaba una cómoda silla al frente de la casa, colocaba una fresca bebida sobre una mesita y respiraba hondo, mientras disfrutaba la fresca brisa del atardecer. A un lado, acomodaba algún libro de texto que mis hermanos mayores habían usado años pasados, una libreta con páginas en blanco, cuadriculadas, con renglones normales o con renglones especiales para practicar la caligrafía. Mientras encendía el

primero de sus infaltables cigarros «Del Prado», empezaba la primera lección de la tarde.

Mi padre no tuvo educación formal: nunca fue a la escuela. Único varón de una familia poblada de mujeres, con un padre ausente y una madre que sostenía a los suyos con un pequeño estanquillo donde vendía dulces y refrescos, tuvo que trabajar desde niño en aquella fábrica metalúrgica, a la que él llamaba «el taller». Lo llevó a trabajar un tío —a una edad en la que la mayoría de los niños iban a estudiar a la escuela, Él no tuvo esa oportunidad: tenía que trabajar para ayudar a la abuela con los gastos de su familia. Su primera tarea era recoger del piso clavos, tornillos y fragmentos de hierro. Con el correr de los años, fue aprendiendo los oficios de la soldadura y, meticulado como era, se convirtió muy joven en un experto maestro del oficio. Mi mamá tampoco tuvo estudios formales. Como era costumbre en las familias de su época, las mamás enseñaban los conoci-

mientos básicos a los hijos mayores y, posteriormente, los mayores enseñaban a los hijos menores. Ella se encargó de criar a siete hijos y realizaba todo tipo de chácharas para ayudar en los gastos de casa. En ciertas temporadas se fue a trabajar a Los Ángeles, porque su sueño era que todos sus hijos fuéramos a la escuela y, algún día, obtuviéramos un título profesional. A pesar de sus empeños, solamente tres de los cuatro hermanos terminos los estudios superiores: un abogado, un ingeniero y una doctora. Cuando yo estudiaba la preparatoria, mi madre se inscribió en un programa de educación para adultos. Yo le ayudaba con las lecciones y, felizmente, obtuvo el certificado de primaria y el de secundaria. Ya no pudo continuar el bachillerato, porque padeció una larga enfermedad que le impidió graduarse de la preparatoria. Mi padre, en cambio, nunca tuvo oportunidad de estudiar en una escuela, a pesar de que, en el fondo, había sido uno de sus anhelos más sentidos. Fue un autodidacta. Aprendió por

sí mismo a leer y escribir. Dado que su trabajo como soldador, requería de mediciones exactas, logró dominar el uso de las operaciones básicas de matemáticas. Por las tardes leía a detalle todas las secciones del periódico «El Siglo de Torreón» y disfrutaba la lectura de cualquier revista que cayera en sus manos. Había estudiado cada uno de los libros de texto de mis hermanos y conocía todos los temas que se impartían en los seis grados de la escuela primaria.

Mis dos hermanos mayores, no eran muy devotos del estudio y, por supuesto, no les entusiasmaba el hecho de tener que ir a la escuela el turno matutino (de las 8 a las 12 de la mañana) y en el turno vespertino (de las 3 a las 5 de la tarde), para tener que estudiar otras dos horas adicionales con nuestro padre. Contrario a ellos, a mí me gustaban mucho las lecciones vespertinas en la banqueta de la casa, bajo la sombra de un frondoso árbol.

En 1961 yo tenía la edad requerida para ir a la primaria y, por aquella época, no había escuelas públicas —conocidas entonces como «jardines de niños» y llamadas ahora escuelas de preescolar. Cada mañana, veía a mi hermano y a mi hermana salir a la escuela, con sus llamativos uniformes y sus mochilas en la espalda. Por ese motivo, las clases de mi padre, eran una alternativa que disfrutaba cada tarde. Durante dos años, él fue un extraordinario maestro y yo traté de ser un estudiante muy dedicado al estudio. Por esa razón, cuando mi mamá me inscribió en la escuela primaria, presumía a quien tuviera enfrente, el hecho de que yo ya sabía leer, escribir, resolver problemas matemáticos y, además, dibujaba bien. Debido a la rígida formalidad del sistema educativo, no hubo manera de inscribirme en el tercer año o en el cuarto grado, porque cada nivel requería una edad determinada, a partir de los 7 años de edad. La escuela primaria fue una grata experiencia. Mis calificaciones eran buenas, dado

que muchos de los temas los había aprendido con mi padre. Mi madre siempre estuvo orgullosa y, desde que recuerdo, repetía uno de sus sueños más preciados, con el cual sentenció mi destino profesional: «Tú vas a ser abogado». Nunca fui un hijo ejemplar, pero, al menos, le cumplí ese anhelo. A lo largo de la escuela, nunca me interesó ser un estudiante «nerd». Era como la mayoría de niños o jóvenes de mi edad, aunque siempre tuve la convicción y el compromiso de estudiar mucho y sacar buenas calificaciones.

Siempre tuve conciencia del esfuerzo que hizo mi madre para que yo pudiera asistir a la escuela y siempre tuve en mente que mi padre nunca había tenido oportunidad de estudiar. En 1967, mi familia se mudó de Torreón a Tijuana. Gracias a la diligencia de un tío extraordinario –don José Cervantes--, nos inscribimos en la escuela primaria de la colonia Postal. Yo ingresé al 4º año –primero en el turno vespertino y luego en el matutino.

A diferencia de Coahuila, en donde estudiábamos por la mañana y por la tarde, en Baja California, había una escuela en el turno matutino y, por la tarde, funcionaba otra escuela diferente. El cambio de turno y de escuela —que funcionaban el mismo plantel— obedeció al hecho de que mi madre tenía el plan de ampliar la construcción de nuestra casa. Para lograrlo, debía irse a trabajar una larga temporada en Los Ángeles, en la casa de la tía Socorro. Nosotros nos quedamos bajo el cuidado de Refugio, entrañable tía abuela, a la cual recuerdo porque sabía tocar música clásica por nota, le gustaban las canciones de Javier Solís y preparaba las tortillas de harina con una circunferencia casi perfecta. Como mi madre estaba ausente, fue la tía Cuca quien me acompañó emocionada a mi graduación de la escuela primaria. Lamentablemente, esa fotografía se perdió durante una fuerte tormenta que inundó nuestra casa y acabó con todos los archivos de la familia. Mientras mi madre trabajaba en Los Ángeles,

me cambiaron a la escuela matutina, a fin de ayudar a la tía Cuca en el cuidado de Rosa María y Guadalupe, mis hermanas menores. Mientras ellas jugaban o veían programas infantiles en televisión (en inglés en el Canal 6 o en español por Canal 12), yo hacía mis tareas de escuela o me ponía a leer. Esa fue una rutina por las tardes, de lunes a viernes. El sábado y domingo, debía hacerlo todo el día. De manera que fueron dos años en los que tuve la posibilidad o, mejor dicho, no tuve otra opción que leer y escribir.

Por aquellos años, mi hermana Ana María estudiaba secundaria en la Escuela Técnica, Industrial y Comercial número 24, ubicada en el Centro Escolar Agua Caliente. En la ETIC, mi hermana había optado por la capacitación de mecanografía. Tenía una máquina de escribir mecánica, de hierro pesado y elegante color negro. Yo la observaba escribir a una velocidad endemoniada, si mirar las teclas de las letras, porque estaban cubiertas

con un pedazo de tela, llamado «tapateclado». Le pedí que me enseñara a escribir y me permitiera utilizar su máquina cuando iba a la escuela. Con los meses, logré dominar el oficio de las secretarías y, desde entonces, todos mis apuntes escolares de secundaria, preparatoria y universidad, los transcribía en una máquina mecánica. Luego los reproducíamos en fotocopia y servían como apuntes para los exámenes de mis amigos de clase. Si hubiera tenido el mínimo instinto comercial, hubiera adquirido una buena fortuna con la venta de apuntes a máquina y acordeones a mano. Cuando terminaba escribir los apuntes de clase o estaba de vacaciones, adquirí la costumbre de subrayar ciertos párrafos que subrayaba en los libros que estaba leyendo.

Mi mamá siempre se preocupó por adquirir enciclopedias compradas en abonos o de segundo uso. Recuerdo en particular una extraordinaria publicación de tres volúmenes, llamada «La enciclopedia de nuestros

hijos», que tenía grabados nuestros nombres en la primera página de la dedicatoria. Años después, Rosana me comentó que mi suegro también les había comprado esa misma publicación, la cual, décadas después, hoy se encuentra en los libreros de nuestra casa. Otros libros que guardo en la memoria fueron «El galano arte de leer» de Manuel Michaus y Jesús Domínguez, «Cultura y espíritu» de Santiago Hernández Ruiz y «Educación cívica» de Benito Solís Luna. Este fue un libro muy influyente, dado que mi madre había determinado que yo iba a ser abogado y, por lo tanto, ese pequeño manual fue el primer texto en el que leí las nociones iniciales del derecho. Este pequeño manual de civismo, que mi hermano mayor había llevado como libro de texto en la secundaria, lo leí, subrayé y transcribí a máquina, cuando yo iba en 5º de primaria. Como es suponerse, fue también un libro de texto cuando estudié en la secundaria. Conocía al detalle el contenido general sobre el civismo. No sólo conocía su

contenido: me gustaban mucho los temas de civismo.

Mi secundaria estaba ubicada en la colonia Libertad. Era una escuela fundada por el Gobierno del Estado para impartir educación a quienes no cabían en las secundarias oficiales. En estas escuelas por cooperación, estaban a cargo de extraordinarios maestros normalistas, quienes, después de laborar dos turnos en sus plazas oficiales, por las noches impartían clases prácticamente gratuitas, a cambio de un sueldo simbólico. Aquellos eran genuinos maestros, profundamente comprometidos en cuerpo y alma a su vocación de educar. No siempre eran especialistas en sus materias, pero compartían sus conocimientos y daban clases con el auxilio de la saliva, el gis, el borrador y un corazón generoso. El profesor de Física, por ejemplo, era un especialista en Matemáticas y el profesor de Civismo era director de una escuela primaria. Solamente tenía un dominio elemental de la materia y ponía

todo el empeño para convertirnos en buenos ciudadanos. Su método de enseñanza y aprendizaje era muy convencional: cada clase dictaba una lección del libro. Durante una hora, él leía y nosotros escribíamos —bueno: los demás alumnos escribían el dictado. Yo había transcrito a máquina ese libro dos años antes. El grupo bostezaba más aburrido que una ostra. Entre dictados que no cambiaban de tono ni de ritmo, todo mundo cabeceaba a las 5:20 de la tarde, mientras que yo escuchaba con profundo interés los importantes asuntos cívicos. Al final del semestre, todo el grupo recibió una copia gratuita de los apuntes de la materia de Civismo.

Entre los libros que leí mientras cuidaba a mis hermanas, hubo uno que me causó una profunda impresión. Aquel libro tiene su historia. Cuando mi hermana egresó de la ETIC, se inscribió en un curso como secretaria taquimecanógrafa en la Academia del Profesor Magro, que funcionaba en el segundo piso de

un edificio ubicado en la Avenida Argüello, en el viejo centro histórico de Tijuana. Su primer trabajo fue como secretaria del Director de una institución federal llamada «Casa de la Juventud», hoy conocida como CREA: El director que la contrató era el Lic. Xicoténcatl Leyva Mortera —quien posteriormente sería Presidente Municipal de Tijuana y Gobernador de Baja California. Entre las actividades que realizaba la «Casa de la Juventud» estaba la de publicar y distribuir gratuitamente libros de autores clásicos sobre diversos temas. Cuando mi hermana le comentó que yo quería ser abogado, su jefe le comentó que deseaba conocer.

Un día me recibió en su oficina. Tuvimos una larga conversación de una hora, durante la cual el licenciado habló como 180 minutos sobre temas jurídicos, históricos, políticos y culturales. Era una persona culta, que manifestaba un gusto especial por lectura y la oratoria. Al final, me obsequió un paquete

de publicaciones de sobre diversos tópicos. Lamentablemente, no conservo ninguno de ellos. Uno de ellos fue muy significativo para mí: la «Política», de Aristóteles». El Lic. Leyva Mortera me dio una larga explicación sobre la importancia de Aristóteles. Al llegar a casa, empecé a leer con dificultades el texto clásico. No era de fácil comprensión; debía releer varias veces algunos párrafos y, como es obvio, la mayor parte de los conceptos del sabio de Estagira me pasaron de noche. De todos modos, durante meses hice los subrayados del caso y las transcripciones a máquina.

En la secundaria, tuvimos un profesor de Física, Juvenal Valenzuela Ramírez. Era un profesor muy culto, que dominaba las matemáticas y, además, era un profesor de izquierda. Nunca lo dijo, pero era un miembro activo del Partido Comunista Mexicano y tenía la peculiaridad de explicar los temas y problemas de la Física desde el punto de

vista de Carlos Marx. Un día nos explicaba el tema de la mecánica. Al explicar las tres leyes del movimiento, elaboradas y demostradas matemáticamente por Isaac Newton, se referían al movimiento de la inercia, a la relación entre fuerza y aceleración y a la acción y reacción. «Las leyes de Newton, que explican el movimiento de todo lo que sucede en el universo —nos comentó—, demuestran la validez del pensamiento de Carlos Marx, el fundador del socialismo científico.» A continuación, habló de las tres leyes de la dialéctica, elaboradas por Marx: la ley de la unidad y lucha de contrarios, la ley de los cambios de cantidad en calidad y la ley de la negación de la negación. En su explicación, utilizó ejemplos muy sencillos. Recuerdo que aplicó la ley de los cambios de cantidad y calidad al momento de la ebullición del agua y la ley de la negación de la negación con el nacimiento y muerte de las células. Al final de clase, me acerqué al profesor y le comenté que su clase había sido de mucho interés, particularmen-

te la cuestión de la dialéctica. Le solicité que me recomendara un libro sobre Marx, el cual buscará en la biblioteca del Parque Guerrero, en la biblioteca del Centro Mutualista o en la biblioteca del Banco Internacional. Me respondió que, probablemente, tales bibliotecas no tendrían libro con esas temáticas: «Yo te voy a prestar uno mío. Lo lees y luego lo comentamos». Al día siguiente, me trajo «El Manifiesto Comunista» de Carlos Marx y Federico Engels. «Tiene vuelta», me advirtió. Leí el libro con mucha atención y cuidado. No lo disfruté tanto, porque no podía subrayarlo. Así que procedí a transcribir a máquina ciertas citas. Ese pequeño volumen cambió mi perspectiva y empecé a ver las cosas desde otro punto de vista.

Además de jugar básquetbol todos los días, empecé a leer periódicos de manera cotidiana y tuve la oportunidad de participar en la toma del Campestre, resultado de lo cual, se consiguieron los terrenos y se cons-

truyeron las instalaciones de la Universidad Autónoma de Baja California a principios de 1971. Por esos días, solía ir a buscar en la librería «El día», ubicada en la calle 6^a, a un lado del desaparecido Cine «Roble», ciertos libros y folletos sobre marxismo. Esa incipiente formación teórica, fue determinante dos años después, cuando entré a estudiar en la Preparatoria Federal —ahora conocida como «Lázaro Cárdenas». En esa época tenía una idea más amplia y profunda sobre las ideas del marxismo, lo cual encajó muy bien en una época de ebullición política de ideológica: la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana, la lucha de los Países No Alineados, las secuelas del Movimiento Estudiantil de 1968, los asesinatos de estudiantes el 10 de junio de 1971, las huelgas sindicales en México, el surgimiento de las guerrillas urbanas y muchos otros. En la preparatoria me sumé a otros estudiantes de izquierda en un grupo llamado pomposamente Frente Estudiantil Liberación. Ese fue el semillero para que varios de

los integrantes ingresáramos a varios partidos de izquierda, como el Partido Comunista Mexicano, el naciente Partido Mexicano de los Trabajadores, un grupo llamado Grupo Comunista Internacionalista, el cual seguía las ideas de León Trotski. Luego se sumarían un grupo pro soviético denominado Corriente Socialista y una corriente conocida como «Los enfermos», derivado del movimiento estudiantil de Sinaloa.

En la preparatoria, me interesó estudiar de manera particular los escritos de Federico Engels, particularmente las cuestiones relacionadas con el Estado y el Derecho. Tuve la curiosidad de volver a leer la «Política» y, una vez subrayado, entendí mejor los planteamientos de Aristóteles. Aunque intuí que las ideas marxistas sobre el Estado eran demasiado genéricas y no demasiado profundas, en comparación a otros autores clásicos, me sumergí en una de las peores tradiciones de la izquierda latinoamericana y, en gene-

ral, subdesarrollada: la lectura dogmática del marxismo. Muchos o la mayoría de nosotros estudiábamos el marxismo con una vocación de secta religiosa: tomábamos al pie la letra los textos clásicos de Marx, Engels o Lenin, los memorizábamos y los repetíamos a la menor provocación. Para contestar cualquier punto, decíamos la frase sacramental: «como dijo Marx», «como dijo Lenin». Un día. Un compañero trató de zanjar una polémica sobre un programa de gobierno de Luis Echeverría que nada tenía que ver con el asunto y, en el colmo, otro compañero intentó conquistar como novia a una estudiante con unas frases del Mao Tsé Tung: no le sirvió de mucho, porque aquella cita de Mao se refería a una definición sobre las contradicciones entre las clases sociales y, además, porque a la pretendida le llegaron con el chisme que nuestro amigo le había regalado como si fuera de su autoría unos párrafos que plagió del «Libro Rojo del Presidente Mao». La ofendida muchacha lo mandó a volar y se puso de novia

con uno de los estudiantes más burros de la prepa, conocido entre la tropa por mal nombre de «El cabezón», precisamente por tener la cabeza más dura que el granito.

Yo empecé a entender y dudar de aquella tradición dogmática de la ideología de izquierda, cuando descubrí en la biblioteca de la preparatoria un libro sobre el filósofo más renombrado del Siglo XX: Bertrand Russell. Sus ideas, siendo de izquierda, no eran marxistas ni, mucho menos, dogmáticas. Desde entonces, procuro adquirir y leer todo lo que puedo acerca de Russell, inclusive una que obtuve en versión electrónica, llamada «Principia Mathematica», de la cual no he logrado entender ni un párrafo. Luego de Bertrand Russell, leí en la biblioteca un ensayo de un famoso escritor mexicano, más mencionado que leído: Octavio Paz. La lectura de Paz fue demencial: me cautivó por su elegante prosa, su profundidad intelectual y su sentido crítico. En primer año de la preparatoria, ha-

bíamos llevado como lectura obligatoria un texto de Paz llamado «El laberinto de la soledad». El texto se había convertido en un clásico, aunque la temática me era indiferente. Lo volvía a leer tiempo después, para disfrutar la belleza del texto. Hasta donde ha sido posible, a lo largo de varias décadas, he buscado y leído todos los textos publicados por Octavio Paz. Sus obras completas ocupan un lugar muy especial en el librero de la sala de casa. Al salir de la preparatoria, me involucré de lleno en las actividades políticas del PCM. Además, tuve oportunidad de estudiar nuevas obras del marxismo y descubrir que no todo lo que brilla es oro. Luego de leer con sumo cuidado un texto de Lenin «El Estado y la revolución», concluí que la teoría marxista sobre el Estado era muy limitado y erróneo en varios sentidos. Me recomendaron leer a un teórico marxista, llamado Antonio Gramsci, el cual había aportado ideas muy interesantes sobre el Estado, la política y la ideología, desde una perspectiva más abierta e interesan-

te. Me di cuenta que, sin abandonar las tesis clásicas, Gramsci enfocaba tales cuestiones, a partir de las ideas de Nicolás Maquiavelo. La lectura de «El príncipe» de Maquiavelo fue definitiva. El Estado se convirtió entonces en el centro de mis lecturas. Al revisar un texto de Lenin llamado «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», en referencia a las ideas democráticas y sociales de uno de los principales dirigentes intelectuales de Alemania, resaltó la visión hermética y autoritaria de la visión del marxismo sobre el Estado. Esta conclusión se reforzó al comparar dos obras engarzadas: la «Filosofía de la miseria» de Emmanuel Proudhon» y la «Miseria de la filosofía» de Carlos Marx, en la cual Marx descalificaba de plano las tesis de Proudhon, entre las cuales calificaba de pequeño burguesas (clase medieras) los apuntes sobre la libertad y la democracia. Entonces inició un largo camino de lecturas críticas y tesis revisionistas sobre las ideas de izquierda. Vinieron a rematar esta odisea nuevas obras sobre

el liberalismo europeo, la democracia americana, la ilustración francesa y la izquierda socialdemócrata.

A finales de 1976, conocí a Rosana en una circunstancia particular. Era una joven de 16 años. Desde el primer instante, me cautivó, pero no dije nada al respecto. En los círculos dogmáticos —más bien: fanáticos y santurriones— de la izquierda, no eran bien vistas las expresiones relacionadas con los sentimientos románticos y las aficiones personales. «Desviaciones pequeño burguesas», les decían. Los únicos valores admitidos eran la profesión de fe en el marxismo, la disciplina al partido y la dedicación a la lucha por el socialismo. Después de meses de buscarla con toda discreción, porque tenía la advertencia de un dirigente de que no iban a permitirle tal conducta contraria a la disciplina del partido, un día me armé de valor: con la complicidad de un amigo medio loco (Alberto el Ché Ambriz) nos fuimos a las Tortas «El

turco», nos prestaron un directorio telefónico y, en la letra «G», buscamos todos los números relacionados con el apellido «González». Había varias personas con ese apellido, que vivían en la colonia Hidalgo. Uno por uno, empezó el descarte. «Se encuentra Rosana?», preguntamos a un hombre, que luego sabríamos que era su papá. «Un momento». Un minuto después, contestó ella. Nos saludamos, conversamos de estos y aquello y quedamos de vernos al día siguiente. Días después, nos hicimos novios y nos volvimos inseparables, desde la mañana hasta la noche, todos los días de la semana. Decidimos entrar juntos a la Facultad de Economía de UABC; tal como lo dictaban los cánones del marxismo. El gobierno colegiado de estudiantes y profesores había convertido esa Facultad de un nudo de conflictos políticos y debates ideológicos, sin haber perdido del todo su fisonomía académica. Después de un semestre de paros y asambleas y unas cuantas clases, abandonamos el barco y decidimos salir a estudiar De-

recho. Junto con dos amigos de la Prepa Federal (Antonio García Sánchez «el Padrino» y Obed Silva Sánchez), nos pusimos a estudiar varios meses y aprobamos el examen de ingreso. A principios de 1978, empezamos los estudios jurídicos. A las lecturas personales, hubo que añadir los libros de texto de la carrera. Como siempre, Rosana y yo tratamos de adquirir todos los libros de clases, a fin de iniciar nuestra biblioteca jurídica personal. En la carrera, a mí me atrajeron dos materias: Teoría General del Estado y Derecho Constitucional. Al tercer semestre, Rosana y yo nos casamos. En las clases, ella tomaba los apuntes, mientras yo leía libros relacionados con los temas de mi interés. Luego, yo leía la lección en el libro de texto, subrayaba los párrafos con marcador amarillo y procedía a escribir los apuntes a máquina. Con ese método, trabajaba en clases privadas por la mañana, asistíamos a clase en la tarde y, por la noche y los fines de semana, ponía al día los apuntes de cada materia. A los cuatro

años, aprobamos las materias, elaboramos la tesis, presentamos el examen y obtuvimos el título de licenciados en derecho. Con dificultades, nos fuimos a estudiar a la UNAM, vivimos varios años en la Ciudad de México y durante casi diez años disfrutamos de todo lo que ofrecía el Distrito Federal, incluyendo las bibliotecas monumentales, las inagotables librerías y las bellezas históricas de la capital de la República.

Regresamos a Tijuana. Empezamos de nuevo a establecernos y poco a poco logramos una base material para nuestra familia. Adquirimos una vieja casa en ruinas. Poco a poco la fuimos remodelando. Una de las cuestiones fundamentales de nuestra casa fue la preocupación de ambos por formar una creciente biblioteca familiar. Al paso del tiempo, quincena tras quincena, nuestros libreros se multiplicaron por todos lados, con cientos de libros de múltiples temas y diversos calibres. La llegada de Internet hizo posible bajar -en

buena ley o en mala lid— toda suerte de libros electrónicos. El desarrollo de plataformas como Amazon, también permitió adquirir libros impresos de cualquier parte del mundo. La vieja costumbre de leer, subrayar y tomar notas, cultivada desde hace 60 años, fue la base para soltar la pluma y empezar a escribir con cierta regularidad algunos textos. En 2005, pude publicar el primer estudio analítico de la Constitución de Baja California. Dos años después, terminé una investigación que me permitió obtener una maestría en la Facultad de Derecho y publicar otro libro con todas las reformas y adiciones que ha experimentado la Constitución del Estado. Desde entonces, he publicado 25 textos, en su mayoría sobre temas constitucionales –algunos en coautoría. Hace un par de años, Rosana y yo presentamos el primer texto de historia de la Lógica se publicado en México. En 2017, tuve oportunidad de escribir y editar el libro más pequeño que se ha publicado sobre la Constitución Mexicana, como parte de los

festejos por el primer centenario de nuestra Ley Suprema. A mediados de año, Rosana y yo volvimos a publicar juntos un «Manual de Lógica», que es el primero que se ha escrito y publicados en 67 años de la Universidad Autónoma de Baja California. En todos estos años, mi vida ha girado en torno a unos cuantos aspectos fundamentales: mi esposa Rosana, mi madre Guadalupe, mis tres hijos y dos nietos. A esta edad, en el espejo retrovisor veo que mi vida ha estado relacionado con los libros, en particular los de Derecho y de la Constitución. En mi formación, el autor que más ha influido es Aristóteles. El artista que más admiro es Leonardo da Vinci. Mis músicos favoritos son Georg Friedrich Händel, Pink Floyd y Lisa Gerrard. Nada que ver con la lectura, tengo una preferencia especial por cuatro equipos de fútbol: la Naranja Mecánica de Holanda en 1974, la selección de Argentina, Barcelona y, sobre todo, Cruz Azul. A nivel individual, destaco a Mohammed Ali, Diego Armando Maradona, Leonel Messi y

el futbolista Horacio López Salgado. Mis escritores favoritos son, en ese orden, Montesquieu, Alexis de Tocqueville y Octavio Paz. Tengo particular simpatía por Maquiavelo, Descartes, Leibniz, Federico Engels y Hans Kelsen. Entre los juristas de mi preferencia, destacan Mario de la Cueva, Jorge Carpizo, Diego Valadés y Miguel Carbonell. En una vida nada envidiable como la mía, que ha estado envuelta por libros, música y fútbol, no hay que envidiar nada a nadie. De todos los errores que en cometido, lo que más lamento es haber desperdiciado tantas horas en asuntos que no tuvieron que nada que ver con los libros.

Tijuana, Baja California,
a 10 de noviembre de 2024.

Yo lector (Flashback a los 17)

Cuatro estaciones y una posdata

Leobardo Sarabia

¿En qué momento se empieza a leer?, ¿Hay un día fechado?, ¿Cuál sería mi primer folio, la página inaugural leída? El relato, los versos, la historia ofrecida por el azar. No sé. Uno fantasea sobre el inicio del ciclo personal de la lectura. Primera persona. Se va al pasado y lo que se encuentra son estancias un tanto deprimentes de encierro escolar, juegos aleccionadores, coros infantiles bastante ineptos. Pero, lectura como tal. Las letras en el pizarrón, claro. Álbumes para colorear, libros escolares. La aproximación al alfabeto como un desafío intimidante. Los maestros del pasado eran solemnes, autoritarios y tenían una filosofía gremial: “La letra con sangre entra”, decían con aplomo fatalista. Por otra parte, tuvieron el mérito del deber cumplido y cierto carisma recordable.

Primera estación

Ese pueblo, casi suspendido en el tiempo, cercano al mar y equidistante de Culiacán y Mazatlán, se llama La Cruz, Sinaloa. El cine local era un poderoso reciclador de mitos populares y había ahí una conexión nítida con la literatura. Un entretenimiento máximo que a todos seducía, con sus programas de “cine nacional”, spaghetti westerns y comedias americanas. De vez en cuando se presentaban ahí festejos escolares y compañías itinerantes de artistas regionales. Un edificio alto, simple, cercano a la estación del ferrocarril, sin techo; así que, en tiempo de lluvia o ciclones, el público se dispersaba. Un poblado cercano al mar y a la sierra, con festejos tribales y gente alegre y platicadora. Sin biblioteca: este dato es crucial para entender un escenario hostil a la lectura. A falta de bibliotecas públicas, uno acudía a la pobre oferta disponible, la renta de revistas en tendidos caseros o en el porche del Cine México; hasta eso, había dos cines,

en fraterna competencia por el público. Los periódicos llegaban una vez a la semana, los domingos y solían tener crucigramas y suplementos a color con historietas seriales, muy imaginativas. Era una adictiva costumbre y un efectivo método de inducción a la lectura.

Yo iba a una escuela primaria aldeana que me parecía enorme, construida por un general benefactor, el Pedro Paramo del pueblo. Había una biblioteca grande, de gruesos volúmenes y estantería hasta el techo. Pero cerrada, hermética, infranqueable para todos; como si fuera la escena de un antiguo crimen. ¿Se suicidó aquí acaso el general? Supe después que murió de viejo.

Con dinero que me prestaban los adultos —entre ellos, don Chuy Favela—, yo rentaba toda clase de revistas, con unas hermanas ancianas que tenían ese negocio y un expendio con pocas mercancías. Las publicaciones gráficas iban a los extremos. O eran épicas o melodramáticas. *Leyendas de la Colonia*, fúne-

bres evocaciones de un tiempo irreal, con espectros nocturnos en el primer cuadro de la ciudad de México. Historias de héroes enmascarados, como el *Santo* y un tal *Apolo*, sin olvidar al espectacular *Fantomás*, la Amenaza Elegante. El uso de la máscara fue un mensaje que no entendí. Las historias románticas: *Yesenia*, *Rarotonga*, las sagas heroicas de *Kalimán*, con su lenguaje enfático y su fraseo impactante. Después reencontré al hombre increíble en la radio fronteriza, en su lucha pendular entre el bien y el mal. Para el lector infantil es esencial ser sorprendido, conocer lugares excéntricos, atípicos: Shangri La, Hong Kong, Marsella, La Guyana francesa. La degeneración del gusto o la frecuentación de la cursilería, entre otros extremos: Corín Tellado y sus ficciones románticas en la España franquista, en la revista *Vanidades*. Hablo de lo que había disponible. Aún recuerdo sus dossiers fotográficos: vacaciones del jet set de los setenta en Palma de Mallorca o en Ibiza, las estancias de Dia-

ne von Furstenberg, la gestualidad de Curt Jurgens, mientras tomaba un whisky, los devaneos perfectos y acuáticos de Britt Ekland y lo aparejado con la Nouvelle Vague y el Camelot estadounidense. El western es una educación sentimental, con el cine como poderoso y bronco afluente. Marcial Lafuente Estefanía instauró un torrente de historias del viejo oeste y era un autor esencial (siempre creí que era un seudónimo).

Un momento inevitable. El descubrimiento del baúl de la abuela profesora. En una de las recámaras ahí estaba, casi radiactivo: pesado, negro, con franjas metálicas y una aparatosa cerradura estropeada. Adentro, había una cincuentena de libros. La enciclopedia estaba en la sala, pero aquí, encontré libros de manual cardenista: Mario Gill y sus crónicas sobre huelgas campesinas y capataces odiosos; un libro de Blanco Moheno, fascículos de Amado Nervo, la antología de Bécquer de Porrúa; Miguel de Unamu-

no, con su *Tía Tula*, a quien evité después largo tiempo. Un agradecible encuentro con Emilia Pardo Bazán. Un maestro declamador me prestó *La Ilíada* y la *Odisea*. Me identifiqué con Ulises por una herida temprana en la rodilla, provocada por la agresión de un jabalí. Vi a Salvador Novo y a Juan José Arreola en la televisión, lo que vale como una experiencia literaria. Del primero, una frase conectiva sobre un viaje de vacaciones con su familia: “esta retrospectiva no remedia empero...”. Me resuena hasta ahora con la atildada dicción del cronista. Álvaro Mutis decía con voz de locutor en los anuncios del vino: “Detrás va Pedro Domecq con tres sultanes de Persia”.

El libro de texto gratuito

En un mundo de sorpresas infantiles, una de ellas era el reparto de libros cada inicio de año escolar. Eran entregados a cada uno de los alumnos en medio de la expectación y la

sorpresas. Era tan gratuito como mis entradas casi diarias al Cine Galaxia, las fiestas de la plazuela, y los desayunos escolares. Mi abuela Genoveva fue mi maestra de primero y segundo grado y oficiaba esa entrega en el recuadro del aula, como si fuera una misa o una parada militar. Los libros eran una maravilla, bien diseñados, con una selección literaria de primera. Pellicer, Alfonso Reyes, poemas de Darío y Torres Bodet, canciones campestres, juegos de palabras y láminas del nuevo México urbano. Recibíamos esos libros como la buena nueva de la temporada. Nos acompañaban durante todo el año lectivo. Los libros eran guía, juguete, una caja de sorpresas, un catálogo de autores. Forrar los libros era un rito casi iniciático y una artesanía al alcance de pocos. Habría que ver el impacto de esos libros en nuestros hábitos de lectura. Una puerta a la imaginación y a un lenguaje hasta ese momento vedado para todos. Cada entrega de esos libros era una fiesta para mí. Todavía me emociono cuan-

do veo alguno en un estante, en un escritorio, o en algún rincón museográfico, por ahí.

Vuelvo a los declamadores, inclinación ya perdida. En su entonación y gestualidad, su inflexión dramática o épica, se encuentra un amor por la palabra y su sonido nítido en el aire. Poesía en voz alta, diría Octavio Paz. La memorización de poemas, hábito en desuso ahora, también ayudaba a esa proximidad con la palabra, revelada en una plaza o en un lugar de la escuela. Yo, en plan imitativo aprendí “El nuevo canto de amor a Stalingrado” y varios poemas de Rubén Darío, entre ellos, “Responso a Verlaine”. Admiraba a los que recitaban: “La raza de bronce”, “A la victoria de Junín” o “México creo en ti”. Se celebraban reñidos concursos de declamadores en la escuela primaria. A los ganadores se les daba un diploma y una lata de duraznos en almíbar.

Lamentablemente, la bohemia complicó eso, con poemas como “El brindis del bohe-

mio", "El seminarista de los ojos negros", o "Por qué me quité del vicio". Lecturas reiteradas en el momento más anticlimático de las reuniones familiares, junto a las tías, el padre y la mirada vigilante de la abuela, con ojo cíclope.

Seguí leyendo novelas ilustradas con provecho. Era inspirador y divertido. A los Novaro y otros editores mexicanos se les ocurrió impulsar colecciones basadas en el legado literario. La novela semanal publicó *Graziella*, de Alfonso de Lamartine; *Frankenstein*, de Mary Shelley, una glosa apurada de las "Memorias", de Casanova, e historias resumidas de Víctor Hugo, Julio Verne y Balzac. La novela mexicana *Casi el paraíso*, de Luis Spota fue muy popular. Isaac Asimov era una industria unipersonal muy poderosa, con libros monográficos y fascículos de divulgación científica.

Otra intervención del mundo de mi abuela Genoveva. La suscripción a *Selecciones de*

Reader Digest, que llegaba mensualmente a nuestra puerta: un librito gentil, finamente empaquetado, que estilaba obsequios eventuales durante el año. Era, no lo sabía, un regalo envenenado con todo el sesgo ideológico de la Guerra Fría y el prejuicio estadounidense, rampante y tóxico. Sin embargo, entretenido. Con un índice de historias, noticias y secciones atractivas. Citas citables y su cultura de masas, con los grandes nombres americanos. A la farmacia de la esquina, llegaban las grandes revistas de la ciudad de México: *Siempre*, en su mejor época e *Impacto*, derechosa, parroquial, pero con grandes reportajes que encargaba el Jefe Pagés a su infantería de reporteros. De *Siempre*, recuerdo entre brumas, el impacto causado por los grandes nombres del periodismo nacional: Francisco Liguori, Pepe Alvarado, Renato Leduc, el infame Roberto Blanco Moheño, que también hablaba escupiendo en la pantalla del televisor. No tenía edad para leer las parrafadas ensimismadas de García

Cantú o las crónicas teatrales de Ibargüengoitia. Me causaban gracia los retruécanos de Carlos Monsiváis en sus columnas y el juego de imágenes de Vicente Rojo, maestro de la ilustración y la tipografía. Los liberales esforzados por ilustrarse (me) me conmovieron. Altamirano, Guillermo Prieto, los cronistas poetas Riva Palacio y Manuel Gutiérrez Nájera. Justo Sierra tuvo un lugar, el bienamado Amado Nervo, tan querido por tías y abuelas. Las breves biografías exultantes de Stefan Zweig eran casi hipnóticas.

En esta etapa las lecturas siguieron, enfáticas, sorprendentes, descontinuas. Los temas que recuerdo: la aventura de la Conquista, la Independencias con sus variados caudillos pendencieros, en sierra y llanura, siempre con la frase célebre en la boca: traiciones, batallas decisivas, armisticios, multitudes empujadas por la fuerza de la historia hacia tragedias o consumaciones. Me atrajo también la saga de los naturalistas (Alexan-

der von Humboldt, Celestino Mutis). La historia era una vasta fábula, cruzada por jinetes, con bellas jóvenes y respunteada por discursos de caudillos insomnes y perseverantes. Un ejemplo de esto último: «Los sentimientos de la nación», al que le faltaba una cláusula. En consecuencia, las asonadas, los descubrimientos, la gradual lucha por dominar la naturaleza, tenían para mí esa intensidad, una cualidad escénica.

Segunda estación

Entraba a una escuela. Salía de esa escuela. Llegaba a clases de otra. Esa movilidad me desconcertaba, me hizo vulnerable. La primera escuela era solemne y grandota, en Sinaloa, con el nombre de un general. Allí se quedó. La segunda escuela, Melchor Ocampo, en una colonia desde donde se veía la frontera. Con parque enfrente, una iglesia y una amplia avenida terregosa. La tercera, llamada Miguel Hidalgo, en el cauce invisible de un

río. Se la llevó la corriente un año de lluvias y crecidas. Todo era transitorio e inseguro. Los que vivían ahí en esa zona fueron relocalizados en otros rumbos de la ciudad. Hasta ahora no había sospechado el poder arrasador del agua. Ir y venir de una escuela a otra, y sus secuelas. A los fugaces compañeritos, les desaparecían las facciones. Los olvidaba. También yo era olvidado. Historia común en la vida de los emigrantes.

En el tiempo de la escuela secundaria no estuve cercano a la lectura. Preocupado por mi estatura, me medía con frecuencia. Jugaba basquetbol. Fútbol, muy poco. Ensayaba con nunchakus. Me lastimé un codo en ese entrenamiento. Sin advertirlo, casi llegaba el Día del Viaje. Y a darle, en camiones abiertos o en uno de los trenes nocturnos que pasaban. Especialista en estaciones de viaje. Impasible, pensativo, aislado en mi condición de forastero. Ahí esperaba, casi siempre en la noche, en la estación ferroviaria en turno o en la

enorme central camionera de Culiacán. Y de regreso a Tijuana, en el galerón de autobuses próximo a la zona norte, que compartía instalaciones con el Greyhound, cerca del Puente México, y la zona de tolerancia de la ciudad.

Los profesores de secundaria casi me alejan de la lectura. Medicina agria en forma de cápsulas lejanas, ahistóricas, carentes de contexto, en un lenguaje poco entendible. Sería por el imperativo de los cursos, pero recuerdo una especial presión por la lectura de libros de biología y de química. Bromas sobre la Tabla Periódica de Mendeleiev y extraños juegos con algoritmos, todo ello venturosamente olvidado. Los cantares de Alfonso X, el Sabio, la Celestina. Gonzalo de Berceo. Me hubiera gustado que leyéramos novelas de caballerías, pero ni siquiera llegamos esos días al Quijote. O poesía mexicana de los años sesenta. Nada de eso.

Lectura y desconcierto

Confundía el cine con la literatura / Leía papeles tirados en el suelo / Los grafitis en los muros me desconcertaban, algunos eran mensajes entre pandillas: acuerdo, celebración, desafío / Solía leer en las secciones de revistas del mercado Yee Hermanos / El llenado de álbumes con láminas de luchadores puede ser una forma excéntrica de la lectura / La compra de cartitas didácticas en la Librería El Día, también / En corridos y boletines encontraba historias bien contadas, con factura literaria / Era tan sectario que aprendió el lenguaje de los conspiradores / En los poemas declamados había retórica innecesaria, pero un amor genuino por la palabra / La lectura será por diversión o no será / No es recomendable embarcarse en travesías del aburrimiento en forma gratuita / Leamos lo que nos gusta, atrae y captura nuestra atención en forma irrevocable / En contraesquina del Parque Guerrero había una tienda de

revistas usadas / Se lee en busca de mundos alternos, la otredad que se alza ante nuestros ojos.

Imágenes y lectura

La lectura tiene un sedimento logrado a lo largo del tiempo, y así crea un universo de escenas icónicas. Tanto a nivel nacional como universal. Memoria de la tribu, mural que se amplía de continuo, patrimonio compartido. Guillermo Prieto defendiendo a Juárez, con su frase “los valientes no asesinan”; el nefando Santa Ana y su pata de palo ahuyentando las gallinas en su rancho; Vasco Núñez de Balboa, tozudo en el descubrimiento del Océano Pacífico; Ulises y sus marineros atados al mástil para no oír el canto de sirenas; la crueldad de Aquiles ante el cadáver del príncipe Héctor; el Abrazo de Acatempan; Bolívar acaudillando una escuadra de caciques subalternos; la traición a Guerrero del mercenario Francisco Picaluga; el Pípila, con su losa

de cantera en la espalda; Garrick, actor de la Inglaterra devastado por el spleen; la cabeza de Hidalgo en las picas de la Alhóndiga de Granaditas; el escape en bucle del Conde de Montecristo; la carga de caballería de Villa y sus Dorados en una ciudad equis; la turbulenta Convención de Aguascalientes. Esta carga de imágenes, por citar algunas, arraigaron en la mente del escolar mexicano de aquel entonces (es un decir). Como se puede notar, muchas de ellas vienen en el ADN de la cultura clásica y en la narrativa oficialista de la historia mexicana, presente en los libros de texto gratuitos. En este escenario, la irrupción de la cultura pop, resulta un antídoto festivo y antiautoritario, que viene esencialmente del cine, la lírica popular y el comic.

Tercera estación

Tiempo de novedades y aparición de lo Inesperado. Un distinto domicilio. Otra ciudad de la que no sabía sus señas. Ritos de paso a los

que asistí, indiferente. Mi ingreso en la Prepa Central se dio con facilidad, no recuerdo haber hecho examen, ni papeleo previo. Una universidad de raíz popular, la Universidad Autónoma de Sinaloa y su lema multicitado: *Sursum Versus*. Un tiempo marcado por una primavera radical, la difundida mentalidad narodniki, sobre todo en adolescentes como yo era. Leí con reverencia los textos del Che Guevara, sus tentaleos literarios, la índole de sus obsesiones, sus viajes en motocicleta. Me pareció inspiradora su estancia en un hospital de leprosos al lado del Amazonas. Caí en el Peligro Harnecker. Un misticismo marxista endulzado con largas citas que me explicaban la evolución del mundo en pleno (base económica contra superestructura, las leyes del materialismo dialéctico, la realidad como lucha de contrarios, el modo de producción asiático). Recuerdo el lema que presidía la sala de nuestro círculo de estudios Ricardo Flores Magón, en la parte más ruinosa de la prepa: “a los revolucionarios no nos detiene

la muerte, el agua es más bella despeñándose, si morimos, moriremos como soles: despidiendo luz". Oía con cierto fastidio ese discurso de inmolación y martirio. Esas sesiones que terminaban en pleito, fueron una puerta de entrada para algunos autores anarquistas. Las lecturas de Edgar Allan Poe y de Villiers de L'Isle-Adam me prepararon para *Twilight Zone*, *Vampira* y todo ese derivado gothic hocus pocus.

Cuando estuve en la Preparatoria Central me intrigaba el asalto anual a la biblioteca: era un ritual estudiantil, alegre y malsano. Un agolpamiento deportivo de patanes que gritaban, robaban libros y después se iban a tomar una cerveza. Lo hacían pasar como un ajuste de cuentas ideológico. Eran lectores broncos, pero auténticos. En otras partes, rapan a los de nuevo ingreso y los maltratan: aquí se asalta la biblioteca. Me preguntaba cómo la biblioteca conseguía mantener su buen surtido de libros, a pesar de esas incur-

siones vandálicas cada año. Yo nunca participé, pero solía ser un espectador reticente. Sobre este asunto, todos fingíamos normalidad.

Llega el momento en que uno se encuentra a los rusos. Los primeros fueron atípicos Máximo Gorki y Alexander Herzen, un novelista y un agitador. Víctor Serge, con su manualito de activista en resistencia. Llegó el día del encuentro con León Trotsky, su desmesura y fervor combativo. Los burócratas comunistas del rumbo lo descalificaban y eso lo volvía más atractivo. Y en las ediciones de la UAS, mi universidad: folios de Dostoievski, Chejov, Maugham, Ambrose Bierce. De Pushkin, me quedé con el relato deprimente de Pablo Neruda de su duelo fatal. Tiroteado por un avieso soldadito de juguete. Después, reencontré al ruso en su memoria del cerco de la epidemia, en una casa campestre.

En ese tiempo, como lo dictaba el ambiente, fui lector de libros militaristas (Nguyen Giap y sus manuales de combatiente; Regis

Debray y su alusión al foquismo), de suplementos y libelos. Coleccioné *Madera*, el periódico de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Un lenguaje fanático y polpotiano en ese papel ocre; la prosa ácida que anticipa la ejecución. Uno aprende a odiar al ejército, a la vida cotidiana, a enemigos, quizá imaginarios. Se auguraba el comienzo de otro mundo, mecánico, igualitario, predecible y, no obstante, feliz. Mi profesión de lector allí comenzó con cierta disciplina: *Confieso que he vivido*, las memorias de Pablo Neruda, me marcaron duraderamente. Las leí varias veces, memorizando nombres, anécdotas; momentos fulgurantes que, con una lectura posterior, desaparecieron, dejando un olor azufrado a leyenda. Oía “Mediterráneo”, el disco de Joan Manuel Serrat, una y otra vez.

La preparatoria es una estancia peligrosa, puede ser uno embaucado por ideas fijas y modas que arrastran a cualquiera. ¿Qué se leía? Un Índice para activistas y ultras, cierto,

pero con libertad para perderse en la biblioteca y en las buenas librerías del centro de Cuiliacán. Martín Luis Guzmán y su kilométrica biografía de Pancho Villa, en sorprendente primera persona. Ah, Herman Hesse, el *Lobo estepario* y su *Juego de abalorios*, bella y lisérgica lectura. Lobsang Rampa, con su tercer ojo y viajes astrales, pasaporte para la evasión. La revista *Duda*. Lecturas de lo paranormal, lo indemostrable, las teorías de complot, actuales o históricas. O como decían mis amigos: lecturas de Alienación. Pequebú, como insulto. Tempranas lecturas de poetas franceses: Rimbaud, Verlaine, Baudelaire. Antonio Machado: «al olmo viejo herido por un rayo y en la mitad podrido por las lluvias de abril y el sol de mayo». *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, que conocí en el cine, en el libro, en revista gráfica, en telenovela del Canal 2 (con Enrique Álvarez Félix, por cierto). Curiosa multiplicación del libro en la cacería de un lector embelesado. Libros de Miguel Hernández, Federico García Lorca, Rafael Al-

berti, sin olvidar a León Felipe, que agradaba a todos con su salmodia y tono de profeta. Evité cuidadosamente a Juan Ramón Jiménez y su felpudo Platero. Casi todo eso, lo pude revisar en la Biblioteca de la Prepa Central, que, pese a todo, sobrevivía. Y cumplía su papel de Dadora, refugio y cielo protector.

Lejos del canon mexicano

¿Por qué no figuran Octavio Paz, Carlos Fuentes, Sergio Pitlor en este repaso de lecturas? No eran autores de los que se discutía, quizá la condición ultra de la universidad tuviera que ver con ello. No existía prohibición explícita alguna, sino una especie de cordón limitante contra algunos escritores. En una época previa a las redes sociales, con periódicos nacionales con secciones culturales precarias, con excepción de la revista *Siempre*, su voz no llegaba la dimensión nacional o lo hacía débilmente. De cierta manera, gracias a la simpatía partisana, José Revueltas y Efraín

Huerta, lograban evadir el cerco y ser leídos por los universitarios. Al propio Juan Rulfo, se le confina al casillero del curso de literatura, con su *Llano en llamas*, aunque rompe el cerco. Hubo una versión descafeínada de ese ámbito rural, con un libro muy frecuentado, *El Diosero*, de Francisco Rojas González, también de rigurosa observancia escolar. Octavio Paz ya había vuelto del extranjero, y estaba en México. Tal vez el ambiente sectario era como la israelí cúpula de hierro que rechazaba la difusión de esos autores. Esa misma suerte corrió Borges, al menos en mi ámbito estudiantil. Después, los conocí, en otro tiempo y condiciones. Por su lado, Mario Benedetti y Nicolás Guillén, corrían suerte distinta, pues hasta discos tenían con la lectura de sus poemas. “Con sus dientes de júbilo, Norteamérica ríe, pero de pronto se le congela la risa en una máscara, y tu ancho nombre herido por soldados, ilumina la noche americana como una estrella súbita, caída en medio de una orgía”, decía el autor de “Són-

goro Cosongo". La editorial Posada realizó una embestida notoria, con la publicación de títulos atrayentes que lograron grandes ventas, sobre temas de interés general. Eduardo del Río, *Rius*, tuvo gran éxito al publicar sus monografías ilustradas. Breviarios históricos, biografías de revolucionarios y guías de alimentación con una súbita iluminación vegana. Le leí estupendas crónicas de viaje, de Armenia y Georgia, naciones confederadas bajo el escudo blindado de la Unión Soviética.

Finalmente, se complicó la vida familiar; también la rutina vecinal, esa lenta y calurosa cotidianidad; hostigado por un comando de Testigos de Jehová vecinos, compelidos por su inagotable sed de conversión. Para ellos, era un «infiel", en un imperativo sentido musulmán, una víctima propicia. Las diversiones baratas acostumbradas: salir a la calle a caminar o ser hostigado por el calor frente a la televisión aburrida y sin embargo, satisfactoria. En la pantalla, las bailarinas de

Solid Gold, los imbéciles certámenes donde regalaban juguetes y muebles, viajes turísticos a Puerto Vallarta. Ike y Tina Turner y su “Proud Mary”. Frank Zappa, con “Tijuana Surf”. Llegaban las noticias cada vez más negras: mataron a zutano; desgracias costeras; fulano cayó en la cárcel, y demás. Un ambiente tropical y festivo, peligroso y asfixiante; casarse, durar lo más posible maltratado por mosquitos y calores, después morir, rodeado de nietos revoltosos. Ser sindicalista; defensor esforzado de quien se deje. Todo cansa, incluso estar en el lado bueno de la historia. Esa era la Narrativa, suspendida en el aire, a la vista de todos.

La marca de ese tiempo para mí fue la dispersión, la duda y el aprendizaje. Sobrevivir en la ciudad. Culiacán en los setenta. Las tensiones de la adolescencia, con sus dilemas, fragores, el descubrimiento de los otros. La memoria desaparece de lo vivido. Nunca entendí a esa ciudad a pesar que nací ahí y la ama-

ba. Una clara sensación de peligro, leyendas urbanas que se volvían amenazas tangibles, una desconexión con las costumbres. Incomprensión, ambigüedad razonable, y mucha curiosidad. Las lecturas eran dispersas, apasionantes, sin método, ni filtro alguno. La biblioteca de mi prepa tuvo un gran papel, fue acervo estimulante de lecturas y silenciosa cámara de hallazgos. Y leía lo mismo, narradores existencialistas, que divulgadores de ciencia, teóricos de la nueva guerra y poetas provincianos. La guía bibliográfica de la currícula era casi ignorada. Tuve una ráfaga de interés por lo inmediato, lo pragmático: desarrollos agrícolas, genealogía de los ciclones, aprovechamiento industrial del cártamo, la estructura de represas y sus volúmenes de agua. Un lapso breve. Todavía tenía el influjo de los declamadores pueblerinos y su manía por la memorización. Las editoriales influyentes: la sudamericana Losada, crucial para la aproximación a biografías y poetas españoles; Siglo XXI, enfocada en los devaneos teó-

ricos de la época, que quizá nunca entendimos cabalmente; el catálogo mayestático del Fonde de Cultura Económica. El tiempo en Sinaloa se terminaba para mí, como una vela agotada, con el mecanismo inexorable de un reloj de arena. Era casi el día del regreso, de la pequeña mudanza, de adioses, de terminales camioneras y estaciones ferroviarias. El Día del Viaje.

Cuarta estación

Adiós días de Prepa Central, no vuelvan nunca. 17 años. En camino hacia la frontera en un camión Transportes Norte de Sonora. Días y libros en el porvenir de Tijuana. Otra historia.

PD. con tesis lacónicas sobre la lectura

La fecundidad de la ficción se conecta con la facundia del cine.

La lectura te puede llevar a una zona de encantamiento, donde se suspenden las exigencias del realismo y de la prosa cotidiana.

El peligro es convertirse en un lector especializado, que te lleva a una militancia, a una concentración lectora, a dominar una jerga de conspiradores.

Rara vez se identifican las familias tipográficas en el magma que se lee: el mensaje ocupa el protagonismo.

Como la página en blanco, uno al leer, se enfrenta a la revelación de un misterio latente.

El libro es la posibilidad de experimentar muchas vidas, un entrecruce de destinos.

El libro es un verídico muestrario de la verdad de las mentiras.

El libro navega contra dos sentencias: el olvido y la permanencia.

La lectura como el salmón, va a contracorriente de la legión de indiferentes.

Pertenecer a una religión (con un solo libro) o una causa, te conduce a un catálogo restringido de libros. El Índice Sectario.

Encontré en las páginas de ese libro una voz, que desde hace siglos me buscaba.

Los libros causan insuperable desazón al poder totalitario e incomodidad al despiadado.

La lectura es una forma de la excentricidad y carnet de identidad de una minoría.

Uno se acerca a los libros atraído por las historias que contienen.

De manera gradual uno se enfrenta al lenguaje, ese animal formidable

En libros antiguos atestiguamos la resurrección de un autor.

La joven Luna Miguel escribe que el leer nos mata y al cerrar el libro, renacemos.

La lectura tiene mucho de conspirativo, la ejerce una minoría extrema.

La muerte del libro es un anuncio fracasado, que deja atrás a una legión de profetas liquidados.

Un diario de lecturas es como repasar la Tabla Periódica de Elementos, una combinación con fluidos, metales y enlaces eléctricos.

La tecnología de la lectura no modifica lo esencial. La mirada del lector y el discurso del autor que se agita en la página.

El libro es un artefacto de lenta combustión, con la cualidad de volverse alambique, diario, ventana, espejo.

Estando en la cárcel, el libro fue un hoyo en el muro, un túnel propicio, la ruta de escape.

Supe de un autor (J. Ellroy) que vendía su sangre, para comprar el libro anhelado. En

cada intento lo perdía o se lo quitaba la policía. Y seguía yendo al Banco de Sangre, hasta que pudo terminarlo.

El libro es magia e invención. Diálogo con los mayores. Aprendizaje. Bilocación. Lenta combustión en el insomnio. Puede ser también un espejo.

Repasé los estantes de la biblioteca para encontrar el libro con una página que creí vacía; pero no, justo en el centro hallé una profecía.

En un pueblo sin libros, un día alguien descubrió uno, con un inquietante halo radiactivo.

La lectura del codicilo te lleva inevitablemente a la solución del enigma.

Los libros clásicos atraviesan los siglos aparentemente intactos, pero con tantos secretos por descubrir.

Los libros nunca son iguales, se desdoblán o multiplican, en la mirada de cada lector.

De aquella mujer desnuda, recuerdo la trama sinuosa de tatuajes, un herraje de tinta sobre la piel, como una lectura inolvidable.

No solo era un hábito de lectura, sino también una declaración de lealtad, un edicto, el último refugio.

No llegó la soledad al anacoreta: tenía un libro.

Tarde me convencí, que, sin la lectura, tendría que conformarme con la realidad

En su carta a Borges, Susan Sontag se reivindica como defensora de la Biblioteca, pero la alarma el arribo de un libro transformado por la técnica, casi autónomo, que en una pantalla ofrece respuestas y un diálogo incierto. Susan advierte al viejo ciego indiferente: el tigre está en la Biblioteca.

Leobardo Sarabia. Escritor, editor y promotor cultural. Fue director de las revistas culturales *Esquina baja*, *Escenarios* y *Tijuana*

Metro y coordinador del suplemento cultural *Contraseña*, del *Diario 29*. Ha sido responsable editorial en El Colegio de la Frontera Norte, Director de cultura municipal de Tijuana, Delegado del Instituto Mexicano de la Radio y Agregado Cultural de México en San Francisco, California. Sus libros más recientes son: *Halloween en la Calle Mayor*, *Viaje a la ciudad en cuarentena* y *Aforismos de la epidemia*. Es editor responsable en Imprekor, Servicios editoriales y Director del Festival Tijuana Interzona.

¿Leer... aburrido?

La lectura y los adolescentes. Una mirada desde el aula en la escuela pública

Josefina Ana María Ortiz Macías
Docente de la Escuela Secundaria Técnica 15

—¿Leer? ¿Para qué? —me preguntó Diego con enfado, cuando les repartí el cuento que leeríamos en clase.

Lo miré y pregunté a los demás:

—¿Quién tiene ganas de leer?

De 32 alumnos, 3 levantaron la mano.

—Si no tiene dibujos, no vale la pena —dijo Jorge —mejor hora libre, profe.

—Levante la mano quién ha leído un libro completo este año — dije a la clase.

Algunos voltearon, otros siguieron distraídos. Acababa de timbrar hacía poco, venían

de receso, y a pesar de que ya habíamos comenzado la clase, parecía que no terminaban de acomodarse. Estaban sudados y agitados. Un tenue barullo todavía flotaba en el ambiente del aula.

Al no encontrar respuesta, volvía a mi petición, alzando un poco más la voz:

—Levante la mano quién ha leído un libro completo este año.

El silencio se instaló de pronto. Ahora la atención era total, pero ninguna mano se movió de su lugar. Se trataba de un grupo de adolescentes de tercer grado de secundaria.

—Levante la mano quién ha empezado a leer un libro este año, aunque no lo haya leído completo —continué.

Marco titubeó, miró a su alrededor y levantó la mano.

—Muy bien, ¿quién más?

No hubo manos levantadas.

—¿Quién de ustedes tiene libros en casa, que no sean libros de texto? —especifiqué. Solo Marco levantó la mano.

—Yo solo *Harry Potter*—dijo —es el único que me gusta, porque no me gusta leer, solo ese.

—¿Y por qué?

—Es aburrido. Es el único libro que me gusta.

—¿Conoces otros libros?

—No, pero no me da curiosidad leer, me aburre.

Los demás opinaron lo mismo, excepto Jorge, quien consideró que todo dependía del tema y los dibujos.

—Es aburrido pasarse el rato frente a un libro lleno de letras. El grupo estuvo de acuerdo con Jorge.

—Díganme, con qué asocian la palabra lectura:

—¡Aburrido, aburrido! — contestaron varias voces alzando la voz.

—Tranquilidad — mencionó alguien — porque te duermes.

—Interesante— se escuchó una voz entre los demás.

—“Interesante”, ¿por qué? ¿quién lo dijo? —pregunté.

—Yo — respondió Ivanna —porque si el libro es de intriga o que hable de superación. La verdad, no he leído mucho de eso, pero a veces sí, y se me hace interesante.

—¿Y quién ha visto a sus padres leer en casa, sentarse a leer un libro, el periódico, o alguna publicación, por gusto?

—Mi mamá sí lee, pero en el teléfono, solo chismes—dijo Karla con una gran sonrisa. Los demás se rieron.

Luis y Martha levantaron la mano.

—¿Qué es lo que sus padres leen? —pregunté a quienes levantaron la mano.

—Mi mamá lee cosas sobre narcos, los libros que tiene son de narcos, el Chapo y así, de eso. Solo eso. —dijo Luis, mientras unas risitas se escuchan por lo bajo.

—¿Y tu papá, Luis? ¿Lee algo?

—Que yo sepa no, no lo creo.

—¿Y tú Martha? ¿Quién lee? ¿Tu papá o tu mamá?

—Mi mamá, creo que novelas, pero no sé, a veces.

—¿Sabes qué novelas?

—No, la verdad no... Bueno, sí, de romance y eso.

—¿Alguien más tiene papás que lean?

Nadie respondió. Además, aseguraron que de niños nadie les había leído algún li-

bro. Eso de los libros no era definitivamente un hábito familiar. Esa especie de objetos era más común encontrarlos en las escuelas, y aun así quién sabe, porque no todos los salones tenían, y las bibliotecas, pues normalmente estaban cerradas.

—¿Les gustaría ir a la biblioteca?

—Sí, respondió un montón de voces.

—Al menos haríamos algo diferente— dijo Julia.

—¿Les gustaría que hubiera más espacios para leer en la escuela?

—Sí, ayudaría a que más personas se interesaran en la lectura — dijo Marco.

—Pues sí, tal vez sería algo entretenido y tendríamos algo más que hacer. —agregó Luis.

—Así más quisieran leer, a lo mejor se llenaría la biblioteca cuando no sabes qué hacer en hora libre — opinó Jennifer.

—Sí, para los que les guste leer, a mí no, pero para otros —aclaró Martín.

—Sí, un lugar en el que no hubiera ruidos, luego por todos lados hay muchos ruidos y a veces quieres un lugar sin ruido. —sugirió Karla.

En general, coincidían en que les gustaría tener más espacios para leer en la escuela, no importaba que ellos mismos fueran más o menos lectores, estaban de acuerdo en que daría más gustos que disgustos. Luego, opinaban que tal vez, si los libros trataran de ciertos temas, podría quizá interesarles leer.

Entonces pensé en lo que tantos expertos dicen sobre los peligros de perder el contacto con los libros frente a la inminente conexión con las redes sociales, preocupación que no deja de ser tema de conversación entre nosotros los docentes, alarmados al ver cómo la era digital está desconectando cada vez más a los jóvenes de la lectura.

Sin embargo, al mismo tiempo, en el aula veo cómo la mayoría de los estudiantes asegura que leer es aburrido, y cuando sucede que en clase tenemos que leer un texto en voz alta, se pelean entre ellos por ser los lectores. Por sí mismos no buscan los libros, pero cuando les llevo algunos al aula, o vamos de visita a la biblioteca con la consigna de “lectura libre: elige el que te guste y lee un rato”, se amontonan en la mesa de libros o en los estantes buscando que no les ganen el que ellos quieren. Tal vez terminan por abandonarlo y hacerse los que leen, sin leerlo, pero después de haberlo hojeado, manipulado, sentido. Les da pereza leer, pero dicen que quizá, si contaran con más espacios para la lectura, otros adolescentes se interesarían por los libros. Entonces, ¿en verdad no les interesa leer o no estamos nosotros mostrándoles este camino hacia la lectura?

Nadie ama lo que no conoce: si no les damos a conocer el mundo de los libros físicos

o digitales nunca los amarán. Los libros tienen que ser parte esencial de nuestras aulas. Mostrémoslos a los adolescentes, hagamos que los manipulen sin temor; leamos nosotros mismos, los profesores, las maestras, y compartamos con ellos nuestras lecturas. Encontremos la ocasión de hablar de autores y de libros, de personajes y de textos diversos. Presentémosles bibliotecas digitales, usemos sus referencias en clase, hagámoslo tema de conversación. Acerquemos la lectura al salón de clase desde nuestros cinco sentidos: que nuestros alumnos y alumnas escuchen leer, toquen y manipulen los libros; que vean las frases y se llenen los ojos con nuevos y variados textos. Propiciemos esos encuentros con la lectura; con razón la sabiduría popular dice que “de la vista...” y del oído podría nacer el amor por los libros.

Acercamiento personal a la lectura o como sin ton ni son te vas haciendo lector

Manuel del Postigo

*Vivir sin leer es peligroso,
porque obliga a conformarse con la vida.*

Michael Houellebecq

Se suele escribir de la experiencia lectora propia con la pretensión o intento de contagiar y convencer acerca de la importancia, valor y trascendencia de la lectura. Pero ninguna experiencia ajena es ejemplo suficiente, a veces termina siendo un regodeo de quien se dice o es lector, o surge la vena de ser presuntuoso, cuando apenas se trata de relatar una anécdota personal. Hay sin duda distintos orígenes de lectoras y lectores, todos respetables, pero difícilmente causan un impacto suficiente para ser emulados. Sin embargo, existen ciertos aspectos comunes en

esos inicios, como en su práctica cotidiana: el aislamiento, la soledad para sumergirse en mundos que se crean y recrean en la mente de quien lee página tras página. Porque es verdad, ser lector es vivir en la historia que se narra en cada libro, en la que se sufre, se angustia, se regocija, se entretiene, se es cómplice de protagonistas, antagonistas o hasta personajes secundarios, y se ríe, se agita, se enamora, se enfurece, se conmueve, se vive con desmesura cada detalle, pasaje o momento de la historia leída.

La soledad de la que se habla no es el sentimiento de estar en el abandono, de no tener a nadie cercano, de la pérdida de un ser querido o de no gozar de compañía familiar o amistosa, ni tampoco de sentirse a solas pese a contar con una familia y amigos; no, se trata de otra soledad, la voluntaria, la buscada, la que se disfruta para formar parte de algo, de una trama de la que somos parte, de un mundo, un contexto, un tiempo y un espa-

cio del que no solamente somos testigos, sino que lo vivimos, que nos atañe, nos envuelve y forma parte de nuestra vida, como salir al parque o de compras, a la escuela o al trabajo, a caminar o a cualquier actividad en la que estemos o lugar al que vayamos.

Pero igual, aprovecho el espacio en blanco de la hoja y la invitación de Raúl Pérez, incansable promotor de la lectura, para colaborar en un libro en el que ha decidido reunir la experiencia del acercamiento a la lectura de un grupo diverso de personas, e inicio por contar un episodio que quizá me ablandó, me hizo pensar y me acercó aún más a la lectura: En el último año de secundaria y en los de preparatoria, de cuando en cuando visitábamos la casa del abuelo de un amigo de la escuela que tenía una magnífica biblioteca, aunque en ese tiempo simplemente nos parecía una casa llena de libros en pasillos, sala y en el despacho de su abuelo, quien nos orientaba y acercaba obras para resolver nuestras

tareas, pero también nos recomendaba lecturas, las que a veces hacíamos con los libros que nos prestaba, aunque no siempre los leíamos completos.

El hombre era todo un personaje en la ciudad, un buen médico que también hizo carrera en la administración universitaria, llegando a ser un querido y respetado rector de la universidad. Combativo como pocos, de izquierda auténtica, poseedor de una gran inteligencia, además de simpático, afable y de enorme cultura, pues nos hablaba y reflexionaba de cualquier tema que ni remotamente podíamos imaginar, y con una sencillez y claridad suprema. Le satisfacía tenernos en su casa, y amenizaba las conversaciones con galletas de animalitos que devorábamos y, ocasionalmente, con unos tragos de tequila, que licenciosamente nos brindaba. Por supuesto que sus cualidades y su extrema calidez no la apreciamos mucho en ese tiempo, sino con el pasar de los años.

En alguna de esas oportunidades, entre sorbitos de tequila y medio cuerpo de animalito de harina engullido, combinación que nunca más degusté en otro lugar excepto ahí, nos contó un episodio de su juventud: Su madre había enviudado siendo él adolescente e hijo único, y como su madre no tenía preparación escolar, se dedicaba a lavar y planchar ajeno, porque quería que su hijo tuviera mejores oportunidades. Incluso aprendió a leer y escribir acompañando en las tareas a su hijo, quien además era su instructor. Por su parte, él trabajaba por las tardes para medio sobrevivir ambos, luego de ir a la preparatoria, como después a la universidad. Llegaba a casa con el tiempo justo para cambiarse, comer, avanzar alguna tarea e irse al trabajo. Pero hubo un día en el que al llegar a casa no vio como de costumbre a su madre en la cocina, ni en ella un sartén u olla sobre la estufa calentando sopa, frijoles, acelgas, algo, nada había. Fue al único cuarto donde dormía con su madre y la halló sentada en el borde de su

cama, mientras en la suya, su ropa de trabajo le aguardaba limpia y planchada. Al verlo entrar, su madre, con las manos en los bolsos de su mandil a cuadros, lo recibió con pesadumbre. Queriendo ser cauto le preguntó qué comerían. Ella alzó los hombros con pena y le dijo que no le habían pagado la ropa que lavó la tarde anterior y planchó por la mañana, pero le prometieron hacerlo al día siguiente, así que sólo tenía diez centavos y no le alcanzaba para comprar comida, incluso ya le debían mucho a doña Trini, quien les fiaba amablemente en su tienda, pero no quería abusar y acrecentar más la deuda, a riesgo de que le negara las compras. Así que no pudo hacer más que traer a casa el cancionero Picot y, tomando con una de sus manos una mano de su hijo, le invitó a que se sentara en la cama, para que juntos, leyeran y cantaran las letras del cancionero para olvidarse de comer. Así hicimos -nos dijo-, y pasaron largos minutos cantando las que sabían y leyendo las que no conocían la tonada, disfrutando de la lectura

para aplacar el hambre. Esto lo platicó con su mirada puesta más allá de nosotros. Sus ojos se humedecieron conmovedoramente, nunca antes ni después lo vimos de esa manera. Luego, tratando de recomponerse un poco, aunque qué podrían importarle un pequeño grupo de chamacos, nos dijo recordar que su estómago y tripas gruñían ferozmente, entonces alzaba la voz al cantar o al leer para que su madre no escuchara. Habiendo agotado la lectura del cancionero, se cambió de ropa y se fue a trabajar. No comí ese día -concluyó-, mi madre tampoco, pero tuvimos un momento mágico al leer juntos esa tarde.

En su despacho no se oyó ni la más leve trituración de galleta en boca de alguno de los presentes, todos dimos un sorbito de tequila, que resbaló suavemente por nuestras noveles gargantas. Uno a uno, los invitados a esas reuniones de tareas, nos despedimos del abuelo de nuestro amigo con un abrazo que nos correspondió con calidez. Fernando,

René, Gerardo, Raúl, Gregorio y yo nos fuimos en silencio, cada uno digería a su modo ese momento. Seguimos yendo siempre que podíamos -y podíamos siempre- con cualquier pretexto de tarea, pero cada vez más por reunirnos a escuchar al abuelo de nuestro amigo y a consumir las lecturas que nos abrían un horizonte cada vez más amplio e inabarcable.

Antes, estando en primaria, había gozado de la literatura, desde Perrault, los hermanos Grimm o Hans Christian Andersen, después las aventuras de Salgari, la muy solidaria de Los tres mosqueteros y El conde de Montecristo, de Alejandro Dumas (padre), la ciencia ficción de Verne y Wells, luego vinieron los libros de Melville, Dickens, Stevenson, London, Twain; más tarde los de Hesse y brincábamos a alguno de Shakespeare, Balzac, Stendhal, a los maravillosos autores rusos, de los que me dejaba absorto Chéjov y mi favorito, Dostoievski. Importaba poco la temporalidad.

dad de los autores o sus épocas, era un gusto misceláneo de la lectura, variopinto por las temáticas, estilos y propuestas, absolutamente arbitrario: íbamos y veníamos de Homero a Dante, de Dostoievski a Maupassant o Esquilo, y ascendíamos a Shakespeare y luego a Zola o Conan Doyle, de Longo pegábamos el brinco Proust a Goethe, Joyce o Flaubert. Comenzamos a entreverar luego a nuestros autores nacionales, y volvíamos a Ovidio para recaer con Wilde, Grass, de ahí a Bradbury, Camus, Fulkner, Sarte, o hacia atrás con Sade y de nuevo a otros nacionales, más cercanos en tiempo: Ibargüengoitia, Sainz, Tovar, Valadés, del Paso, Leñero, Garrido, Monsreal, Samperio, le entramos a Parménides, Agustín, Manjarrez, como por igual a Verlaine, Mallarmé, Valery, Ducasse (Lautréamont), Rimbaud y Baudelaire, tan arrolladores y deslumbrantes, de otra manera, como fueron Borges, Cortázar, Carpentier, Lezama Lima, Donoso, García Márquez, Onetti, Sábato, Arenas, Moyano. Leíamos a la generación de

los contemporáneos (Cuesta, Novo, Villaurrutia, Gorostiza, Pellicer, Owen, Torres Bodet, Ortiz, González Rojo), a la generación del 98 (Azorín, Baroja, Unamuno, Benavente), a Manuel y Antonio Machado, a Miguel Hernández, a la generación del 27 (García Lorca, Cernuda, Alberti, Altolaguirre, Guillén, Salinas, Diego, Aleixandre). Por supuesto la impresionante literatura escrita por mujeres, desde Safo, Aspasia, Austen, Shelley, George Sand (Amandine Aurore Lucile Dupin), las hermanas Brontë, a Lagerlöf, Pardo Bazán, Dickinson, Grassi, Acosta, Mendoza, Massanés, Zambrano, por supuesto, las poderosas Nin, Durás, Yourcenar, Beauvoir, Wolf, y las hispanoamericanas, Bombal, Peri Rossi, Lisperctor, Colasanti, Piñón, Ocampo, Serrano, Montero, Restrepo, Grandes, Sor Juana, Castellanos, Dávila, Garro, Vicens, Arredondo, Poniatowska, Espejo, Krauze (Ethel), la entrañable Puga... y muchas otras del pasado reciente y contemporáneas.

Esto que parece solamente una larga lista de nombres de autoras y autores de épocas distintas, lo es, pero muestra lo eclético que resulta el acercamiento a la lectura, lo diversos que se vuelven los caminos al acercarse a ciertos libros que se convierten en referentes, en imprescindibles brújulas que nos animan, entusiasman y orientan en ciertas corrientes con sus propuestas estéticas, estilos, visión del mundo, búsquedas y condiciones de posibilidad humana. E igualmente el gusto por estos estilos, géneros, corrientes o singularidades, se va enriqueciendo, bifurcando, con ópticas divergentes, y así, por ejemplo, tuvimos de cabecera ciertos libros en determinados momentos, desde las *Cartas a un joven poeta*, de Rilke; el infaltable *Quijote*, de Cervantes, siempre vuelto a releer; otra temporada con Baudelaire y *Las Flores del mal*; el ciclo con nuestra literatura pre y de la Revolución, como posterior: Rabasa, Frías, Azuela, Luis

Guzmán, Campobello, Rubén Romero, Payno, López y Fuentes, Vasconcelos, para seguir con Revueltas, Rulfo, Arreola, Zepeda, Spota, Fuentes, Paz, del Paso, los de 'la Onda'; período cuasi febril con textos de Cortázar, García Márquez y todo el Boom; ni qué decir de la etapa de Miller y Nin, como de Hemingway, Whitman, Bukowski y Boris Vian. Tiempos en el que los libros parecían una extensión de nuestras manos a donde quiera que íbamos y con ellos el encuentro cotidiano, la inacabable conversación fraterna y confrontada frente a tazas de café frío, porque a cada quien le alcanzaba para uno, la tarde era larga y muchas las palabras por compartir. No hubo guía ni canon a seguir, lo construimos sobre la marcha o, quizá lo deconstruíamos, por acierto, error, fascinados o insatisfechos, pero con el deseo de más lecturas. Nunca nos planteamos la disyuntiva entre comer y tener para el transporte público o el café y los cigarros para animar la charla, porque lo importante era reunirnos a comentar lo leído en un lugar, ya

vendría, entrada la noche, la entretenida caminata de vuelta a casa.

Por supuesto que arribaron a las reuniones — nunca cerradas ni sectarias —, amistades y conocidos diletantes como nosotros; y no faltaron los simuladores, como los ha habido y los hay, que se dedican a solapear los libros, leyendo las cuartas de forros y prólogos en las librerías o en casa de otros, para integrarse a la discusión, los que irremisiblemente eran detectados, aunque se presentaran como muy avezados y, pronto, como fuegos fatuos, se extinguían, como al paso de los años esos encuentros; la vida universitaria y las carreras elegidas no nos hacían coincidir, salvo por excepción. Aunque de manera esporádica, seguimos el intercambio de lecturas, reavivamos por temporadas las sesiones en el café, recomendábamos y nos seguimos prestando libros, algunos de los cuales no volvieron más, y contamos, eso sí, con libros de otros entre los nuestros.

Son muchas las autoras y autores que se suman a la inmensurable relación de quienes nos han dejado huella con sus maravillosas historias y personajes: riqueza de lenguaje, imágenes, sensibilidad, fuerza, humor, reflexión; entre unas y otros, a vuelapluma están: Lampedusa, Zweig, Nabokov, Pratolini, Cavafis, Manganelli, Buzzati, Sciascia, Grass, Plath, Kundera, Ende, Saramago, Maalof, Mahfuz, Süskind, Morrison, Coetzee, Müller, Handke, Tabucchi, Munro, Roth, Lessing, Sábines, Pamuk, Nair, Grossman, Atwood, Pizarnik, Sontag, Bolaño, Marías, Cercas, Sastre, Vila-Matas, Padilla, Vallejo... Y todo ese mundo de lectura que podemos abrazar, es poco, ante tantísimos libros que hay, los que no podríamos tener, ni leer —ni comprar— en nuestra vida, y aún así, cada lector tiene en casa un proyecto de lectura, libros que alguna vez adquirimos y nos aguardan. Pero como bien dijo Gabriel Zaid, no importa haber leído un gran número de libros, ni si se es culto, lo que importa es cómo se anda, cómo

se ve y cómo se actúa, después de leer.

La lectura es siempre un diálogo abierto con el pasado, el presente y el porvenir; es vía privilegiada para la conversación, la vida social armónica, inclusiva y plural, así como para adquirir conocimientos, contribuir en la formación emocional, posibilitar la expresión oral y escrita, ampliar el horizonte cultural y brindar experiencias e imaginación para transformar nuestro entorno y hallarnos en él de la mejor manera posible.

Noviembre, 2024

Y ¿Por qué apatía hacia la lectura?

Angelina Navarro B.

Durante mis 56 años que he laborado como maestra frente a grupo; impartiendo clases desde el primer año de primaria hasta el doctorado, he observado que algunos alumnos manifiestan una gran apatía hacia la lectura. No entendía cuál era la causa.

Algunos docentes culpamos a las madres y padres de familia; de que no fomentan el interés por la lectura.

Se nos olvida que nosotros somos: los responsables, pedagogos más no los culpables; el único culpable es el Sistema Educativo que al parecer le resta importancia a la Educación ya que aunque seamos Licenciados en Docencia, no se nos capacita con estrategias adecuadas para motivar a nuestros alumnos por la lectura.

Con frecuencia los estudiantes se ven obligados a leer sin ningún interés.

Actualmente laboro en una universidad en el área de docencia. Acostumbro pedirle a mis alumnos que se presenten mencionando: cómo se llaman, cuál es su especialidad, que materias imparten y cuáles son las cosas que más les agrada y cuáles son las que más les desagrada; dentro de los que más les gusta es: estar con su familia, ir de paseo, el deporte su favorito el fútbol y lo que más les desagrada es leer, me pareció increíble.

Una de mis maestrías es en Físico-Química; ese era mi mundo, leía bastante siempre que fuera algo relacionado con las Matemáticas, la Física o Química; no me interesaba leer sobre Literatura menos Historia, consideraba que todo era una mentira. O sea, no me interesaba este tipo de contenido.

Dentro de las carreras que he estudiado tengo la de Instructora Teatral. Gran sorpresa

me llevé cuando nos pusieron a leer el primer acto de una obra un tanto compleja, nos indicaron que la lectura fuera sola vez. El grupo estaba formado por 26 alumnos de los cuales 19 éramos profesores, los otros 6 con relación al arte. De los 26 ninguno comprendimos la lectura, el 100% no sabíamos leer; no podía creerlo ya que la mayoría éramos docentes; el maestro nos dijo: **“No se preocupen muchachos, no comprendieron porque no saben leer, esta materia se llama ANÁLISIS DE TEXTO, aquí les voy a enseñar como leer; van a salir como grandes lectores; la mayoría de ustedes son profesores en su tierra, aquí son mis alumnos por lo tanto no van a leer durante el curso solo al final”**.

Como docentes cometen dos grande errores:

- 1.- Poner a leer a los alumnos.
- 2.- Contar la cantidad de palabras leídas en un minuto con rapidez. Eso no es saber leer, es solo identificar símbolos.

Por lo tanto, ustedes no van a leer en todo el curso, solo lo harán el último día, solo yo que soy el Maestro, les voy a leer diario.

Aprendimos varias técnicas para enseñar a leer a los alumnos:

- Técnica creación de escenarios.- para desarrollar la imaginación.
- Técnica del murmullo.- con la finalidad de lograr la concentración.
- Técnica de manejo de emociones.
- Técnica para elevar la autoestima.

En concreto el 100% aprendimos a leer y sí, el maestro tenía razón, salimos al final de la materia como grandes lectores, comprendiendo lo leído.

Gracias a esta carrera técnica, ahora me fascina leer de todo y lo comprendo.

La importancia de leer

La lectura es de suma importancia en la vida de todas las personas.

Es una fuente eterna de conocimientos; a través de ella se desarrolla la imaginación, activa la memoria, mejora las neuronas, brinda seguridad en nosotros mismos elevando la autoestima desarrollando nuestra personalidad.

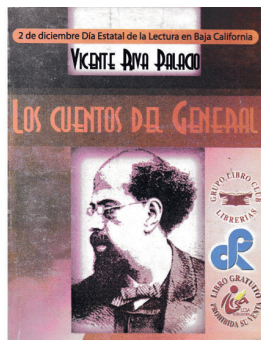
A través de la lectura adquirimos un mejor lenguaje, nos ayuda a escribir en forma correcta teniendo mejor ortografía. Nos hace más cultos con mayor sensibilidad y creatividad así como perseverancia para tener éxito en todos nuestros objetivos y metas que nos propongamos en la vida.

El leer con frecuencia nos forma el hábito, desarrollando el gusto por la lectura la cual nos relaja, elimina el estrés y nos transporta al escenario de la lectura; como una de las mejores técnicas para lograr la comprensión lectora y mejorar el nivel cultural.

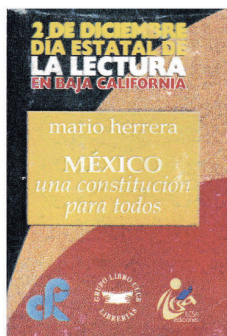
Desde hace 20 años, con el objetivo de fomentar entre la comunidad educativa y la sociedad de Baja California, en el año 2004, la *Escuela Preparatoria Federal Lázaro Cárdenas*, *Fundación Acevedo*, *ABIBAC*, *Ediciones ILCSA* y *Grupo Libro Club Librerías* se unieron para establecer y celebrar cada **2 de diciembre el Día Estatal de la Lectura en Baja California.**



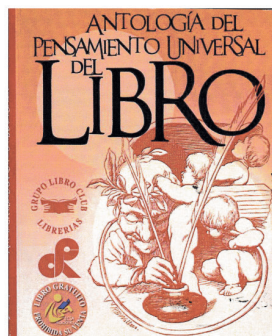
2004



2005



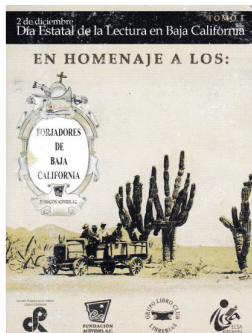
2006



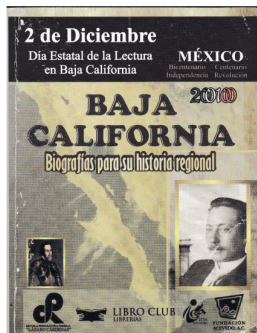
2007



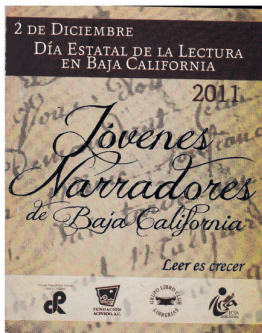
2008



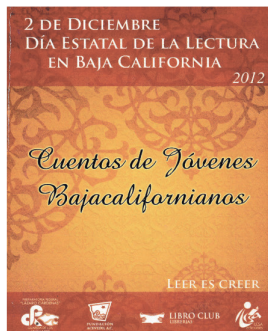
2009



2010



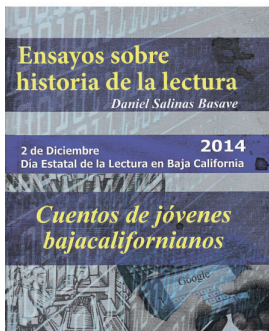
2011



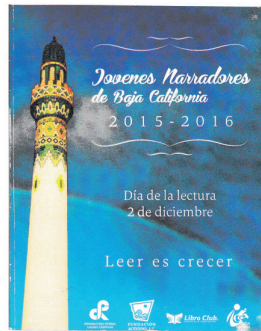
2012



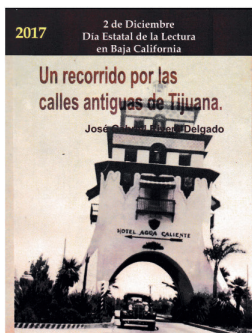
2013



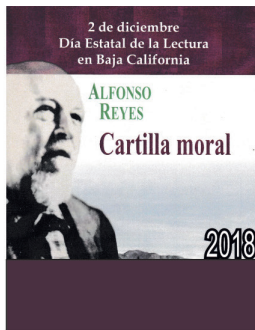
2014



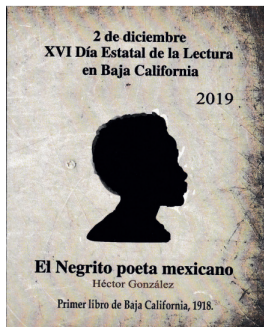
2015-2016



2017



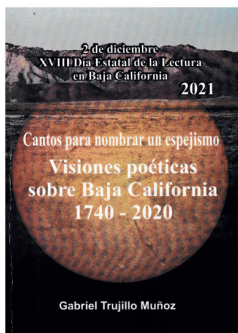
2018



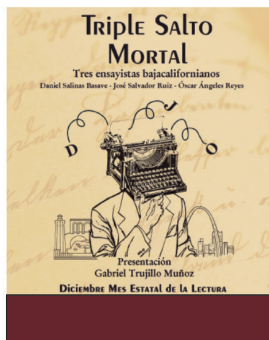
2019



2020



2021



2022



2023



Diciembre mes de la lectura

se terminó de editar en noviembre de 2024
en los Talleres Gráficos de Ediciones ILCSA S. A. de
C. V., Calzada Tecnológico 909, Otay Universidad,
Tijuana, Baja California, México.
edicionesilcsa77@gmail.com
Tel: (664) 607-1992

Cada año, el 2 de diciembre celebramos el Día Estatal de la Lectura en Baja California. Este festejo se instituyó por un acuerdo de la Escuela Preparatoria Federal Lázaro Cárdenas de Tijuana, Grupo Libro Club y Ediciones ILCSA, cuyo objetivo es dar mayor difusión al libro a nivel estatal, promover el hábito de la buena lectura y mejorar el nivel educativo en nuestra entidad.

Este es el vigésimo primer año del Día Estatal de la Lectura en Baja California y lo celebramos con la edición “Diciembre, mes de la lectura”, como un obsequio de Grupo Libro Club de Tijuana, en gratitud a nuestros clientes y amigos.



COMPÁRTALO CON
SUS AMIGOS



FUNDACIÓN
ACEVEDO, A.C.



Escuela Preparatoria Federal
"LÁZARO CÁRDENAS"



SHT
SOCIEDAD DE HISTORIA
DE TIJUANA, A.C.

